• Jaime Hagel lo deja a uno al borde del paro cardiaco. Construye seres y acontecimientos que estremecen al lector. J.L. Rosasco. "Que Pasa".

• Hagel es uno de los narradores chilenos actuales de mayor calidad. Jorge Edwards. "Mensaje".

• Se lee de un tiron y sin aliento. Totó Romero. "Vanidades".

• No anda con tapujos Jaime Hagel para contar. Las cosas por su nombre aunque arda Troya. Hugo Montes. "La Tercera".

• Consigue con legitimas maneras estremecer a través de una atmósfera de alucinante terror. Juan Andrés Piña "Hoy".

• Espeluznante. Fernando Santivan. "El Sur".

• Asalvajado, brutal, humornegristico. Marcelo Maturana. "La Bicicleta".

• Arduo, peligroso, lleno de sobresaltos, temas terribles, violentos fuera de lo trivial. Fidel Araneda Bravo. "Las Ultimas Noticias".

• Escenarios darwinianos en que la violencia, la venganza y la supervivencia del mas apto dan la pauta. Bernardo Subercaseaux. "Mensaje".

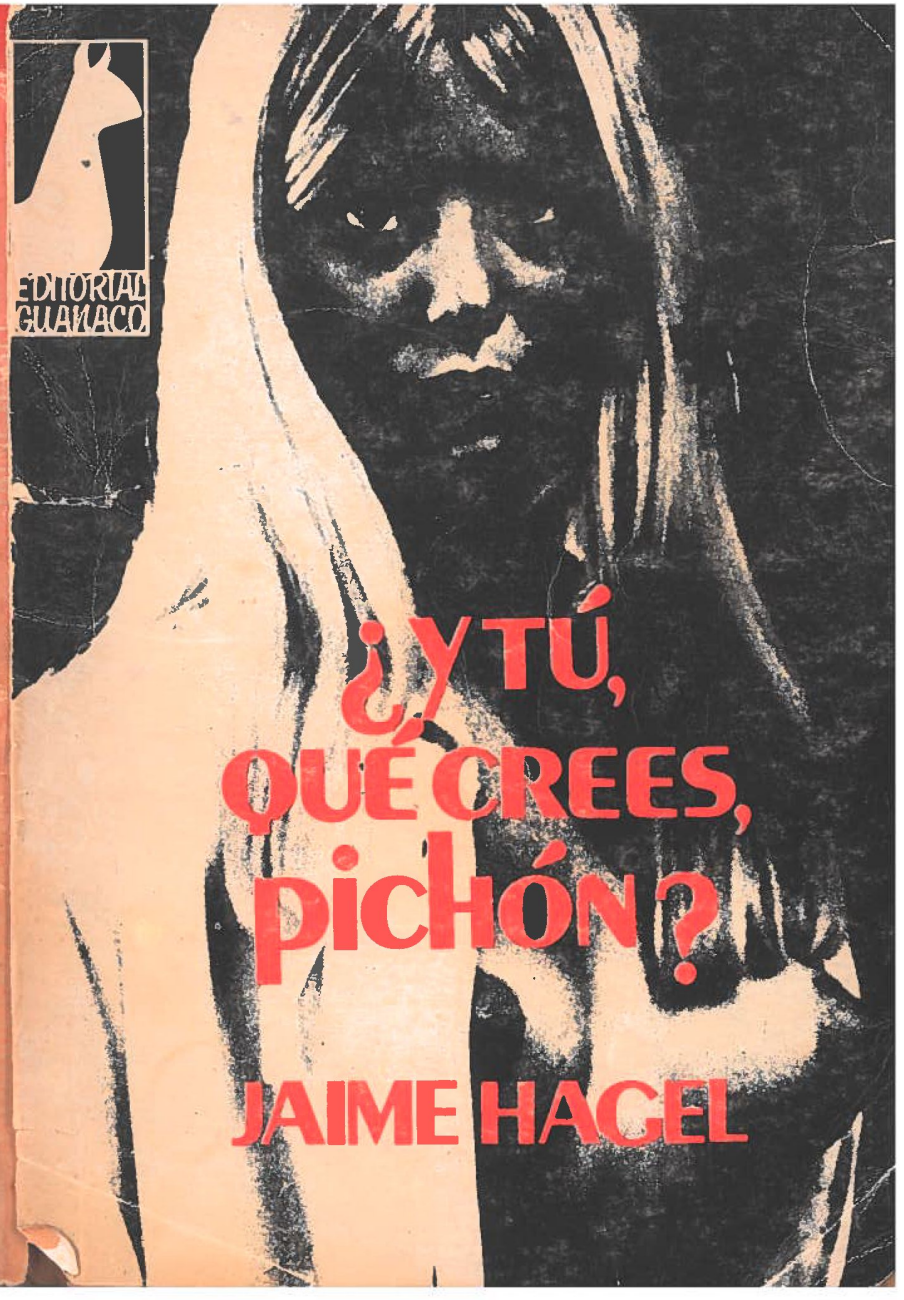
• Hagel comunica al lector una curiosa sensacion de hallarse frente a los inexplorados mundos de la subconciencia. Hernan Poblete Varas. "La Tercera".

• Traza universos en los que reina lo innombrable que podria perturbar las buenas conciencias. Guillermo Ferrada. "Ercilla".

• Extraordinaria y explosiva mezcla de elementos tiernos y bestiales de imprevisible desenlace. Un verdadero puzzle vivencial. Un extraordinario talento". Yerko Moretic. "El Siglo".

• Jaime Hagel contiene intensidades altas en la explosión del sexo y la violencia narrados mediante una rápida sucesion de los puntos de vista que produce un logrado efecto totalitario. Ignacio Valente. "El Mercurio".

EDITORIAL GUANACO



¿Y TÚ, QUÉ CREES, pichón?

JAIME HAGEL

para Eliana Figueroa
de Juan Hugel
Dic 1993
Stgo.

EDITORIAL
GUAYACO

© Jaime Hagel
¿Y tú, qué crees, pichón?
1984, Editorial Guanaco

Dirección de arte: Angel Arias
Portada: Editorial Guanaco

Editorial Guanaco
Pedro Torres 145
Ñuñoa - Santiago

Impresión: Artimpres
Valenzuela Llanos 3774

HECHO EN CHILE/PRINTED IN CHILE
Derechos reservados para todos los países.

JAIME HAGEL

¿Y TÚ, QUÉ CREES, pichón?

EDITORIAL GUANACO

1

Todo empezó de forma bastante corriente. Era un tres de septiembre. No lo olvidaré ni aunque llegue a los cien años, y para eso faltan setenta. De todos modos dudo que vaya a vivir setenta años más. Esos cuarenta días que empezaron el tres de septiembre casi fueron mis últimos.

Nada parecía presagiar lo que me iba a ocurrir cuando a las diez de la mañana la empleada me trajo el desayuno. "Buenos días, don Marito". La mapuchita colocó la bandeja sobre mi velador y descorrió la cortina. Neblina. Disfruté la excelente calefacción de casa contrastándola mentalmente con la posible temperatura exterior. Luego la mapuchita me dió las instrucciones dejadas por mamá para el día. Debía ir a una casa en la precordillera con una serie de muestras de tapiz. Mamá y yo tenemos un negocio de decoración de interiores, y la mapuchita cree que no es exactamente el trabajo para un joven, no lo dice, pero lo da a entender, es decir, me tiene por maricón. Me gusta el desayuno a la americana, huevos, panes, cereales, etc., pero el almuerzo lo prefiero a la chilena, entrada, cazuela, plato de fondo y postre. A las cinco de la tarde, a la alemana: kuchen, mermeladas, queso, café con leche, varias tazas. En la noche soy español, cena como Dios manda.

En la tarde, después de la siesta, me encaramé al

Chrysler y partí a la finca de nuestra cliente aperado con un buen muestrario. Una casa de ensueño, según mamá. Debe de haber unas trescientas rameras ricas que tienen casas de ensueño en la precordillera y todas nos han comprado algo. Bueno, no es muy emocionante venderle a una zorra vieja un montón de tela para cortinas. Estaba nublado. Las primeras hojas. Aromos floridos. Casi recostado en el asiento dejaba que las jovencitas me miraran al disminuir la velocidad ante los semáforos. En la recta apreté el acelerador. Mis manos se enguantaron en carpincho. Un pañuelito rojo apareció alrededor de mi cuello. Iba en el Ferrari a mi casa de verano con garage para tres autos junto al lago donde me esperaba el yate y esa rubia alta de piernas largas con la que había estado tonteando desde el año pasado, no, desde el mes pasado. Yo no estaba enamorado, o por lo menos no completamente, pero ella estaba loca por mí. Me pasé como por un kilómetro de la casa de ensueño donde debía llevar las muestras.

Di la vuelta. Allí, detrás de los árboles, estaba la villa. Me vi obligado a parpadear porque efectivamente tenía un garage para tres coches. A su alrededor había gran cantidad de terreno. Todo pulido y recortado. Un verdadero paisaje. Casa de piedra. Bajé del auto tomando las muestras y eché a andar por el sendero empedrado. Me sentí tonto. Cada vez que iba a casa de alguien rico me sentía así. No inferior, sino simplemente tonto. Es un sentimiento que no forma parte de mí, me invade cuando estoy en las grandes mansiones y en las oficinas importantes. Los muebles del jardín eran de fierro forjado florentino. No había brizna de mala hierba en el pasto. Debían de cortarlo todas las noches. Esto es lo que me asusta de las rameras ricas. Todo es perfecto y es mentira. Nada, en realidad, es así de perfecto, y cuando las

rameras ricas pagan para que las cosas tengan ese aspecto, no hacen más que aparentar, lo mismo que yo cuando sueño despierto. La diferencia está en que pueden permitirse vivir sus sueños.

Me sentí incómodo sólo con tocar el timbre. Era suave, como campanas de oro que nunca perturban. A los ricos no les gusta que los molesten. Supongo que mi aspecto también era el de un tonto cuando me abrió la puerta.

Permanecí inmóvil un tiempo. Inmóvil y mirando. En mi vida había visto a muchas rameras ricas y tenía una idea bastante precisa de lo que ésta sería: baja, gorda, con cejas pintadas a lápiz y un ondulado artificial de cinco mil pesos en un pelo que no valdría más de dos pesos sesenta. El pelo blanco con un reflejo azul que hiciera juego con el rostro maquillado: todas las rameras ricas parecen como si hubiesen pasado por las manos del dueño de una funeraria cara.

Esto era diferente. O era uno de esos lampiños de piel aceitunada y nariz de hacha o era una de esas que llevan el pelo atrás bien apretado. De maquillaje, nada.

Desde chico que estoy viendo gente loca, neuróticos, psicóticos, etc., les huyo como a la peste porque tienen la virtud de contagiarme. Como ellos no pueden ponerse en mi onda, en mis vibraciones armónicas, a mi mente no le queda otra alternativa que convibrar con su música de cortocircuitos, cohetes y chisporroteos. Por eso les arranco, para que no me jodan. Aquí, sin que mediara una sola palabra, percibí la más aberrante y distorsionante antimúsica, una sinfonía infernal para pelarle los alambres al más pintado. Cien violines tocados por oligofrénicos, doscientos bronces soplados por mongólicos, cada uno para su santo, como viniera, cuarenta sordos tocando batería, otros tantos dándole a sendas guitarras

eléctricas, a toda madre, y la risa del demonio entre medio.

—¿Qué desea?— Furia apenas contenida. ¡Qué de cosas! Seguramente creía que había entrado a robar fruta.

—T, t, traigo la, la, las muestras de, de, de la decoración. Soy Mario Engel.

Captó que fingía estar asustado. Dio media vuelta. Trasero de mujer. Entró cojeando feamente y dejó la puerta abierta esperando que el perrito la siguiera. Pero mi mamá me había entrenado de otro modo. "No, m'hijito, usted es usted y seguirá siendo usted aunque lo pillen cagando al aire libre". Gracias, mamá. Lo que quiero decir es que no soy perrito. Claro que uno nunca sabe, he leído sobre los K.Z. donde hasta los más pintados se hubieran transformado en perritos por un pan con mantequilla y aún sin mantequilla.

De modo que yo también di media vuelta y me dirigí al Chrysler. Arranqué el motor, metí primera y apareció una empleada. Corrió sin dignidad alguna hasta mí y, respirando agitadamente, me dijo que la señorita decía que pasara. Entonces yo le dije que no tenía tiempo, que mejor viniera ella al auto a ver las muestras. Se devolvió tan rápido que no alcancé a ver su expresión.

Speer estaba haciendo antesala cuando entró un S.S. desaforado. Lo enviaba Himmler. Rudi Hess se había tomado un Messerchmitt 110 y partido rumbo a la lejana Inglaterra. El S.S. entró al despacho del Führer. A los pocos segundos, Speer, que seguía en la antesala, escuchó venir del despacho de Adolfo un rugido gutural, un bramido de foca.

Salió una zorra vieja envuelta en un chal. Me sonrió con desamparo. Bajé y fui con ella a la casa. El Falstaff femenino no se veía por ninguna parte. Nos sentamos.

—¿Qué le parece mi casa?

Todo era costoso y ramplón. Impersonal. Arreglado conforme a revistas de decoración. Imitaciones de imitaciones que nunca habían existido. A una viejita de chal no se le puede mentir:

—¿Vive alguien aquí?— le pregunté fingiendo incredulidad. Porque lo que necesitaban allí era un psiquiatra y no un decorador.

—Mi hija y yo— respondió divertida. Me encontraba original.

—Las casas como estas son para disfrutarlas, señora, no para impresionar a las visitas, a menos que el impresionar sea tan gratificante que compense la renuncia.

—¿Qué renuncia?— Tentada de la risa miraba mis bluyines, mi sweater desteñido y mis zapatillas de tenis.

—Tiene que colocar una buena mecedora, aquí, para usted, un brasero con su regia tetera y una buena colección de mates. ¿Le gusta el mate? Acá, un estante con libros viejos, aquí, una radio antigua de esas sin complicaciones. ¿Sabe manejar ese aparato de cuarenta controles que tiene ahí?

—¿Dígame, usted aprendió decoración en Francia o con los gitanos?

—¿Y usted es una viejita que quiere vivir o un cadáver con cuerda?

El bramido del Führer hizo que Speer se parara de un salto. Hitler salió a la antesala y clavó sus ojos dementes en Speer.

—Fffffueraaaaa —me gritó la coja. Apareció súbitamente, bastón en mano. Me recordó una foto de Garibaldi aleonando a su gente.

—Tanto boche por un par de muestras —dije— ¡Qué gente más complicada!

La coja tomó una figura de fierro fundido y me la

lanzó. Mi dignidad y mi flema impidieron moverme y el mosquetero me dio en la cara y frente. Debo haber estado unos diez segundos K.O., pues al abrir los ojos estaba tirado en el suelo y la coja me aplicaba un trapo con hielo en la frente. Mareo. Nauseas.

—No te muevas —me pidió. Voz maternal. De contralto.

Sabía fingir amabilidad, pero sus ojos, su ser entero emanaba esa música histérica y cacofónica. Yo necesitaba un médico; ella, un exorcista.

La vieja andaba por ahí no más. Pero pronto saldría de esto y nunca más. ¡Que Mefistófeles le decorara la casa!

Había sangre en mi sweater.

—La cosa es seria —me explicó con su voz de Marian Anderson, llamamos al médico.

Entonces no fueron diez segundos, pensé. Dolor. Frente helada.

—Cierra los ojos y relájate.

Eso debió haber hecho ella antes de aforrarme. Qué mujer más inconsecuente con sus consejos. Descansé hasta que llegó el doctor.

Abrí los ojos y vi un rostro que se inclinó, observó mi cara estropeada y emitió un largo silbido. En vilo, me subieron por una escalera de caracol.

Una buhardilla en el segundo piso con un camastro antiguo. El polvo cubría arcones, lámparas en desuso, jarrones, cuadros arrumbados contra la pared, olor a naftalina y cosas viejas. Que no me moviera por ningún motivo. El médico se fue. Hubiera querido mirarme en un espejo. La coja me dio un vaso con un calmante y me dormí profundamente.

En los tiempos bíblicos, un joven vacilaba entre salir o no a cazar. Estaba nublándose. Al fin, se decidió y partió. Un par de gotas de agua le cayeron sobre la nariz. Había comenzado el diluvio universal.

Desperté a la mañana siguiente. Sed. Supongo que ya puedo moverme. La puerta estaba cerrada con llave. Una jarra de agua. La ventana es un ojo de buey. Golpeo. Grito: "aló". Vuelvo a golpear. Me duele la cabeza. Me toco. Costra. Tengo partida la frente y el labio superior. Tendrían que ponerme puntos cuanto antes. Ahora no golpeo, agarro la puerta a patadas. Estoy mareado. La maldita agua del coño. Debe ser el mismo calmante, pero no podrá conmigo. Grito por el ojo de buey que está a dos metros de altura. Me tiro a la cama y me duermo.

El cazador sonrió. Le gustaba el tiempo fresco. Gruesos goterones cayeron sobre el polvo. Un agradable olor a tierra mojada lo estremeció de satisfacción. Las gotas se multiplicaron. El polvo se convirtió en barro; el chaparrón, en aguacero.

Cuando desperté me reí. De película. Estaba encadenado. Bonita la cadena, antigua. Tenía el brazo izquierdo y la pierna derecha sujetos por sendas cadenas a los barrotes del catre. Monjeloquesco. Ahora podía seguir el consejo de mamá: "Debes descansar".

Sobre el velador agua y un trozo de pan. Quintín el aventurero. El capitán Luna. El sheik Amid el Sheba. Doc. Savage. Bill Barnes. Sekton Blake y el hijo de la gran puta.

¿Qué carajos pasó? Todo estaba tan bien. Yo no quería enredarme con nadie. Vivir tranquilo mi vida. Tengo la vejiga repleta. Quiero mear y cagar. Cadenas. ¿Qué pasó, huevón?

El cazador siguió caminando. Se le mojó el pelo, la ropa, el agua le subió a los tobillos y se rió. Al rato tenía el agua a la cintura y la lluvia era tan tupida que le impedía ver. La corriente ya lo arrastraba. Entonces comenzó

a gritar.

2

Juan: Incluyendo a las mujeres que, por supuesto, no participaron en la gran batalla que dejó como saldo inmarcesible el cadáver destrozado de Albertito, no éramos más de treinta alumnos en un enorme internado alemán venido a menos.

Albertito tenía entonces diez años, pelo castaño claro, sonrisa fácil, carácter apacible. Lloraba solamente en las noches antes de quedarse dormido.

Mario Engel: A mí me llamaban "el guatón bolón". ¡Qué tiempos esos! Decían que el internado había sido bueno en sus tiempos, pero parece que cuando comenzaron las grandes batallas se le fue borrando el rayado de la pista. El rector, un sesentón, excombatiente de la primera guerra mundial, se había dado a la bebida y a hablar solo después de la rendición de von Paulus. La primera gran batalla fue inofensiva.

Sra. Alessandrini: Comparada con la batalla del Marne.

Sra. de Engel: Me acuerdo bien. Fue un día de marzo cuando llegamos al internado para dejar a nuestro hijito allí. Marito miraba con ojos hoscos y trataba de sonreírnos. Nos habían hablado tanto de los colegios alemanes y como vivíamos en el campo decidimos internar a Mario en lugar de dejarlo en la escuela rural donde hasta comunistas había.

Mario Engel: Eran las cinco de la tarde y de todas partes convergieron grupos de niños hacia nuestro auto y nos rodearon en silencio. Tenía un aspecto muy diferente al de mis compañeros de escuela del fundo. Eran pecosos, de mirada animal y no sonreían.

Sra. de Engel. En ese instante me dio mala espina. Niños en silencio, con chaqueta de cuero y pelo a la prusiana. Ninguna pregunta, ni una exclamación. La mayoría de las miradas eran para el auto, y una que otra, asustada o amenazante, (¡en mocositos de ocho y doce años!) me revisaba y rehuía al ser sorprendida.

—¿Dónde está la oficina?

No hubo respuesta. Nos bajamos del auto. Entramos a la casa, un chalet tudoriano gigantesco. Las ganas que tenía de devolverme por donde había venido se disiparon. Era elegantísimo. Muebles antiguos, libros, mapas históricos, vitrales y un señor con facha de rey en el exilio, metro noventa, chaqueta de tweed, oloroso a tabaco de pipa y lavanda. Me volvió el alma al cuerpo.

Sra. de Alessandrini: El tal olor era a gin. El hombronazo daba miedo.

Carrión: Corría el año cuarenta y tres. No había muchos autos en el país. Nunca habíamos visto algo semejante. Un Packard flamante lleno de faroles e insignias doradas y plateadas. Los asientos cubiertos con ricos chales. De su interior se bajó el guatón bolón, ante las miradas de respeto de mis amigos. Respeto que duró tres días, justo lo que duraron sus bombones, su bote a motor y su gorra de terciopelo. Su nombre desapareció, el auto de sus padres pasó al olvido. Mario Engel se convirtió en "el guatón bolón".

Ricardo. Ese año terminaron muchas cosas para mí. No me acuerdo por que razón llegué tarde, a fines de marzo, cuando ya todos los nuevos, que no eran más de tres, se habían integrado a diferentes grupos. Cuando vi partir el auto de mis padres sentí que se me desgarraban las tripas y vomité en medio del patio. Entonces, se me acercó un alumno larguirucho, muy mayor, que me convidó a su pieza donde me mostró seis u ocho fotos de Betty Gra-

ble pegadas a la pared a centímetros de su almohada. Sus ojos brillaron tras sus gruesos lentes.

—Esta es Betty —me explicó con voz de barítono. Era la primera vez que veía a un alumno al que le crecía la barba. Era el loco Simón.

Sr. Hernández: Un esquizofrénico de sonrisa babosa que se masturbaba bajo la ducha a la vista y presencia de los otros chiquillos. A mí me contrataron para hacer clases, pagaban bien, lo que los alumnos hacían en los ratos libres, que eran muchos, no me concernía. Cumplía mi horario puntualmente. No tengo vocación de carabinero, además no me pagaban para hacer de guardián. De modo que cuando comenzaron a prepararse para la gran batalla, me dije, esto no me incumbe, habrá un par de cabezas heridas, otro par de narices reventadas, varios dientes menos, vidrios rotos, en fin, amagos de incendio, nada muy muy demasiado grave. Aunque me ponía algo nervioso. Los muchachos durante las batallas eran realmente incontrolables, literalmente sordos a las voces de los adultos.

Juan: Queridos padres. El colegio es tan rebueno como les dijeron. Hay piscina. Hasta el momento, las clases son al aire libre, entre los pinos del bosque. Claro que aquí nadie tiene juguetes, pero todos tienen honda. Mándenme una encomienda con comida. En las noches hay guerras a almohadonazos. Hay uno que tiene una almohada feroz que deja medio aturdido, es de crín de caballo. Mándenme una almohada de crin en cuanto puedan, y un candado grande para amarrarlo a la toalla, es un arma formidable. Si pueden enviarme un cortapapeles, mejor todavía. La comida es malasa. Cariños de su hijo.

Simón: Los dos bandos enemigos se mezclaron formando un solo gran grupo. Heridos, enfermos, asustados

apoyándose, tocándose, juntándose hasta confundir las carnes en una sola, las voces en una sola; la de Carrión. Todos los ojos muy abiertos. Y la voz de Carrión saliéndole de las entrañas, lenta, segura, impostada:

—Ricardo, —dijo la voz— ¿por qué lo hiciste?

Nadie lo miró mientras se estremecía en la lujuria del alivio.

Ricardo: Lo seguiría viendo y oyendo toda mi vida. Fin. Paf. Seguiría viendo a Ernesto cuya mano descansaba sobre el hombro de Carrión, a Juan con sus ojos de perro, a Mario Engel, ruborizado, los ojos llenos de lágrimas del loco Simón; Pérez-Rommel, mudo. Simón era el único que me miraba. Temía que el farol se apagase, pero después me dí cuenta que no importaba. Ya todo estaba liquidado. Si se me hubiera ocurrido decir algo, tampoco lo habría podido decir. Fin. Se acabó. Paf. Paf. Estaba aplastado, terminado, seco, muerto, condenado al infierno sin derecho a la insolencia de la apelación.

Juan: ¿Cuánto rato pasó? La luz del farol iluminaba los rostros y las manos. Creo que fue una hora, hasta que Carrión volvió a hablar.

—Esta fue la última batalla. Simón, Mario, tú y tú, Juan, tú también, ayúdenme a llevar el cuerpo de Albertito a la oficina. Los demás, váyanse a acostar.

Nadie se fue a acostar. Permanecimos alrededor del farol hasta que apareció el grupo cargando lo que quedaba de Albertito. Yo no obedecí a Carrión, no quería tocar a Alberto. Ellos encabezaron la procesión rumbo a casa grande, más atrás, Simón con la luz, y al final, el resto. Ni una palabra. No me fijé donde estaba Ricardo. Por el momento, no contaba. Todo estaba resuelto. Frente a la puerta de la casa, el grupo se desbandó hacia los dormitorios.

Carrión abrió. Simón iluminaba la entrada. Precedi-

dos por el farol del loco penetramos al salón y luego a la oficina de Murer. Colocamos el cadáver sobre el escritorio. Nos persignamos y salimos apurados, chocando unos con otros. Pronto amanecería.

Ricardo: Me acosté vestido y sin cepillarme los dientes. ¿Para qué? Escuché entrar a mis compañeros de dormitorio. Juan y Mario. Ya no tenía derecho, ni en pensamientos, de llamarlo "el guatón bolón". Poco rato antes, habíamos luchado codo a codo. Se acostaron sin decir una palabra. La noche podría durar toda la vida, deseé que nunca amaneciera, que no llegara ese lunes cuyas primeras luces coloreaban la cortina. Lunes. La campana de las siete de la mañana despertó a mis compañeros. Cuánto deseé ser uno de ellos. Acostumbrábamos flojear hasta las siete y cuarto, pero esta vez se levantaron rápidamente, casi con entusiasmo, evitando mirarme. Juan, préstame la peineta. Apúrate. Hablaban entre ellos. Yo no me movía. No quería llamar su atención. Ya estaba muerto. Al salir, se encontraron con otro en el pasillo que les susurró: "No lo vamos a dejar formarse".

Ya todo estaba terminado para mí. Pun. Paf. Pin. Nada podía afectarme. Me vestí lentamente y bajé al patio donde todos estabamos ya formados esperando al Herr Murer que pronto tendría que salir de la casa grande a darnos los buenos días, pasar revista y ordenarnos ir al comedor a desayunar. Las niñas me miraron con más desprecio que curiosidad. El señor Hernández se paseaba fumando su primer cigarrillo. La señorita Peralta venía corriendo bajo el parrón. Lloviznaba.

Anita: Se veía muy chiquitito. En lugar de formarse, se quedó parado a medio camino, a unos cinco metros de la fila, los ojos muy abiertos. En mi vida había visto un niñito más serio. Todo él emanaba seriedad, gravedad.

Ricardo: Herr Murer salió y en vez de caminar hacia la

fila o de ordenarme que me incorporara a ella, le hizo un ademán al señor Hernández. Ambos cambiaron algunas palabras y el señor Hernández entró a la casa. Herr Murer, sin decir "buenos días" ni pasar revista le hizo señas a Simón, cabeza de fila por ser el más alto, que comenzara a caminar rumbo al comedor. Entraron y yo me quedé afuera parado en el patio. El último cerró la puerta.

Mario Engel: Desayunamos en un silencio absoluto que contrastaba con la algarabía de todos los días. Ricardo se quedó afuera parado como una estatua al niño. Me sentía como jamás en mi vida parte del grupo. Ya no era Mario, era el grupo, la gran pandilla.

Simón: El comedor parecía película muda. El más mudo de todos era el viejo Murer. Qué sorpresita se debe de haber llevado al encontrarse con un niño muerto sobre su escritorio.

Murer: Había visto muchos muertos, camaradas reventados, decapitados, desmembrados, pero un niño chico de diez años con la cabecita destrozada tendido sobre tu escritorio es sencillamente demoníaco. Es solamente la mano del demonio la única que puede permitirse un gesto así. Cuando entré a la oficina y vi al muchachito muerto me pareció escuchar la befa del diablo. Me arrodillé y recé.

Fraülein Lotte: Llegué al colegio cuando los niños estaban ya desayunando. Las chispitas que caían al levantarme se habían transformado en lluvia. Apuré el paso. Inmóvil, en el medio del patio, estaba Ricardito, empapado por la lluvia.

Juan: Entonces, Murer gruño algo así como "las niñas a sus salas". Y se quedó con nosotros, los varones. Intentó decir algo más, pero luego cambió de parecer y ordenó. "Afuera, a formarse". Salimos en tropel. En menos

de dos minutos estábamos formados y firmes. Llovía. Murer, cachaciento, se puso frente a nosotros y nos miró.
Simon: Al parecer, no se dio cuenta de Ricardo, que estaba como sopa, impávido bajo el agua, sin integrarse a la fila.
Juan: Como que no se atrevía a hablar, hasta que, al fin, preguntó:

—¿Quién fue?

-Ese, señor —respondió Carlos extendiendo el brazo y el dedo en dirección a Ricardo.

—¿Sí? —preguntó Murer mirando a Mario.

—Sí, señor.

—¿Sí? —me preguntó a mí.

—Sí, señor.

Murer volvió a colocarse a unos seis metros de la fila, frente a nosotros. Llamó a Ricardo con un brutal "herkommen".

—Acá —gritó Herr Murer.

La estatua se movió y caminó, sin el apuro que exigía el grito hasta detenerse frente a Herr Murer y lo miró.

—¿Qué has hecho, infeliz? ¿Qué has hecho? ¿Ah?

Y rubricó sus palabras con una cachetada de esas con vuelo, un aletazo con su mano de sartén, que aterrizó con tal violencia en la cara de Ricardo que éste cayó al suelo, al barro, medio metro más allá de donde estaba y ahí se quedó un rato no sé si aturdido o esperando más golpes. Creí que Murer lo iba a patear. Ricardo se levantó. Tenía la cara y el pelo embarrados y la sangre que le chorreaba de la nariz se mezclaba con el fango y agua que le corría por el pelo, pero no lloraba.

Simón levantó una mano pidiendo permiso para hablar.

—Schweigetag —gritó Murer—. Ahora, a sus salas.

Schweigetag significaba que no podíamos hablar en todo el día —salvo las respuestas en clases.
Murer: Pronto llegaría la policía. Se me hizo un mundo llamar a la familia. Siempre me he preguntado ¿por qué los internan? Los padres de Albertito vivían en Viña del Mar, como casi todos, a media hora en auto del internado. Otros, en Santiago, que tampoco está lejos. Y los venían a ver dos o tres veces al año, a veces ni una sola vez.

—Aló —grité.

—Aló —respondió una voz de mujer.

—Aló —volví a gritar.

—Aló, señor —respondió la mujer con algo de burla en la voz.

—La madre, no, el padre de Albertito —dije cortante.

—¿Qué pasa con la madre o el padre de Albertito?

—Estúpida, estúpida, estúpida. . .

Entonces, Hernández, que me había seguido, me quitó el fono.

—Llamamos del internado. A Albertito le ha ocurrido un accidente.

La policía no tardó en llegar.
Mayor Cárdenas: A decir verdad, el año pasado cuando terminó el año escolar, vino una señora furiosa a contarme que era poco menos tradición en ese colegio que una vez al año los cabros se dividieran en dos bandos y se agarraran a lo que es peñascazos por dos días enteros.
Sra. Alessandrini: Con la tolerancia de los profesores que simplemente se refugiaban en sus piezas a sacar solitarios y a tomar té con lenguas de gato.

El año pasado cuando llegué a buscar a mi hijo, éste había metido un paquete bien amarrado a la maleta. Lo abrí ahí mismo, a pesar de sus protestas. El pastel. Una camisa manchada de sangre, una honda y un cortapape-

les oxidado.

—Y esto —le espeté.

Entonces, un pergenio que está mirando como empaquetábamos, me arengó algo así como que era un gran honor, señora, la sangre en la camisa y que mi hijo la usaría el próximo año, señora, en la gran batalla, no todos podían tener ese orgullo, señora, de una camisa manchada con sangre, señora.

En el auto, mi hijo me lo contó todo con los ojos brillantes de entusiasmo bélico. Creí mi obligación dejar constancia en la comisaría. Bueno, y a buscar otro internado.

Don Ricardo: Nos fuimos a vivir, a escondernos, a un pueblito, semi abandonado del norte.

Albertito: Era un viernes. Murer me llamó para entregarme una encomienda. Corrí a todo lo que daba con el paquete bajo el brazo para evitar ser visto por los grandes. Esa noche cuando apagaron la luz me incorporé y les dije a mis tres amigos que me había llegado una encomienda y que la tenía debajo de la cama. Ricardo, Juan y el guatón bolón, los cuatro conteniendo risitas de entusiasmo nos zambullimos bajo mi cama. Chupamos leche condensada y masticamos manzanas. La gloria.

Ricardito: Esa noche juramos que repetiríamos esa ceremonia cada vez que nos llegara una encomienda, aunque no era fácil burlar a Carrión y los otros. El chocolate lo guardamos para el día siguiente. La gran batalla comenzaría al amanecer. Los cuatro éramos del mismo bando, de los bávaros. Los otros, los prusianos, eran menos, pero tenían a Carrión y al loco Simón, los más grandes. Las mujeres participaban como cantineras llevando a ambos bandos desayuno, almuerzo y comida. La batalla continuaba en la noche aunque algunos se dormían a pesar de la tensión nerviosa que embargaba a todos.

Juan: Nos levantamos a las seis de la mañana. A las órdenes de Pérez-Rommel, nos internamos en el bosque a cuyo final se encontraba una casa a medio terminar donde encontramos altos de ripio con excelentes piedras para nuestras hondas.

Ignoraba la estrategia de Pérez-Rommel, pero aún no terminábamos de llenarnos los bolsillos con piedras cuando aparecieron tres de los nuestros con el primer prisionero, el loco Simón, que se había amarrado una almohada por delante y otra por detrás para amortiguar los peñascazos. Nos sonreía divertido ante nuestro asombro por su aspecto. Se dejó maniatar pidiéndonos poner cuidado porque tenía una foto de Betty Grable en el bolsillo del corazón.

Pérez-Rommel: El sábado hubo escaramuzas sin mayores consecuencias. El domingo a medio día las cosas se pusieron serias cuando el batallón de Juan interceptó a las niñas que llevaban almuerzo a los prusianos. El hambre era constante en el internado, pero en esos dos días, el apetito llegaba a ser carnívoro. Juan, Ricardo, Albertito y el guatón bolón estaban fuera de sí de alegría. Un feo golpe para los prusianos.

De la casa al final del bosque sólo se había construido la obra gruesa. Ahí nos tenían acorralados. Ibamos mal. Pero Juan y sus "Jungs" se habían infiltrado e interceptaron el almuerzo, hazaña que lavaba nuestro honor. Pronto nos atacarían con todo y comenzaría la batalla decisiva. En ese momento éramos solamente ocho. Habíamos tenido cuatro bajas: dos heridos en la cabeza y dos prisioneros. Ellos eran también ocho, pero mucho más grandes. Se demoraron varias horas en atacarnos porque se impusieron la misión de interceptar nuestro café y pan de las cinco de la tarde.

Juan: La pasamos bien con el doble almuerzo y porque

no nos atacaron hasta el anochecer.

—A sus puestos —gritó de pronto Pérez-Rommel. Mientras corríamos a parapetarnos, el loco Simón se reía y gritaba:

—Los van a copar, los van a copar.

—A vos te caparán —le respondió el guatón bolón.

Pérez Rommel: Entre la casa y el final del bosque había veinte metros, la tierra de nadie. Ellos se parapetaron tras los últimos árboles y comenzaron a tirar piedras. Con excelente puntería acribillaron los monigotes que habíamos confeccionado con las almohadas del loco Simón y un par de chaquetas. Mientras lo hacían pudimos descubrir donde estaban y comenzamos a responder el fuego.

—Tiren tupido.

Una lluvia de piedras iba y venía. A las siete y media de la tarde, intentaron el primer asalto. Salieron de sus escondites tras los árboles e intentaron avanzar por la tierra de nadie hacia nuestro reducto. No lograron dar más de cuatro pasos y se devolvieron acribillados a peñascazos.

—Les dije que me cubrieran, carajos —oímos regañar a Carrión.

Alborozados comenzamos a gritar "no pasarán, no pasarán, no pasarán".

Pero le temía a la noche, no los veríamos venir. Claro que contábamos con dos armas secretas: cuatro candelas romanas de doce tiros cada una (un impacto directo a diez o quince metros podía quemar gravemente), y un revolver con seis balas a fogueo a las cuales habíamos provisto de proyectiles de plomo fabricados con tubos vacíos de dentífricos.

Ellos tanbién tenían sorpresas. Flechas con trapos empapados en parafina y, por supuesto, encendidas cru-

zaron el aire. Albertito y Ricardo casi se cagaron cuando vieron a las flechas describir una lenta elípsis y caer en nuestro reducto. Fue un arma exclusivamente desmoralizante, nada había de inflamable en la posición que ocupábamos y no fueron más de ocho flechas. Seguramente, esperaban que saliéramos arrancando, faltó poco, pero no hubo tal. Uno de los monigotes de almohada comenzó a arder lentamente.

—Reemplácenlo por el Simón —ordené.

Entre cuatro cogieron al maniatado Simón y lo colocaron al hueco de la ventana donde ofrecía de la cintura a la cabeza un espléndido blanco-cebo.

Juan: ¡Cómo gritaba el loco! ¡Qué pulmones se gastaba! Sin duda, fue escuchado por los suyos, pues no fue tan herido como era de esperarse, sólo le rompieron la frente.

—¡Vienen! —gritó Ricardo con pavor y coraje.

Me asomé con la honda estirada. Cuatro de ellos avanzaban tras un enorme escudo africano de piel de tigre que recordaba haber visto en el sótano del colegio, de ahí, seguramente, habrán sacado el arco para disparar las flechas. Las piedras rebotaban contra la piel. Avanzaban y otros dos se les reunieron.

—Las candelas, muchachos —urgió Pérez-Rommel.

Desafiando las piedras que zumbaban a centímetros de sus cabezas, Pérez-Rommel y Krum (los dos más grandes) se incorporaron con sendas candelas encendidas. Ya caía la noche. Con los ojos muy abiertos, vimos las hermosas bolas de color salir disparadas, dejar un rastro luminoso, y estrellarse contra la piel del escudo que en cuestión de segundos desapareció desintegrándose mientras los enemigos corrían de vuelta aullando, dándose manotazos en la ropa quemada, perseguidos por las implacables bolas incandescentes.

Albertito: Y cayó la noche. Dejaron de tirarnos piedras.

—Sáquenme de aquí —clamó el loco Simón.

Lo tendimos en el suelo. Sangraba en la frente. Ricardo le dió un trozo de mi chocolate. Nadie hablaba ya. Estaba nublado, ni luna ni estrellas. La oscuridad se hizo completa. Comenzó el frío.

Pérez-Rommel: Cada cual a su puesto, inmóvil, callado, atisbando la tierra de nadie, la oscuridad. Atacarían, sin duda que atacarían. En el cuerpo a cuerpo estábamos perdidos. No debíamos dejar que se acercaran, pero en la oscuridad eso sería imposible. Tendríamos que disparar nuestras hondas en la oscuridad, por oído.

Simón: La noche estaba como boca de lobo. Cada cierto tanto Pérez-Rommel disparaba un balazo con su revólver en dirección al bosque. De pronto, detrás de nosotros se escucharon ruidos, susurros, una piedra que caía. Habían venido descalzos, se habían deslizado hasta la parte trasera de la casa y ahora estaban todos de pie sobre el muro posterior con las hondas tensas y enormes peñascazos que parecían rocas.

—Alerta —alcanzó a gritar Juan dándose vuelta.

Una lluvia de piedras y peñascos tirados a quemarropa desde lo alto del muro, a no más de ocho metros, los apabulló. Me encogí en posición fetal tapándome la cabeza con un cuerpo que estaba a mi lado mientras las piedras daban sobre mi humanidad. Escuchaba los impactos en las caras, cabezas y cuerpos de los sitiados que fueron completamente abrumados. Los peñascazos tumbaron a varios, se sentía el golpe en la cabeza y luego el ruido de los cuerpos al caer. Carrión y los suyos bombardearon hasta que se cansaron, impunemente, vengando a sus heridos, a sus quemados, al almuerzo frustrado, al escudo roto.

—Alto el fuego —ordenó Carrión.

Una luz apareció sobre el muro. Uno de ellos había encendido un farol parafinero. Bajaron lentamente mientras nosotros nos incorporábamos. Yo creí que estaban todos muertos. Uno solo quedó tendido. El del farol se le acercó. Era uno de los chicos de cuarta. Tenía el cráneo abierto. Alguien me desamarró.

Juan: Nos ayudábamos unos a otros, tropezando en la penumbra, todo muy lento, alguien orinaba en la pared. Poco a poco nos fuimos juntando, formando un solo grupo, apretujados, a alguna distancia del muerto, en una especie de círculo cuyo centro era el farol. A mi lado, mis amigos Ricardo y Juan, más allá, el guatón bolón con la frente monstruosamente hinchada. Nos tocábamos, apretujados uno contra el otro. El desolador silencio fue roto por la serena voz de Carrión.

3

Mario Engel: De tanto recordar y soñar no me di cuenta de que había comenzado a anochecer. La poca luz de mi celda entraba por el ojo de buey. Tenía hambre. Sentí los pasos arrítmicos de la coja subiendo por la escalera de caracol. Abrió violentamente la puerta. Me miró, olió mis excrementos, mientras una sonrisa enorme, despiadada, desfiguraba pesadillescamente su rostro. Se estremeció de felicidad al verme vencido, encadenado, cagado y meado. Toda la cara se le transformó en dientes caballunos. Tuve un rigor mortis. Se fue y subió la vieja con una palita de jardinero y un balde, frunciendo la nariz, sacó buena parte de mis mojones. Al rato, volvió con un plato lleno de restos de pan, lechugas, papas, huesos, todas las sobras de ellas, y sin una palabra me dejó solo. La luz cedía terreno a la oscuridad. Pensé en mi mamá. "Una casa de ensueños", había repetido. ¿Qué va a ser

de mi ahora? ¿Estoy despierto o soñando?

Estoy muerto para la vida del exterior. ¿Cuál era mi vida de despierto? ¡Cómo quisiera ver a Ricardo! Han pasado veinte años. Se habían ido, Ricardo y su familia, a un pueblecito en el norte, Carrizal Bajo, fue lo último que se supo de él. Ricardo, mi viejo, dejamos de hablarte, te escupimos. Si tan solo tuviera un cigarrito. ¿Cómo te trataron en Carrizal Bajo? ¿Cómo te va Ricardo? Ricardo: Estaba bien. Vivía en un departamento con baño y todo y un refrigerador con seis docenas de huevos, café, queso, tocino y cerveza. Trabajaba en una oficina donde nadie me prestaba ni la más mínima atención. La gloria. Hacía un mes que había llegado a Santiago, al puesto de oficina que me había prometido don Julio después de que le atendiera a su mujer tal como a él y a ella le gustaba que la atendiera —cuando fueron a pasar el verano a Carrizal Bajo. Mis padres me dieron su bendición y me llenaron de billetes el fondo de mis zapatos. Me arreglé con empavesado completo, chaqueta de cuero negro de cierre cruzado, bluyines y chupalla.

El tren llegó a Santiago en la mañana. Yo iba dentro del tren. La gran ciudad. Andaban todos como monos con cuerda sin detenerse para nada y esto lo digo en serio porque a treinta metros de la estación, en una plazoleta larga, se estaba realizando la pelea de perros más descuevante que haya visto en mi vida. Dos policiales contra un negro y chicoco que tenía las patas traseras su buen poco más largas que las delanteras. Y la gallada, sangre de orchata, ni de reojo. Había tanto que hacer en esta ciudad que yo era el único que miraba. Pasé sus buenos diez minutos gritándo y silbándoles hasta que los policiales salieron corriendo y se perdieron entre las matas. Hice parar un taxi.

—Alameda con Ahumada —le grité.

—¿Viene del campo? —preguntó mirando por el espejito.

—¿Y que mierda cree que es esto? —le dije mostrándole la vereda—, ¿Usted cree que Santiago está en el aire? Está en el campo. En el campo más capísimo de su vida. ¿Vió la pelea?

—Sí. Martín va para campeón.

—Yo lo encuentro chico y con los brazos muy cortos.

—Pero tiene corazón.

Desabroché mi zapato y extraje uno de a mil. Me eché la chupalla sobre los ojos para no ver tanto auto. Estaba algo mareado.

Cuando me interné por Ahumada jugaron literalmente al rugby conmigo hasta que llegué al ascensor.

El gran jefe, un gallo pelado, enloqueció de entusiasmo al recibirme.

—Asiento, hombre, jajaja, perdóneme, pero esa chupalla. . .

—¿Y el calorcito?

Yo que rato que me había dado cuenta que la chupalla estaba fuera de lugar y que era el blanco de todas las miradas. Andere Länder, andere Sitten.

—Hay que tener valor para andar con eso por la calle —siguió el gran jefe. Le miré la pelada y la panza, pero no le dije nada.

—¿Cuántas almas hay en Carrizal Bajo? —me preguntó poniéndose amistoso.

—Bueno, suponiendo que las almas están dentro de la gente, unas cincuenta.

Pestañeó, quiso replicar, pero comenzó a instruirme de mis deberes. El trabajo que me esperaba lo podría realizar un orangután. No me extrañó de que hubiese tanto bruto. Pero con la lectura, descubrí al poco la Biblioteca Nacional, pude contrarrestar el efecto. Hay ca-

da escritorazo, compadre.

El departamento no estaba lejos ni de la oficina ni de la Biblioteca Nacional. El gran jefe después de indicarme mi trabajo mandó al ascensorista a que me acompañara. Una pieza, un baño y una cocina llena de pulgas.

—¿Y dónde putas voy a dormir?

—Tiene que comprarse una cama o un sofá. Yo lo puedo acompañar. Aproveche para dejar la chupalla.

—Vamos, campeón —le dije— y trátame de "tú" que no me gustan las mascaradas.

Nos tomamos unas pílsener con sendos sándwiches torpédos. Compramos un sofá de espuma y un estante para libros, un pijama, y demás menudencias toiletarias. Y nos cagamos de la risa. Se llamaba Zañartu y me contó que todos le decían "el breva".

—Yo te voy a decir "campeón" y la cosa se va a compensar.

Y comenzaron a pasar los días, las semanas. Los viernes me venía a buscar don Julio y me llevaba a su casa en medio de un enorme parque. Ahí me daba sus buenos tragullos mientras su señora se arreglaba poniéndose portaligas y medias negras. El encendía un puro y se arrellenaba en una bergère, en un rincón del dormitorio, después de sacarse los pantalones.

En la oficina; los demás eran marcianos que hablaban del planeta Marte, una retahila de nombres de gentes de la televisión, cantantes vulgares, jugadores de fútbol que para mí, como si me nombraran los peces de las aguas profundas y sus costumbres. Había uno al que le decían Mechasqui y que se vestía un poco como yo. Un día, al ir al baño me encontró frente a la puerta. Mechasqui le compraba café al campeón, se bebía el vasito y luego le gritaba "oye, breva, si me diste el vacito vacío", y el campeón se lo volvía a llenar con cara de perro

apaleado.

—¿Hay alguien en el baño? —me preguntó.

—Sí —le dije—, una mujer a caballo.

—Pero este es el baño de hombres. —Al parecer, pretendió ignorar la segunda parte de mi respuesta o la interpretó a su modo.

—Es que entró por el caballo. El caballo está meando en el lavatorio.

Me echó una mirada ininterpretable y renunció a seguir el diálogo.

Un día el gran jefe nos regaló a todos entradas para ir a la feria delcoñoqueloparió.

—Vamos, jefazo —me convidó el campeón—, vamos juntos a tomar cerveza alemana.

—Iré si mañana le echas mierda al vaso de Mechasqui.

—¿Cómo?

—Con una espátula. Luego lo llenas de café y se lo pasas. ¿Qué pasa en la feria?

—De todo. Mujeres, tentaciones, cerveza alemana, calor y polvo. Y puedes llevar tu chupalla.

—Iremos campeón.

Al otro día se armó. Ya me había olvidado de la conversación más arriba citada, pues esa noche me había mamado un Mike Spillane y otro de Casares. Estaba atareado en el cárdex cuando entró el campeón con el supertermomochila y empezó a repartir cafecitos a diez pesos como malo de la cabeza. Y se escuchó el ¡aaagggh! Me acordé de mis lecturas de cabro chico. La mano como garra al cuello. La boca deformada. El brazo derecho estirado, alejando el vasito como si fuera un cartucho de dinamita encendido. El campeón, por ningún lado.

—Aag —imité yo, pero, claro, no tan bien como el que le salió de la médula a Mechasqui —¿Qué pasa!

Estaba pálido y si no se vuelve a sentar se desmaya.

Le corría la transpiración. Corrieron a auxiliarlo. Me aproveché del tumulto y le cambié el vaso por el mío. El suyo lo tiré por la ventana que a manos rápidas era campeón en la escuela 6433 de Carrizal Bajo.

—Mierda —farfulló cuando pudo hablar— Tiene mierda.

—Hermano —le dije—, tienes toda la razón. Ese café del Brasil es una mierda. No hay como el colombiano.

—Mierda literal —bramó Mechasqui, indicando el vasito.

Lo miraron. Lo olieron. Lo probaron. "Malo, malo no está".

—Ayer —le confidencié a uno en voz baja, pero que varios me escucharon —me dijo que había un caballo en el baño.

Camino a la feria le reproduje la escena al campeón que no podía entender lo de "mierda literal". Creía que era un tipo de mierda o algo así.

Era enorme la cuestión. Maquinarias y tornos de todas las partes del planeta, corderos, montañas rusas, vacas y túneles del terror. En uno de los estantes había un tipo vestido de Tarzán a dieta y otro de explorador que desafiaba a que le tiraran cuchillos al hombre mono. Diez pesos, diez cuchillos. Se los peleaban. Le lanzaban los cuchillos y el tipo saltaba haciéndoles el quite y las cuchillas se iban a enterrar en una pared de corcho detrás de él. La gallada gozaba, sobre todo las mujeres, que exhalaban gemidos de desaliento porque no clavaban de una vez por todas al Tarzán en la pared de corcho. En otro estante había unas bolas durísimas que había que tirar a la cabeza de un chino pintado como payaso. Aquí si que el chino no se podía mover porque tenía la cabeza metida en una especie de cepo. Cuando le pegaban un pelotazo lanzaba un grito, un aaayyyy de toni de

circo, y la concurrencia se cagaba de la risa y compraba más pelotas. Detrás de la gruesa pintura del clown, debe de haber estado como membrillo aporreado. El campeón, que por algo era campeón, que eso no era para nosotros, que buscáramos la cerveza alemana.

Era un estante en forma de barril gigante atendido por unas rubias vestidas de trapecistas. No había mucha gente aquí porque la cerveza alemana no era barata.

—Dos cervezen, yach —dije haciéndome el gringo —y dos sandwiches torpedos.

—¿Dos qué?

Le mostré los sandwiches en cuestión.

—Ya —dijo.

—Ya, ya —le dije, a la alemana, mientras el campeón me daba pataditas y me decía "guarda".

Tanto el campeón como yo estábamos con empavesado completo y yo me había calado unas botas tejanas con estrellas y todo que me había vendido un contrabandista en Carrizal Bajo.

Me acerqué a una jovencita que se había reído a la disimulada mientras pedía los sandwiches.

—¿Gusta una?

Claro que ya estaba tomando una, pero es que tenía un culazo tremendo y pensé que había que hacerle el favor, y pronto, porque si no le reventaban los calzones y era posible que incendiara la feria y que había una sola manera de evitarlo y así evitar daños a la propiedad privada.

Por toda respuesta me mostró el vaso colocándomelo a la altura de los ojos.

—¿Vamos a un hotel? —dije al oído de la hendomorfa.

Se bebió el vaso de un trago. Hice otro tanto con el mío. Sin mirarla cancelé mi consumo, el del campeón y

el de la jovencita aquí. Entonces me metió su manita bajo el brazo.

—Chao, campeón, te dejo la mitad de mi torpedo.

Cuando nos abríamo paso hacia la salida, vimos cómo se llevaban al Tarzán en camilla a una ambulancia que tenía todas las luces prendidas.

Toda mi sabiduría, mi santidad y mi salud se la debo en buena parte a mis lecturas, autores como Jim Thompson, Salinger y James Hardley Chase. Y al profesor de mi escuela 6433 y al lugar donde sucedía todo eso, Carrizal Bajo, un pueblito olvidado del norte. Eramos ocho alumnos. El viejo nos hacía leer. Entraba a la clase siempre con nueve libros y nos poníamos a leer hasta el medio día. Thomas Mann, Dashiell Hammet, Orrego Luco. ¡Y qué amigazos éramos! Después de nadar, nos sentábamos a conversár o nos tendíamos en círculo sobre la arena a secarnos al sol. Algunas tardes, nos alienábamos en un viejo camión con motor y todo, pero sin neumáticos cuyos restos aún nos servían de alpargatas. En ese camión íbamos a la guerra, volábamos a Saturno, atravesábamos Africa. En las tardes, chuteábamos, gritando como locos, una pelota hecha con calcetines viejos. Se me confunden, en el recuerdo, la infancia y la adolescencia, es como si todo hubiese sido simultáneo. Nuestras amigas eran igual que nosotros. La delicia que sentía cuando me revolcaba con ellas en la arena se me confunde con la que sentía al volante del viejo camión o en las noches alumbradas con vela mientras mi padre narraba cuentos de Pedro Urdemales.

Febrero. Vacaciones. Toda la oficina se fue a la playa. A una casa enorme que había sido el Gran Hotel Splendid Place Ritz a principios de siglo o fines del otro. Ahora nadie se atrevía a tirarse un pedo ahí, por temor que se viniera guardabajo. Me aperé de las obras completas de Quevedo, algunos Simenones y un Mike Spillane de la primera etapa. El comité de reparto de piezas ubicó a los matrimonios en un ala, a los solteros en otra (éramos tres: yo, Mechasqui y un viejo homo); al campeón lo pusieron en una pieza fuera del exhotel, un cuarto maloliente al lado de un antiguo water, una casucha con un cajón sobre un pozo abierto que comenzó a ser usado puesto que el Kent Ritz Splendid contaba con treinta piezas y un baño y medio. Aunque así y todo se podría haber prescindido de la casucha, la usaban, muertos de la risa, pensando en el olor que llegaría a las narices del campeón. Incluso el gran jefe, riéndo como adolescente maricón, propuso ir a cagar a la casucha para asfixiar al campeón. Euforia y risotadas de caballo.

—¿Qué puedo hacer, jefe?

—No te preocupes, campeón, que aquí está tu padre. Escucha. Saca el cordel de los botes. Tráeme un martillo. . .

A las nueve de la mañana del día siguiente me escondí tras unas rocas con el cordel. Pronto vi aparecer a tres, seguramente, el baño y medio estaba ocupado y no querían esperar. El gran jefe adelante con El Mercurio bajo el brazo. Entró a la caseta y cerró con un gran portazo. Tal cual. El efecto puede ser superior a la causa. Sí, señor. Las tablas del suelo, hábilmente debilitadas por el que habla, fallaron, como decía, y cayeron al pozo y el fulano cayó con ellas. Exactamente en un pozo de mierda acumulada durante más de medio siglo. Corrí a lacearlo. Lo logré cuando el tipo aún iba en el aire aferrándose a El Mercurio. Plooof. La inmersión fue completa. Entre todos tiramos del cordel. No sufrió daño alguno pero lo que sacamos no tenía forma humana. En mi vida había visto algo así. Se quedó inmóvil, de pie, cegado por la mierda y, luego, comenzó el mambo-rock-yambo

más espectacular del siglo. Daba saltos, arriba, atrás, a la izquierda, a la derecha, estremecido por las tercianas agitaba los puños, sacudía los brazos y bramaba como foca del zoológico cuando pide pescado. El campeón corrió con un balde de agua para tirárselo y se le quitara por lo menos lo más negro de la porquería, pero como no paraba de saltar y retorcerse, fue poco lo que pudo hacer. Le tiraba el agua cuando estaba en un sitio y cuando el agua llegaba ya estaba en otra parte. De pronto, le salió el habla. Nunca había oído cosa igual. ¡Qué tipo más grosero! Se trataba de limpiar los ojos y más se los tapaba. Hasta que emprendió una carrera loca hacia la playa orientándose por el oído porque por el olfato y la vista, no creo. Los niños del pueblo contarían sesenta años después que habían visto, cuando cabros, correr a un hombre de mierda rumbo a la playa, pero nadie les creería. Un auto casi lo atropelló, pero alcanzó a pegar una chantada que debe de haber quemado todas las balatas. Acosado por un centenar de gaviotas, el fulano se metió al mar. ¡Qué día! Y nosotros detrás. Al pasar por el auto, sus ocupantes, con los ojos muy abiertos, nos preguntaban si habíamos visto eso. Eso se debatía intrépidamente entre las olas. Entre Mechasqui, el campeón y yo lo sacamos y lo tendimos para que boqueara un poco en la arena.

Esa tarde me fui con la chupalla hasta los ojos a fumar en las rocas. Una vez, en Carrizal Bajo, debo de haber tenido unos once años, me fui a fumar a las rocas una mañana sin viento. Me senté mirando el mar. Fumando lentamente un cigarrillo que a lo más no puede haber durado más de cuatro minutos, pero que a mí me pareció y me sigue pareciendo un año o más. Después de ese pucho he fumado un millar, pero es el único que aún recuerdo, recuerdo la paz y la sensación de estar tranquilamente feliz en el mundo, quieto como las rocas y el cielo. Fue un momento sin tiempo que siempre evoco. Me veo a mí mismo y siento tal cariño por ese niñito de once años que me produce alborozo. Ahora fumo pipa porque dura más, mucho más que un cigarrillo, así vuelvo a ser ese niño, ese montoncito de carne con sweater raído entre las rocas, simplemente siendo, estando ahí.

Un día llegaron don Julio y su señora a Carrizal Bajo. Se instalaron en la playa con una carpa de turcos más grande que una casa.

—¿Dónde están los camellos? —le pregunté.

—Pasa, hijo, tómate un café con nosotros.

Y así había comenzado. El tenía unos sesenta años. Ella sus cuarenta, pero bien, muy bien. Ella se sentó a mi lado sobre un cojín, me pasó el café y dejó reposando su mano sobre mi muslo. Miré "escrutadoramente" al viejo que me sonrió.

—No te preocupes, muchacho, me gusta que acaricien a Dora. Claro que la que me estaba acariciando era ella.

—Ponte cómodo —continuó el viejo—, Tienes la correa muy apretada, suéltasela, Dora, así, los pantalones también.

—Señora, yo, ah, eh, oooh.

—Y a "este señor" ¿quién lo convidó? —dijo ella cariñosamente, pero colorada hasta las orejas, al ver mi otra cabeza.

Y yo, que pensaba ser pescador de atún y congrio, me dejé convencer que debía ir a Santiago, que ahí estaba mi porvenir y no en ese caseríoperdido que ni siquiera aparecía en el mapa.

Yo sabía cómo eran las cosas. Después de leer a Mickey Spillane, Steinbeck, Aldous Huxley y Sekton Blake uno sabe lo que importa, y lo que valía la pena era

Carrizal Bajo, pescar, dormir a pierna suelta sobre la arena y leer sobre la casa de locos que es el mundo más allá de Vallenar. Pero la razón no lo es todo. También quería encontrar algo fuera de Carrizal Bajo.

Echaría de menos a mis amigos con los que después de nadar y jugar al fútbol, cuando comenzaba a caer la noche, encendíamo una fogata alrededor de la cual conversábamos sobre países remotos, sentíamos la necesidad de comunicación lo que era agradable y terrorífico. Hablábamos de fantasmas, de Dios, del infierno, de pájaros y peces extraños, de métodos de tortura, de volcanes y terremotos, del canibalismo, hechicerías, viajes a la Luna, de los milagros de la Biblia porque estábamos hambrientos y el mundo estaba lleno de magia y misterio. La magia y el misterio de la vida que se sofoca en nosotros cuando se deja Carrizal Bajo.

4

Mario Engel: Lo peor era cuando llegaba la noche. La oscuridad y el silencio absolutos hacen que todo lo desterrado por la razón y la ciencia sea posible, que se rompa la coherencia universal. La seguridad en un orden racional de los fenómenos cede terreno a la imaginación, a la incertidumbre, al miedo. Todo puede ser posible en la noche. Así debe de haber sido la primera noche de Adán y Eva. En el paraíso no se conocía ni la noche ni los sentimientos de angustia e incertidumbre; seguramente creyeron que Dios les quitaba la luz para siempre, que nunca la volverían a ver. ¡Con qué horror habrán visto avan-

zar las tinieblas!

Penumbra y silencio. Pavor, locura, angustia, todos los montruos, fantasmas y apariciones que la ciencia ha rechazado, que ningún ser en sus cabales aceptaría, se hacen posibles cuando cae la noche. La angustia crepuscular. Parece que he gritado en las primeras noches. Ahora la coja pone calmante en el plato de fierro enlozado con la comida para el perro. No me torturan, no me matan, no me hablan. Lo peor es la ausencia de todo estímulo. Lo terrible es que no le hagan nada a uno. Tenerlo allí inmóvil y regarlo como a una planta. Bruja, bruja, te jode al pata, te caga la caca. Ricardo, ven a salvarme, viejo, sácame de aquí.

Ricardo está en la oficina y conversa con Zañartu y los otros. Zañartu y él son amigos. Hice que se hicieran amigos.

Ricardo:— Esta noche pelea Cloroformo Bajón —me dijo Zañartu pasándome un vaso con café.

—Y lo van a reventar —sentenció Mechasqui.

—¿A Cloroformo? Imposible —dije, sin tener la menor idea de quién se trataba.

—¿Por qué, imposible? —quiso saber Mechasqui.

—Porque se tiene fe. Así de simple —le dije, y me lo quedé mirando.

A la hora de almuerzo, Zañartu compró varios diarios. El tal Bajón era un boxeador, campeón de Chile, peso Welter, que pelearía contra el macho Locateli, campeón argentino, dos peloduros de categoría que pegaban con mortadela. Había perfume de knock out.

Esa noche estábamos en ring-side con Zañartu, tan cerca del ring que podíamos tocar a los contendores. A mi lado se instaló un cafiche de chaqueta violeta con un micrófono en la mano, y comenzó a transmitir que se la las pelaba sobre la pelea de fondo. El tal macho Locateli

se llamaba Locationes, tenía 22 peleas a su haber, todas ganadas por K.O., ningún empate, ninguna perdida. Nuestro Cloroformo Bajón, 58 peleas, 42 perdidas, 12 empatadas y cuatro ganadas por puntos. Sin duda, las cuatro últimas, porque si no, no entiendo.

—¡Pero, cómo! —le comenté a mi amigo —¿Ningún nocaut?

—Ninguno —me respondió sonriéndome como si aquello fuese un as en la manga.

—¿Y por qué le dicen "Cloroformo"?

—El mismo se puso ese apodo.

Hubo peleas preliminares poco claras y muy sangrientas. Cuando llegó el momento del peleón ya tenía los pelos de punta. Resulta que a uno le había aforrado un aletazo y de su boca salió volando una cosa blanca con aspecto de dentadura que fue a caer a mis pies donde rebotó como pelota de tenis.

—Señor, —me interpeló con entusiasmo el cafiche del micrófono —¿qué le ha parecido la última pelea? — Y me puso el micrófono entre las narices.

—No entiendo por qué pelean con guantes —murmuré.

—¡Cómo! —estaba frenético— ¿Usted preferiría que fuese sin guantes? Ja, ja, ja.

—Sin guantes y con cuchillo —le confesé.— Así cobrarían más caro por las entradas y tendrían llenos totales.

Los acordes de la Canción Nacional interrumpieron la entrevista. Todos nos pusimos de pie. La pelea era un acontecimiento.

Comentarista: Uno de esos tíos con chaquetas de cuero negra. Mirada de animal. Un sádico que quiere ver sangre. Un degenerado. La vergüenza de estas reuniones deportivas. Una lástima que haya salido al aire. Estos son

los que desprestigian estas sanas veladas boxeriles.

Bajón: Dulce patria...

Locateli: Y al enclenque este me lo llevo por delante de una sola trompada. Pero si es un viejito el paquete ese. Y miralo como canta.

Zañartu: Ricardo se quedó mirando como alucinado a nuestro Cloroformo Bajón. No bien terminó el himno argentino, que apenas se escuchó por los abucheos y las pifias, me dijo:

—A ese huevón lo conozco.

—Bueno, jefe, ahora sí que lo conoce todo Chile. Tranquilo, ahora.

Ricardo: Dios Santo! Era el loco Simón. Claro, Simón Waghorn. Sin anteojos, mal afeitado, encorvado, flaco, músculos largos no muy desarrollados si los comparamos con los de otros boxeadores. Me puse de pie y le hablé a gritos:

—Simoooon, —me miró sorprendidísimo— no pelees, hombre, no les des el gusto, Simón, retírate, bájate de ahí, hombre de Dios.

Comentarista: Escuchen el abucheo, señores, el loco a mi lado le está gritando al campeón de Chile que no pelee, que abandone. El público indignado nos está bombardeando con cáscaras de naranja. Cloroformo intentó preguntarle algo al loco, pero los seconds lo condujeron a su rincón.

Zañartu: Ahora sí lo creo.

Comentarista: "Simón" es un nombre de los evangelios. Seguramente se trata de uno de esos locos religiosos.

Zañartu: Varios carabineros le echaron el ojo, y se lo dije:

—Si sigues hueveando te van a sacar, jefe.

Locateli: Y bueno, la cosa esta va a empezar. Vamos a ver como se me porta el viejito ese.

Bajón. Maceteado, el huevón. Le voy a sacar el cuerpo, hacer que me persiga, cansarlo, y, luego, a su tiempo, lo agarro a papes.

Comentarista: "Fuera los seconds", ha gritado el árbitro. Una agraciada damita nuestra al público un cartel con el número "uno". La campana. Y esto comienza, señores. El argentino sin previa finta de estudio se lanza sobre el chileno que retrocede rápidamente. Jabs rápidos de izquierda dan en el rostro de Cloroformo, pero logra esquivar un feroz directo de derecha que iba al mentón. Parece que el argentino quiere irse temprano.

Ricardo: Una mina que parecía sacada de telenovela mostró un cartel anunciando el primer round. Y le están dando como tarro al loco Simón, que desmostrando sentido práctico, arranca. El público le grita: "Dale cloroformo, pum".

Bajón: Buen dar con el cuyano bien remaricón. El primer run es siempre de estudio, pero este huevón, no. ¿De qué zoológico lo habrán sacado? Y maletero el maricón. Ya me tenía bien recabreado cuando sonó la campana. Menos mal que la gallada me anima.

Locateli: Se me achicó de un viaje el viejito, y agarró la bicicleta. Faltó que saltara al ring-side. Está corriendo los cien metros planos. Este es un sprinter, no un boxeador.

Público: Dale Cloroformo, pum. Dale Coloroformo, pum, pum, pum.

Locateli: Y estos creen que están en el Kindergarten.

Comentarista: El argentino se ve en excelente forma, pero nuestro campeón sabe lo que hace.

Ricardo: Le quité el micrófono al cafiche y transmití:

—Si nuestro campeón supiera lo que hace no estaría en el ring.

El cafiche me quitó el micrófono.

—Si vuelve a hacer esto, llamaré a la fuerza pública.

La mina de teleserie subió al ring con el número dos.

Locateli: Quédate quieto de una vez, viejito, que ahora te vuelo la cabeza con cogote y todo. Párate, cobardón.

Bajón: Si esto sigue así voy a terminar como hamburguesa. El pelotas ni siquiera boxea, larga golpes como matón de barrio, ya me tiene bien choreado el huevón este.

Comentarista: Cloroformo sangra de la nariz, de una ceja, pero continúa firme, retrocediendo, recibiendo izquierda tras izquierda, pero absorbe bien el castigo.

Bajón: Ya me tiene la cara hecha prieta. Si pudiera darle una patada en las huevas a este cuyano hijo de putas, se la daría.

Locateli: Esto no es serio. En el Luna Park lo tiran por la ventana, suspenden la pelea, lo mandan a zurcir calcetas. No me ha tirado ninguna trompada, todo es retroceder, esquivar y mirarme enojado.

Comentarista: Ha terminado el segundo round. El público ha comenzado a guardar un espectante silencio.

Bajón:— Vamos bien, Cloroformo, vamos bien —me dice el entrenador.

—Vos irás bien, pu, conchaetumadre, lo que es a mí me están sacando la recresta.

En eso, mientras respiraba amoníaco, aparece al lado de los seconds el colérico existencialista que me había gritado antes de la pelea.

—Simón, —me dice— sorpréndelo. Cuando se te venga encima, no retrocedas y lárgale la derecha al plexo solar.

—¿Y dónde está el plexo solar?

—En el estómago.

—¿En la cocina?

—Ahá. No te olvides. Se te acerca y, zas, gancho al estómago.

—Al plexo.

Comentarista: El loco otra vez, señores. Ha subido al ring como Pedro por su casa. El público despertó y otra vez la gritería. En ese momento el lunático es sacado a tirones. Ahora vuelve a mi lado metiéndose la camisa, mientras la gentil damita...

Ahora otro gallo le va a cantar.

—Por favor, señor, no interrumpa, no tiene derecho. Acaban de escuchar al lunático. Tercer round.

El argentino se le va decidido encima y ahí va Locateli a la lona, la galería ruge, todo el mundo de pie menos el loco. El argentino, con los ojos muy abiertos, cayó sentado, efecto de un hugh al diafragma. Cuenta de protección para el argentino. La gritería es ensordecedora. Otra noche de gloria para el box, para Santiago, para Chile. Varios claveles han caído a los pies de nuestro campeón.

Locateli: La puta que lo parió al viejito. El pelotudo lanza un solo golpe en toda la pelea y me sorprende. ¡Y cómo no me iba a sorprender! Me hizo perder el equilibrio, pero ahora...

Comentarista: La velada esta al rojo vivo. Ha terminado la cuenta de protección, y ahí va el argentino como tromba, pero nuestro campeón lo recibe con otro inesperado gancho al estómago, y ahí va el transandino nuevamente a la lona. La locura, señores, todo el mundo de pie menos el loco. El transandino se ha levantado como si hubiera dado bote con su trasero, pero el referee lo empuja a las cuerdas y comienza a contarle la cuenta de protección mientras el púgil trota en su lugar y mira al Cloroformo como jurándosela.

Bajón: a Ese huevón debiera tener de entrenador, y no al baboso del Chavo.

Comentarista: Los claveles, las rosas llueven sobre el

campeón chileno que le hace gestos de inteligencia al loco que lo mira con tristeza. Un demente melancólico, manfacodepresivo.

Locateli: Hijuna, viejo matrero.

—¿Puede seguir? —me pregunta el referee.

—Claro que puedo seguir. Preguntale al coso ese si puede. —le respondo — Porque lo voy a dejar como pastel de fruta.

¿Pero que está pasando aquí? ¿Para dónde está agarrando el referee?

Comentarista: El árbitro ha detenido la pelea, señores, y eso sería todo, y esto se viene abajo. El paroxismo, el non plusultra. El transandino no quiere aceptar la decisión del árbitro, tampoco su gente, afortunadamente los carabineros están subiendo al cuadrilátero. El público delira convulsionado. Es la fiebre, es el clímax, es la malaria. Banderas, globos, pitos, serpentinas, más globos, palomas, lluvia de confeti. Y el loco está realmente loco, señores, se ha tomado la cabeza con las manos, seguramente no se da cuenta de lo que pasa. Antorchas, periódicos encendidos. Nuestro campeón se ha sacado los pantalones y los tira al público. Esto se derrumba señores, los pantalones se ha desintegrado entre un torbellino de manos.

Ricardo. Y los de la Comisión de Derechos Humanos de Ginebra, por París que es donde dan cócteles con caviar y hablan francés. Simón encorvado, vientre saliente, un perfecto tuberculoso abrumado, sonríe estúpidamente.

Comentarista: Desnudo, nuestro campeón, un atleta griego, un gladiador romano, el Príncipe Valiente. El himno de Yungay atruena. Cantemos la gloria, sí, señores, cantemos la gloria y no nos avergoncemos de este llanto de hombre que me tiene las mejillas bañadas en lágrimas y me vela la voz. Es una pena que el pobre loco

no capte estas cosas.

Ricardo: Afuera, en la calle, una enorme banda uniformada hace estallar el himno triunfal de Aída.

Zañartu: No hallo las horas de comprar el diario de mañana.

Comentarista: Esto es Chile, señores, esto es Chile, no lo olviden, no lo olviden. Esto es nuestro país, señores, señoras, niños que me escucháis.

Ricardo. Cuando todo se calmó, Simón fue entrevistado por el cafiche.

—¿Qué me dice, campeón? ¿Fue fácil el argentino?

—Todo se lo debo a él. —Dijo Simón mostrándome.— Pregúntele a él.

Comentarista: Será, entonces, hasta la próxima reunión boxística. Ahora conectamos con nuestros estudios. Muy buenas noches.

Ricardo. Después que se hubo duchado y vestido con un terno de gerente de banco y una deslumbrante corbata amarilla, lo llevamos a un lugar agradable donde comímos opíparamente, con calma y en silencio.

Bajón: Buena persona, los señores, aunque algo pobres, no tenían auto. Intelectuales. Pero delicados. Erizos, congrio, chirimoya, un vino de mascarlo. El colérico existencialista encendió una pipa, y me miró a los ojos.

—Simón, ¿cuáles son las diez cosas que más te gustan en la vida?

—Déjame pensar.

—A parte de comer, cagar y dormir.

—Sabes, en verdad, lo único que me gustaría hacer sería tomar un bus o un tren, para emprender un viaje largo, largísimo, sentado al lado de la ventana, solo. Fumando y mirando el paisaje cambiante y olvidarme de todo lo que queda atrás. Oír el ruido de las ruedas. Atravesar pueblos, praderas, bosques. Y que todo quede

atrás, lejos, perdido a mis espaldas.

—¿Y no volver?

—Y no volver jamás. El viaje debe durar semanas, meses, que nadie pueda irme a buscar. Y disfrutar mirándo por la ventana como van quedando atrás los kilómetros. Mirar los cerros lejanos, los postes, los camiones que van por los caminos, las nubes, la lluvia, de vez en cuando va a llover. Mis compañeros de viaje no me van a mirar porque ellos estarán igual que yo. El camarero hablará en voz baja ofreciéndonos la comida. El carro, alfombrado y con ventanas enormes. Al comenzar el viaje iré con una muy ligera intranquilidad de que el tren se detenga o se devuelva, pero al cabo de las horas, en la tarde, mirándo el paisaje, vendrá el alivio total. Llegará la noche, la calefacción será la exacta. Y habrá un café tan bueno como éste. Ja, ja, ja. ¿Y Tú cómo te llamas?

—Ricardo.

—Ricardo —repetí. Qué tipo más tranquilo.

—Nos conocemos, viejo Simón. Estuvimos juntos en el Internado Alemán. ¿Te acuerdas de las grandes batallas?

—Pero de eso hace mucho tiempo. Francamente no me acuerdo de nada.

—¿Te acuerdas de la última gran batalla, cuando mataron a Albertito?

—Claro que me acuerdo de eso. Pobre chiquito. Lo mató Ricardo. ¡Qué batalla! Fue la última.

—Yo soy Ricardo.

Me miraba serio tras el humo de su pipa. Ricardo. Otro chiquitito de esos de ojos tristes que jugaban a los foragidos en el Internado.

—Yo no lo maté, Simón, y todos ustedes lo sabían.

—Claro que lo sabíamos, pero eso no importa, muchacho, de todos modos lo mataste. En este momento

hay en Chile por lo menos treinta pesos welters mejores, qué, mucho mejores que yo, y todos lo saben, pero yo soy el campeón welter de Chile. Tienes que aceptarlo. El cuyano de hoy era mejor que yo, y todos lo saben, lo vieron, y si el árbitro no lo para el tipo me revienta. Las cosas son así. ¿Entiendes? Ricardo, yo gané hoy. Creo que ni siquiera soy boxeador, pero gané, y esa es la verdad. Lo leerán en los diarios, lo verás en televisión; lo dijo el árbitro, las mujeres que tiraron claveles, el jurado.

Fumamos en silencio un rato. Pedimos más café. A veces uno explica, pero no entienden.

Zañartu: Y si no era boxeador, ¿qué era? Pero mejor, callado.

Ricardo: ¿Todavía te gusta la Betty Grable? ¿O ya la olvidaste? —le pregunté.

—¿Betty? No, no habrá ninguna como ella. Ninguna. Ja, ja, ja.

Dos meses después, en Venezuela, se llevó a cabo la pelea por el Campeonato Sudamericano de los Welters. Zañartu me invitó a verla por T.V. a su casa, pero no quise. Al día siguiente había caras largas en la oficina y me imagino que en todo Santiago, en todo Chile.

—Lo dejaron como bofe —dijo Mechasqui.

—Perdió porque el jefe no estuvo a su lado —sentenció Zañartu.

Simón no se recuperó del coma. Murió y fue enterrado en un cementerio de Maracaibo, Venezuela. Ego te absolvo.

Esa noche, sentado al lado de la ventana, fumando la pipa más grande de la casa, recordé a Juan y al Internado. A Marito Engel. Mis amigos del alma y compañeros de curso y de dormitorio. Veinte años había pasado y nunca me había detenido a evocarlos. Lo que había pasado, había pasado. Total, como dicen Mickey Spillane

y Camus, todas las vidas se equivalen. Mi viejo me fue a buscar en su Chevrolet del 38. Nadie nos ayudó a subir mis bártulos al cacharro, pero todos corrieron a formarse bajo el parrón, no para presentar armas, sino para escupir el parabrisas y los vidrios laterales cuando salimos. Todo el internado, compadre, Pérez-Rommel, el loco Simón, Lehmann, Mario Engel, incluso Juan. Gargajos amarillos, verdes, grandes escupitajos acuosos que descomponían la luz. El colegio me vomitaba. El último que vi a mi amigo Juan. ¿Qué tal te han tratado Juan?

5

Juan: Bueno, desde ya, el pelotas que me estaba hablando no me estaba tratando muy bien:

—... y, por favor, aquí se viene con corbata... que no sea roja, por supuesto. Camisa, en lo posible, blanca o, cuando más, celeste. Le rogaríamos también que se cortara el pelo. Que la decencia no sea sólo interna.

Me compré un par de corbatas y juré no volver a la oficina del gerente. El puesto bien valía un terno gris y otro azul oscuro. ¡Hasta sotana me hubiese comprado! A mi antecesor lo habían despedido por haberse divorciado.

—... sabemos que nos tildan de puritanos. Bien, lo somos. Queremos gente limpia de alma y cuerpo... y ropa, mi joven amigo, en nuestra institución.

Hacía tres días que estaba trabajando. Cuatro veces, diferentes personas, me preguntaron si ya había hablado con María Cecilia. Yo sólo quería trabajar y vivir mi vida. Rápidamente me enteré de mis obligaciones, mis derechos y mis deberes. Al parecer no tendría problema alguno, a parte de la lucha conmigo mismo a las siete de

la mañana para levantarme.

—¿Hablaste con María Cecilia?

El trabajo era fácil. En cuanto a la convivencia, empleaba la misma fórmula que con mi vecindario, un saludo neutro con un atisbo de sonrisa sin preocuparse si se es correspondido. Y de cabezas al trabajo.

—Hola, Juan —me dijo una muchacha pecosa ya no del todo joven que haciendo alarde de sociabilidad entró en mi oficina— ¿Te acostumbras? Hablas muy poco.

—Estoy aquí para ganar dinero.

—Pero esto es todo un esquema, una organización, somos una familia, Juan. Hay que convivir y...

Saltó espantada de mi lado. Asustada de que la persona parada inmóvil en el umbral la viera conmigo. Totalmente desconcertada cogió un libro, que no tenía para que tomar, y se escabuyó como un ratón por el lado de la mujer del umbral; una mujer, pues llevaba falda, falda negra abierta a un costado. Sweater negro. Rostro de brutal expresión musoliniana. Se apoyaba en un feo bastón. María Cecilia, sin duda. Como no tenía nada que ver con ella volví mis ojos a mi trabajo. Al rato fui al casino a tomar café. Allí estaba la pecosa conversando con María Cecilia, pero me dio ostensiblemente la espalda.

Al día siguiente, intrigado, detuve a Lola en el pasillo y le pregunté algo de su trabajo. Me contestó no sin jovialidad, mirándome con sus ojos miopes. Tal como anhelaba mi curiosidad, pasó la coja por el pasillo. Lola no hizo sino verla y huir de mi presencia. Más tarde, a la hora del cierre, pasó el grupo por mi lado, todas rodeaban a la coja. Ninguna me miró. En vano busqué miradas para decir "chao" o "hasta mañana".

Cuando María Cecilia no estaba presente era saludado y hasta sonreído. Al entablar conversación con cualquiera de ellas, reaccionaban con simpatía, pero mirando furtivamente por si aparecía María Cecilia o Luisa. Luisa era al parecer la más cercana a la coja, pues jamás me saludó. Al principio me ignoraba, después cambió el ignorarme por miradas furiosas.

Todo esto sin que nada hubiese pasado. Quizás por la vida sin emociones que estaba llevando; aquello, aparte de intrigarme, me estimuló. Era como un juego. Más divertido que otra cosa, tomé la iniciativa. Cada vez que me topaba con Lola, Maiga, Isabel o Nené las saludaba con ese volumen de voz con que se les habla a los sordos. Les metía conversación a gritos para que se me escuchase en las oficinas contiguas. Justo cuando ellas salían de la biblioteca yo pretendía entrar. Maiga clavó su mirada en un punto tras mi espalda mientras María Cecilia me observaba altanera.

—Hola, Maiga, —grité como si estuviésemos en el campo y a una cuadra de distancia— que bueno el dato que me diste ayer, —no me había dado ninguno— me sirvió de mucho.

Pasaron por mi lado sin detenerse, yo seguía vociferando como un huaso recién llegado a la capital.

—Seguiremos en contacto. No dejes de lado lo que te dije.

En verdad no le había dicho nada. Con Maiga jamás había pasado del saludo. Iba colorada, roja, cara y cuello encendidos, las mandíbulas apretadas, la boca transformada en una mueca.

El aquelarre era la oficina de la coja. De allí salían, cuando cerrábamos, todas juntas. A veces, en plena euforia, a veces tensas, crispadas, cargadas de electricidad, presas de un mutismo que ponía los pelos de punta. Precisamente una vez en que iban saliendo en semejante estado se toparon conmigo. Inmediatamente comencé con mis gritos:

—Chao, Lola. Chao, Maiga. Chao, Isabel. Chao, Mónica. A pesar de mi afán lúdicro, la voz me anduvo dejando en el camino al pronunciar el último "chao". Ese andar tieso, los rostros crispados, los golpes de bastón de la coja, los ceños torvos tratando de imitar el de María Cecilia hicieron que mis cuerdas vocales se aflojaran a pesar de mí mismo. Y pensé que ya estaba bueno del jueguito aquel. Era hora de volver a mi reserva habitual.

Pero ya era demasiado tarde. Dejaron de hablarme y de saludarme aún en ausencia de María Cecilia y Luisa. Lo que me descompuso a pesar de que aquello iba con mi política de no meterme con nadie y fumar en paz mis cigarrillos, beber tranquilo mis cafés y leer sin molestias mis libros. Mi cuerpo se rebeló. Hubo una respuesta orgánica. No dormía bien. Tuve vómitos. Pero mi alma estaba serena. Ante el grupo no manifesté reacción alguna que no fuera tranquila indiferencia.

Estaba en el casino tomando un café. Isabel y Lola se me acercaron conversando sobre televisión con sus estridentes voces de gallinetas. Al principio me sorprendí, me pareció inusitado que se me aproximaran después de haberme quitado el saludo. No me miraban. Hablaban histéricas sobre programas y astros de cine que para mí es oír hablar chino. Al pronunciar una de sus vehementes frases, Isabel movió eléctricamente su brazo de modo que el contenido de su taza me cayó encima, el café mojó mi chaqueta, corbata y camisa.

—Oiii —gritó la otra— ¡Qué hiciste Isabel! —Y mientras contemplaba con fingidos ojos bovinos la enorme mancha de mi atuendo, vertió, haciéndose la distraída, el café de su taza sobre mis pantalones.

Decir cualquier cosa me pareció obvio. Ahí no había nada que decir. Además ya estaban riendo. Me miraban directo a los ojos y se reían cada vez más intensamente.

Volví a mi escritorio donde las otras habían estado desmontando mi máquina de escribir y tirando mis papeles al suelo. Fui el último en irme. Me demoré arreglando la máquina y ordenando mis cosas. Además no quería encontrarme con ellas. Apagué la luz y salí. En la puerta estaba Isabel. Como la ignoré comenzó a caminar a mi lado.

—¿Vas a renunciar? —Me preguntó más curiosa que desafiante. Apresuré el paso. Ella hizo otro tanto emitiendo una risita. Me escoltó hasta la puerta de mi citroneta.

—Créeme que no te entiendo. Te tenemos acorralado. Cualquier grosería que intentes hacer, y te echan fuera de la firma. ¡Con toda la cesantía que hay! Basta con que un día pierdas la paciencia y le digas a una de nosotras "hija de puta", ¡y vuelas! El directorio, la gerencia, son puritanos, cuáqueros ¿Sabes por qué echaron a Rodríguez?

Ahora era ella la que hablaba a gritos. No paraba de hablar. Creo que estaba arrepentida por lo del café.

Al día siguiente las cosas se precipitaron. Llegué algo atrasado y detuve mi citroneta al lado del auto de María Cecilia que había olvidado subir el vidrio derecho de atrás. Sobre el asiento trasero, un maletín negro. Actué como preso de una fuerza superior. En el fondo, quizás queriendo continuar el jueguito. El asunto es que abrí la puerta del auto ajeno, tomé el maletín, lo tiré al interior de mi coche, cerré cuidadosamente el vidrio que la coja había dejado medio abierto y le cerré la puerta apretándo previamente el botón del seguro que impedía que la puerta se pudiera abrir desde fuera. Volvía a subir a mi cacharro y lo estacioné en el otro extremo del aparcadero. Para mayor seguridad metí el maletín debajo del asiento. Acto seguido, corrí al edificio.

En mi papelero de cobre ardía el informe que tanto trabajo me había costado. Me alegré, pues eso sí que era grave. No podía ir donde el jefe por el desorden de mis papeles o la máquina desmontada, pues eran casi bromas al nuevo colega, pero esto era ya otra cosa.

—Mi joven amigo, tendríamos que llamar a los detectives, hacer tomar huellas digitales en las cenizas, ja, ja. Mire... dejémoslo. Ciérreme su oficina con llave cuando salga de ella.

—Pero yo acuso directamente a la persona...

—No quiero saber más de este asunto. Lo siento. Su palabra contra la de ella. ¿Cuánto hace que usted está aquí? Ella, más de diez años. Moral, a toda prueba. Piadosa. Respetada por su calidad humana por toda la gerencia.

Sostuvo mi mirada e incluso me sonrió paternal. No bien salí de su oficina recibí en la cara la risotada de Luisa y Lola que por casualidad conversaban precisamente allí. Claro que sobre el jefe estaba el gerente y sobre el gerente la junta de directores. Pero después de todo ¿qué pruebas tenía? Mi acusación podría ser un boomerang.

Si bien mentalmente estaba en orden, mi cuerpo me protestaba. Nauseas. Dedos temblorosos. No salí de la oficina. Ni siquiera al baño. Pero fui el primero en irme. Ser el primero o el último significaba no encontrarse con ninguna. Era lo mejor.

Partí a todo lo que daba a mi citroneta, un modelo de hacía quince años atrás que sonaba como una fábrica y no pasaba los sesenta por hora en rectas largas. Antes de bajarme encendí un cigarrillo y permanecí sentado en el auto, fumando. Cuando terminé encendí otro y con el cigarrillo en la boca me bajé y extraje el maletín. A grandes zancadas subí la escala hasta mi departamento. Suspiré al cerrar la puerta tras de mi. Dejé el maletín sobre la mesa de la cocina. Puse la tetera y la olla con sopa de espárragos. Busqué desatornillador, martillo y mi cortaplumas. Todo demás. El maletín estaba sin llave. Repleto de fotos grandes, veinte por treinta, y tarritos con rollos revelados. Me atraganté con el café y me quemé con el cigarrillo. Eran desnudos. Poses pornográficas. Instantáneas no muy bien desarrolladas algunas y mal ampliadas otras, o mucha luz o poca luz, trabajo casero, sí, pero eran fotos claras e inconfundibles. Allí estaba Lola, Maiga, Luisa, Isabel, en fin, ellas, y sin hombre. En todas las instantáneas se repetía el mismo acto en diferentes poses. En todas aparecía María Cecilia, triunfadora, con una sonrisa salvaje en su enorme boca, mientras una de las otras, en voluptuosa humillación hundía la lengua en su sexo. En cada foto aparecía María Cecilia con una de ellas. Luisa tendida de espaldas con la cara entre las piernas de una María Cecilia a horcajadas sobre ella. Lola arrodillada ante María Cecilia de pie, con las piernas separadas, ofreciéndole ostentosamente su pubis. El mismo acto, pero imaginación no les faltaba. Y siempre con una ardiente Isabel, Lola o Maiga enardecida, de ojos entornados, de rostro encendido, y una María Cecilia sin sensualidad, divirtiéndose al contemplar el orgasmo de la respectiva humillada.

Puse las fotos y el maletín sobre la mesa. Fui a la esquina y me compré un pollo asado, dos botellas de vino tinto, tres pasteles árabes y un puro.

Al día siguiente entré como un triunfador, ardiendo de impaciencia, por tener una oportunidad de reiniciar mi juego. No bien vi a Luisa, le propiné un palmotazo en la espalda junto con un "hola, pu, Luisa, qué me cuentas de tu agitada vida", bien gritado y reído. El tío condescendiente con la sobrina fea. Se puso granate. Caminé,

regalando energías, hasta la oficina de la coja. Abrí sin golpear. Estaba sola y se le cayó el lápiz al verme.

—Bah, —dije paseando la mirada por la oficina— no están las muchachas.— La miré rápidamente y observé— ¿Así es que te gusta el lenguado?

Abrió la boca, pero yo fui más rápido en cerrar la puerta. Corrí riendo a gritos a mi oficina. Dos puertas se abrieron en el pasillo. No pude concentrarme en el trabajo y me dirigí al casino. La café-adicta Isabel sorbía seguramente su cuarta taza. Me ignoró. Me le aproximé decidido y le apliqué una guapa palmada en las posaderas con la intención de hacerle perder el equilibrio para que se le volcara el café. Exito completo. Taza hecha añicos a sus pies. Soponcio. Yo, a lo Napoleón, con las mujeres la victoria está en retirada. Me refugié en mi oficina para tomar aliento. Las escuchaba desfilar por el pasillo. Reunión. Aquelarre en el escritorio de la coja. Esperé algunos minutos. Decidido, pletórico de entusiasmo, partí a verlas. Hablaban en voz baja. Les abrí sorpresivamente la puerta. Ocho pares de ojos muy abiertos, ocho bocas crispadas. Electricidad estática hasta en las paredes.

—Arrodíllense, pecadoras —bramé como esos sacerdotes furiosos de la inquisición. Echaba chispas. Con el índice tembloroso les señalaba el suelo. Ninguna se hincó, pero juraría que ví vacilar a Mónica. Una mano me da, por detrás, unos golpecitos en el hombro. El gerente más serio que un muerto. Salté, como buen estratega, a un rincón. Dos flancos cubiertos. Elemental.

—Con todos ustedes quiero hablar. —Dije, modulando cada sílaba.

—Hay quejas muy serias... —comenzó el gerente.

—¿Sobre el maletín? —Interrumpí, clavando mis ojos en la coja—. Lo encontré... y lo abrí. Fotografías,

señor gerente. ¿Cuál de ustedes es la fotógrafa? Descuiden, no me quedaré con ninguna. Se las entregaré a usted, senor gerente, y de seguro, que a usted tampoco le interesa conservarlas. Sodoma y Gomorra, señor gerente.

Se miraban entre ellas con evidente sorpresa. Risitas histéricas.

—Tenga la bondad de acompañarme.— Me pidió el gerente.

—Adios, reinas del lenguado.— les dije riendo.

Seguí al gerente hasta su oficina. Le narré todo eligiendo normas cultas-formales y palabras en latín. No me entendió absolutamente nada. ¿Cuadros plásticos? ¿Cunni qué? ¿Decúbito? Fruncía las cejas, al borde del derrame cerebral por el esfuerzo a que sometía a su magín.

—Mi citroneta está descompuesta. Si gusta me lleva a casa y saldrá del enigma.

Manejaba con lentitud. Auto confortable, oloroso a nuevo. En verdad, lo reconocía, me había excedido con las nalgas de Isabel, pero a cualquiera. No son fotos para cardíacos. No me escuchaba. Un bull-dog taimado. Bajamos. Miró el edificio de arriba a bajo como si meditase la posibilidad de lanzarme desde el séptimo piso.

—Adelante, ahí están.

—¿Dónde está qué?

—Ahí, sobre la mesita negra. Ve. Ese maletín. Las fotografías están sobre él. No tuve valor para ordenarlas o... clasificarlas.

Se paró delante de la mesita, dándome la espalda.

—¿Cuántas fotos son?

—No las conté, pero usted puede hacerlo.

—¿Y dónde me dice que están?

—Ahí, pues, encima de la mesa.

—¿En esta mesa?

—Pero, por favor, —tenía las fotos en sus narices, cubrían la mesa y dos o tres yacían en el suelo. La luz que penetraba por la ventana era clarísima. —Hay algunas en el suelo.

—Ah, también en el suelo.— Miró el piso y luego me miró asombrado. Más sorpresa e interés le deparaba yo que las fotos.

—Las encontré en ese maletín.— Le expliqué indicándolo con la mano.

—¿En qué maletín?

El maletín estaba sobre la mesa, tapizado de fotos y rollos.

—En ése.

—¿Y dónde está el maletín?

—Ahí, hombre de Dios, sobre la mesa con todas esas fotos.

—¿Cuál? ¿Qué? ¿Y cómo dice que es el maletín?

—Negro, pero ¿qué le...

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Me contempló con auténtica compasión.

—Usted no va a poder volver a trabajar con nosotros. Me explicó con lástima. Moviendo la cabeza, me miró un rato, pensativo.

—Le mandaremos por correo su liquidación de sueldo. Por favor, no vaya... a...

—No, —le dije lentamente— no voy a...

Sonrió con algo de simpatía y mucho de cansancio. Suspiró. Vaciló en darme la mano. Volvió a suspirar. Antes de abrir la puerta me dijo con pena y paciencia:

—Usted no entiende, Juan.

Cerró delicadamente la puerta tras sí.

Me puse a ordenar las fotos.

6

Nos turnábamos para remar entre mi primo, mi hermano y yo. La niña de pelo castaño sentada en la proa metía su mano al agua, miraba las gaviotas y, a ratos, nos miraba a nosotros que discutíamos airadamente sobre qué rumbo tomar. No cabía la menor duda de que ellos también estaban enamorados, pero jamás nos dijimos algo al respecto. Ya habíamos peleado tanto en la primera infancia que ahora nos repetábamos. Lo que quiero decir es que no nos humillábamos mutuamente ante la muchacha. A ratos creo que actuábamos como si ella no existiera para no enemistarnos.

—Rema rápido, más fuerte para encallar bien.

El bote friccionó la arena y se detuvo. Con las sandalias alrededor del cuello y los pantalones arremangados saltamos al agua y tiramos del bote hasta la arena seca. La muchacha se paró vacilante en la popa, mirándonos, pero nosotros sentados en la arena caliente, nos calzábamos las sandalias. Ninguno estaba para manitos galantes delante de los otros. Cansados de remar y de sol nos encaminamos a casa. Ella era nuestra vecina, hicimos el trayecto en silencio. Entramos a casa mientras ella aventuraba un tímido "chao". Por toda respuesta mi hermano levantó flojamente la mano.

Afuera llovía torrecialmente. No sin un extraño presentimiento entré al escritorio donde no podíamos entrar de chicos ni aun de adolescentes. Ese enorme cuarto alfombrado de rojo con las paredes atiborradas de libros era un refugio del mundo. Acaricié el enorme sillón donde papá se sentaba a leer. Tomé una de sus pipas y la llené con su mezcla de tantos años. Me paré frente a los es-

tantes, fumando, echando ese humo que admiraba desde mi infancia, recorriendo con la vista los lomos empastados hasta que mis ojos se detuvieron en una fila de libros que me parecieron familiares, pequeños, algo más raídos, más leídos, que los elegantes tomos en cuerina española. Eran mis libros de hace veinticinco años. Nuestros libros. Mi hermano y mi primo leían a Julio Verne y yo a Emilio Salgari. Coloqué mi mano sobre ellos como sobre la cabeza de un niño querido. Entonces, recordé que algo había pasado en esos días. Reencendí la pipa que se había apagado y me senté sobre el alfombra. Cogí mi libro favorito de aquel entonces. "Los misterios de la selva negra" y lo volví a hojear. Entre sus viejas páginas había un papel no menos amarillento. Una hoja de cuaderno. Sentí un estremecimiento al abrirla. Era una carta dirigida a mí. A mí . Escrita hace más de veinte años y que recién descrubría.

"... el doctor dice que me fracturé la cadera y que tengo que volver a santiago. cuando estavamos en las rocas quise decirte que te quiero, pero no me atreví. Te lo escrivo ahora. Te quiero y creo que tu también. ¿Te olvidarás de mí? ¿Quisas vuelva la próxima semana. Tu hermano y tu primo son tan raros. Tu también eres bastante raro. Me gustas mucho. Eres muy bonito. Cuando volvamos a las rocas vamos a hacerlo tomados de la mano, así no me pasará nada. Si no me quieres no me tomes la mano, así lo sabré. Me voy a acordar mucho de ti en santiago y te echaré mucho de menos. Mucho. ¿Tú también vas a pensar en mí? Chao, tu María Cecilia.
P.D. no me olvides"

Algo había pasado en ese verano hace veinticinco años atrás. Yo tenía trece. Sacudí las cenizas de la pipa y, lentamente, comencé a llenar otra.

—¿Vamos a las rocas? —propuso.

Había entrado a la casa sin golpear. Mi hermano y mi primo leían y yo dibujaba, tirado en el suelo, una batalla de tanques. No le respondimos. Ella se echó a mi lado, tomó mi libro de Tremal Naik en la selva negra, lo hojeó y se detuvo en un pasaje por un rato.

—Préstamelo —rogó.

—Llévatelo. Tengo otros igual de buenos.

—¿No quieres ir a las rocas? —susurró, como si mi hermano y mi primo no pudieran oírla. Estoy seguro de que los dos estaban más pendientes de nuestro breve diálogo que de Julio Verne.

—Bueno. Vamos.

Acto seguido me incorporé y, sin mirar a nadir, salí de la casa seguido por la niña. Una vez afuera la esperé mientras corría a su casa a dejar el libro.

Atardecía. Elegimos una enorme roca que se introducía en el mar.

—¿Te atreves?

A ratos vacilábamos. Era tan ágil como yo aunque se quedaba atrás y yo me sentía tentado de ofrecerle mi mano, pero eso hubiera sido demasiado. Nos detuvimos en la parte más alta viendo estallar las olas. Más adelante la roca descendía adquiriendo una forma plana donde caían gotas de agua con cada ola que explotaba.

—¿Te atreves?

Bajé primero mientras ella me miraba algo agachada con las manos en sus rodillas. Sobre la roca mojada la miré hacia arriba. Creo que fue la primera vez que nos miramos a la cara de frente, a los ojos. Ella sonreía. Casi reía, mirándome con una mezcla de simpatía y burla.

—Baja —le dije.

Sin mover su mirada de mi cara se rió. El viento movía su pelo castaño. Yo tampoco dejaba de mirarla, también sonriendo y, a ratos, riendo como ella ante nuestra

audacia de mirarnos así.

Entonces, yo estiré mi mano y la tomé por un tobillo. Ella lanzó un grito agudo, aleteó con los brazos para mantener el equilibrio. La solté. Demasiado tarde. Cayó hacia atrás y desapareció de mi vista. Subí. Había caído de espalda y rodado. Estaba encogida , en posición fetal, encajada en una especie de grieta. Me deslicé hacia ella y traté de sacarla. En lugar de colaborar se quejó, con los ojos cerrados, como un gatito. Pero no estaba haciendo teatro. Espantado, salté de roca en roca hasta la arena blanda por donde inicié una carrera pesadillesca hasta su casa.

—María Cecilia se cayó en las rocas.

Salieron corriendo. El padre de María Cecilia me miraba fijamente sin participar en la acción. Bajé los ojos y regresé a casa.

Esa noche se fueron. El auto se detuvo un instante frente a nuestra casa. Abrí la puerta. La empleada, su empleada, me entregó el libro que le había prestado. Estaba oscuro y no se veía el interior del auto. Me quedé mirando las luces rojas hasta que desaparecieron. No regresaron más. Nunca más. Tampoco en los veranos siguientes. Cuando ya estábamos grandes mis padres vendieron la casa de la playa. No volví a verla ni a recordarla.

7

Mario Engel: Me imagino que todos los días, pues había perdido la noción del tiempo, subía la bestia coja a refocilarse de mi situación. Al parecer, yo le compensaba todo lo que el mundo le había hecho a ella. Por terapia la llamaba "Joe" en mis pensamientos, para perderle el miedo. ¡A lo mejor se llamaba realmente María Cecilia! Joe era el gangster en una película que vi cuando cabro,

Humphrey Bogart. Al final de la película, el detective lo jodía y, sin sacarse el cigarrillo de los labios, le dice: "Estás acabado, Joe".

Sus dientes largos, su sonrisa acromegálica se dibujaba no bien me veía. Estaba cada vez más barbudo, más sucio, famélico y febril. Yo era su parte en el festín de sádicos que es el mundo. Ahora le tocaba comer a ella. La sonrisa se transformaba en risa asmática. Mi aspecto le vitalizaba. Ella estaba bien, yo estaba mal. Pero no era inteligente, a lo mejor me estaba volviendo loco, tan loco como ella, pero si yo, algún día, me atreviese a hacer algo malo, lo haría en grande. Y se lo dije:

—Si vas a hacer algo malo, Joe, hazlo en grande o no lo hagas.

Sus dientes de yegua brillaron como sus ojos. Emitió una risa afónica. El equivocado era yo, sí, ella estaba decidida a hacerlo en grande, a finish. Pero yo estaba seguro de que, a pesar de todo, no podría conmigo.

—No sabes hacer las cosas, Joe —le grité cuando se iba—, estás cometiendo un error, Joe.

Sí que sabía hacerlas. ¡Dios! El que no supo hacerla fui yo. Una verdadera cazuela para la bruja. El que estaba mal era yo. Carlos Carrión sí que sabía hacerlas cuando estábamos en el internado alemán. Nos robaba nuestras encomiendas, nos pegaba, era el único que tenía polola, todos le temíamos. Un as, el Carlitos. Joe no habría podido con él. ¿Qué habrá sido de Carlitos? What ever happened with Carlos Carrión? Cerré los ojos. Carlos Carrión. A decir verdad, lo que pasó conmigo fue bastante sencillo. No volví al internado alemán. Le pregunté a mi padre la razón de esto, y me dijo que en ese colegio habían errado el norte. Lo quedé mirando, pues me parecía imposible que un viejo guerrero como Murer no tuviera brújula o no supiera orientarse por las

estrellas o el sol. Y comenzó mi época dorada, ¡oh, Viña del Mar! Carlos Carrión's golden age. Empañada muy brevemente por la caída del Tercer Reich. Pero la venganza fue mía. Organicé una pandilla a la que bauticé con mi apellido "los Carriones". En las noches, salíamos, premunidos de hondas, cortaplumas y palos de fósforos, a destruir faroles, ventanales, a desinflar neumáticos, desarmar timbres, rayar autos, etc. Chile era un país vendido, había colaborado con los aliados. ¡Feuer! Y piedras hacían estallar las ventanas. ¡Achtung, Feuer! Y encendíamos el cabo de una mecha cuyo rabo terminaba en una botella con bencina colocada bajo un auto. Hasta que un día, una niña de pelo castaño, que estaba en cuclillas al lado de su bicicleta, me dijo:

—Oye, ¿me puedes poner la cadena?

Bajo sus ojos inquisidores, me ensucié las manos con aceite, me rompí un dedo, pero le arreglé el desperfecto. Mis mejillas ardían. No me atreví a mirarla.

—Gracias —me dijo al montar.

No me salió la voz, y partí, desorientado, en dirección contraria a la que llevaba. Di estúpidamente la vuelta a la manzana y me topé a boca de jarro con ella al doblar la esquina. Casi me morí . Ojos azules, labios perlados de sudor, mechas castañas, dientes de conejo y ganas de hablar conmigo. La soslayé fingiendo apuro. Caminé sin rumbo, con la vejiga a punto de reventárseme.

Esa tarde pasó frente a mi casa en compañía de cuatro ciclistas más, una de las cuales le gritaba: "Marión, Marión, ahí está". Yo estaba en la ventana.

Llegué a un acuerdo con mi papá. Buenas notas, de cinco para arriba; el premio, una bicicleta inglesa de esas que estaban de moda.

Fernando tenía la clave y la clave se llamaba Rosa. Lo supe por la sirvienta de mi casa que era prima de Rosa, la empleada del director, que había servido hasta hace poco en casa de Fernando y como lo quería mucho todavía, aceptó copiar los resultados y a veces las pruebas enteras para dárselos a su adorado niñito que en un par de semanas se convirtió en el mejor alumno del curso. Y como yo recibía una mesada mayor que la de Fernando, comencé a convidarlo al cine, al circo, a los juegos.

—Daría la mitad de mi mesada por subir las notas —le dije.

Necesitaba esa maldita bicicleta.

Al mes, ya era el segundo del curso. Lo que pasaba es que Fernando me ganaba en el oral. En las pruebas escritas estábamos parejos, un seis los dos, ante el asombro de Herr Kanzler. El siete no lo conseguíamos por la mala letra de Rosa.

En un recreo me escabullí a la sala de clases a comer allí mi pan con queso para no darle la mitad a Fernando. Me encontré con Isabel agazapada sobre su pupitre llenándose la boca de gomitas. Se ruborizó. Isabel se sentaba delante de mí y yo le metía las puntas de sus trenzas en el tintero.

—¿Te dan gomitas para el recreo? —le pregunté extrañado.

—No.

—¿Las compraste?

—No.

—Ya sé. Te las robaste.

—¿Quieres una?

Era de mis preferidas. Grandes, perfumadas, colores profundos. Tenía una bolsa de por lo menos medio kilo.

—Me las regaló un señor en el paradero del bus. Y mañana me va a traer chocolate. Es dueño de una fábrica de golosinas que está por aquí cerca.

Salimos al patio antes de que tocaran. Le regalé el pan a Fernando, estaba radiante el pobre flaco. La Rosa le acababa de pasar la prueba de alemán.

Pero mi papá se había volado con las notas, se convirtió en un monstruo insaciable; "tienes que ser el mejor". Y Marión cada vez más linda y con más acompañantes en sus bulliciosas vueltas a la manzana en bicicleta, volteaba la cabeza para ver mi casa y a mí en la ventana cuando pasaba por delante.

A la mañana siguiente, al bajarme del bus frente a la subida al colegio, vi a Isabel conversando con un señor alto, de ojos azules, que le acariciaba la nuca. Me escondí tras un poste. Atravesaron la calle tomados de la mano. Le volvió a tocar la nuca y le dió un paquete multicolor. El chocolate. Se me hizo agua a la boca. ¡Y qué envidia! Amiga de un fabricante de dulces.

En el recreo, volvimos a juntarnos en la sala para comer el chocolate. Era de mis preferidos. Relleno con crema de coco. Y era enorme, por lo menos de medio kilo.

—Jura que no se lo contarás a nadie.

—Lo juro —la boca llena de chocolate y coco.

—Me invitó a su fábrica. Vamos a ir esta tarde. Voy a llevar mi bolsón para llenarlo.

—¿Qué vas a decir en tu casa?

—Que voy donde Inge a hacer las tareas. Nos vamos a encontrar a las tres.

—¿En el paradero?

—Mira, Carlos, si vas lo echas todo a perder. Es un secreto, ¿entiendes? Yo te voy a convidar, pero quédate callado.

-La mitad.

-Bueno, la mitad. Vamos al patio ahora, que van a creer que estamos pololeando.

Le regalé mi pan con dulce de membrillo a Fernando. Si el flaco hubiera tenido cola, la habría movido. No pude concentrarme en la clase pensando en los bombones, calugas y gomas de que dispondría. El flaco se sacó un cinco y yo un cuatro. Pastillas rellenas, turrones, el cielo. Y mi papá dele conque el primero o nada.

Al día siguiente, Isabel no apareció. No me cupo la menor duda: indigestión. Las cosas de la vida. Nunca más la volvimos a ver. Pero tres semanas después, un domingo, al salir con Fernando de la matiné, "Los tres caballeros" de Walt Disney, vi al señor alto, de ojos azules, que conversaba con una niña morena de mi edad, pero no de mi colegio. Me llamó la atención que teniendo fábrica comprara una barra de chocoláte enorme, una de mis favoritas, de medio kilo por lo menos, y se la regalara a la niña mientras le hacía cariño en la nuca.

La cosa era más que seria. Me sentí obligado, tuve que apretar la tuerca: pedí hablar con Herr Kanzler. Me presenté en su oficina con las evidencias: las copias que hacía Rosa de las pruebas. Llamó a gritos a la empleada. Llanto y confesión. Un chocante espectáculo.

Suspendieron a Fernando al que engatusé con que Rosa no se la había podido con los remordimientos. Echaron a Rosa. Casi pirocagué en la última prueba, pero el término medio me daba para convertirme, al final, en ausencia de Fernando, en el primero.

Gran fiesta gran en casa. Obtuve una bicicleta inglesa de esas que estaban de moda. El hombre propone y Dios dispone. A las siete de la tarde pasó Marión con su pandilla, en patines. ¡Ahora andaban en patines!

Años más tarde, en la universidad, fui también el mejor alumno. En verdad, todo lo hacía por mi viejo, porque a mí, me importaba todo un pito. Me gustaba la música barroca y las novelas largas de los viejos maestros. Lo del norte se lo podían meter por el culo. Cuan-

do mi viejo murió, murieron muchas cosas, entre ellas, mis estudios. Más tarde tuve que trabajar. No me gustó nada, nada. No sirvo para esclavo, es que no creo en esas cosas. Me despedían con bombos y platillos de los empleos. Para los gerentes, el nombre "Carlos Carrión" pasó a ser un concepto. Vendí la casa de Viña y me compré un departamento en Santiago donde aún no me conocía ningún gerente. Se impresionaban por mi aspecto distinguido para luego asombrarse ante mi desidia.

—¿Usted que pretende, m'hijo? —me preguntó uno al darme el sobre con mi exoneración.

No quise que me saliera con lo del norte, y le respondí que era algo privado.

Pero me sentía bien. La misión que el hombre tiene que cumplir en la vida existe siempre, aunque uno no la vea, y es siempre suceptible de ser cumplida. El vivir es una misión. Mi deber es lo que el día reclama, acariciar a un niño, tomar sol, darle plata a los limosneros, tocar el piano, leer, conversar con la gente, chacotear con las empleadas, escuchar a Bach. Jamás podremos conocer el porvenir. No podemos prejuzgar si el porvenir encierra o no la posibilidad de realización de valores. Un negro condenado a trabajos forzados a perpetuidad fue embarcado en Marsella con destino a la Isla del Diablo. En alta mar estalló un incendio en el barco que lo conducía junto con otros presos. El negro, un hombre extraordinariamente vigoroso, fue despojado de sus grilletes y salvó la vida de diez personas. Si al embarcar rumbo al presidio, en el muelle de Marsella, le hubiesen preguntado si creía que su vida tenía algún sentido, probablemente habría contestado que no. Nadie puede saber si tiene o no algo que esperar de la vida y qué horas grandes le aguardan en ella.

Pero no entendía a la gente que iba a trabajar todas

las mañanas, ¿o las entendía demasiado bien? Se levantaban al alba, estimulados por el azote del hambre. El estómago vacío, la expresión salvaje en los ojos, el miedo, el miedo a lo peor es lo que los guía. Todos acicateados hasta la desesperación, incitados por el látigo y el hambre, a trabajar, a construir casas, edificios, ciudades. Descuidando lo más importante: el olor del café recién hecho, el humo que sale de la taza, el pan caliente con mantequilla, las tostadas, mirar por la ventana, son cosas que no se pueden descuidar. El mayor deleite es caminar solo por las calles de noche cuando no hay nadie a la vista y reflexionar en silencio de lo que me rodea. De todos esos agujeros, casas y palacios saldría, en la mañana, un ejército de hombres desesperados. Pero a mí no me joden, mientras haya Baches, Vivaldis y Thomas Mannes, a mí no me joden.

Después de que me sacaron la última silla de las asentaderas llegué a la conclusión que lo esencial es comer. Lo demás hay que dejarlo en manos de Dios. Estaba en la calle. Caminar, vagabundear, sentarse en los bancos, matar el tiempo. ¿Qué harías tú? No morir de hambre ya es algo. Cultivé un nuevo grupo de conocidos; pelotas que había evitado cuidadosamente hasta ahora, borrachos, seudoartistas, fotógrafos, vendedores de refrigeradores. No es difícil hacerse de amigos cuando úno pasa en un café doce horas al día. Los jueves, comer donde tal amigo que aún no sabe que estoy cesante; los viernes, un paquete de maní.

Una noche fui con dos comisionistas, acababan de vender un juego de baño completo, al burdel más elegante de mi vida. En pleno barrio "EL Golf". Me convidaron a beber champán en el salón y luego se fueron a retozar con sendas meretrices.

—¿Y tú, buen mozo, te pareces a Montgomery Clift,

no te gustan éstas? ¿Quieres que te traiga una chiquilla especial?

—Voy a esperar a mis amigos.

Las putas se fueron del salón. Quedé a solas con la dueña. Nos contamos nuestras vidas y llegamos a un arreglo. A saber, una botella de champán y una mujer gratis en una de las alcobas con espejos, por cada cliente que trajera.

Comencé a hacer el amor de lo lindo. Claro que como no comía bien, cuando salía a la calle con más de media botella de demisec en la sangre, me agarraba el aire y varias veces estuve a punto de morir atropellado.

Repartía tarjetas de la "Villa Pompadour". "Cuando llamen, digan que son amigos de Carlitos Carrión. De lo contrario no los atenderán".

Un degenerado le encargó a uno de los fotógrafos un álbum del vicio a cambio de una suma que para nosotros, en ese momento, sonaba a fabulosa. Le había dado, el degenerado al fotógrafo, una serie de indicaciones, es decir, que apareciera parejas en acción, y como yo me parezco a Montgomery Clift, el fotógrafo sabía de mi trato con la dueña, el negocio era obvio. Entre los dos, nos lanzamos, en seguida, a la caza de clientes. Religiosamente recibía mi poco religiosa comisión. Una mujer y una botella de champán. El fotógrafo tenía derecho solamente al champán y a fotografiar. Más de una vez lamentamos la ausencia de un segundo fotógrafo.

La última serie de fotos debía ser una de esas fiestas colectivas, un Brueghel gigantesco. Una confusión de hombres, perros, mujeres, prótesis, etc. Lo cierto es que la dueña de casa no quería perros, y el degenerado lo exigía. El que uno de nosotros se disfrazara de perro era una solución posible porque eso de llevar a escondidas un pequinés, no. El tipo quería un perro, no un gato.

8

Mario Engel: Parece que la vieja se mandó a cambiar. De la empleada nunca más se supo, seguramente la despidieron el día en que fui encadenado. A lo mejor la vieja se murió y ahora los demonios la están friendo en una paila para ver que tal baila el charleston. Hace días que no me sacan mi porquería, pero me las arreglo para colocarme de tal modo que aquello cae el suelo.

Si salgo de esta, mi vida cambiará de rumbo. Ya no me interesa la fama y el dinero. Lo único que vale la pena son el sol y el agua. También me dedicaré a las flores y a contemplar las hormigas. Me tenderé en el jardín, en las mañanas y, con los ojos casi encima, miraré las gotas de rocío en el pasto. Voy a vagar por las playas gritándoles de vez en cuando a las gaviotas. La coja y sus dientes de hipopótamo pasarán al olvido. Volveré a ver a mi amigo Juan y comeremos manzanas con leche condensada. Nos volveremos a encontrar así como tú, mi Juan, te encontrarás con Carlos Carrión, sí, sí, después de veinte años, ya verás, ahora estás atribulado, pero te consolarán, ya verás.

Juan: Lágrimas de inadaptado corrían por mis mejillas.

—Usted no comprende, Juan.

El tipo cerró la puerta y me quedé solo en mi departamento. Metí las fotos en una bolsa mirando por última vez la imagen de María Cecilia, su rostro brutal, maligno, mientras Isabel y las otras le hacían la miné. Las tiré por el incinerador, al fuego, a las llamas, al infierno. ¡Quémense, ardan retuérzanse! Tenía una botella de cognac. Es amargo estar solo, amargo, amargo, amargo. Todo vacila. Soy un hombre sin hogar, sin un amigo, sin esposa y sin trabajo. Soy un monstruo que pertenece a una rea-

lidad que aún no existe. Lo que no quita que esté loco de pena, de angustia. Sé que no estoy perdido. Hay, sin duda, una realidad a la cual pertenezco en alguna parte y en algún tiempo. Abramos el Martel. Dios dirá, algo hay que dejarle al Viejo.

No es que le deje todo al Viejo, ninguna situación en sí misma me asusta. En alguna forma, siempre me las he arreglado. Aunque estuviera en el último campo de concentración, estoy seguro de que obtendría algún placer. El secreto está en no oponer resistencia. Dejarse llevar. Otras personas se agotan luchando, tironeando y empujando: la estrategia es flotar en la corriente. Que las olas me traigan, que las olas me lleven. Las cosas suceden o no suceden, eso es todo. El Viejo sabe lo que hace. De nada sirve sudar, luchar. Casi todo lo que llamamos vida no es más que insomnio y agonía, porque hemos perdido el hábito del sueño. No sabemos como abandonarnos. El cognac sabe bien. ¿Cómo haré para comer? Los libros que yo leo y la música que escucho me aseguran que hay otros hombres como yo. Claro que los que simulan hacer esto o lo otro porque tienen que ganarse la vida, son más, son mayoría que abruma. "Usted no comprende, Juan". Otro cognac. María Cecilia y sus girls. Lady María Cecilia's fans. Una buena colección de fotos que sólo yo veía porque si comprendiera no las vería. ¿Qué tal? Ellas arman sus orgías y es a mí a quien echan.

El herrero de un pueblo cometió un sangriento crimen y fue sentenciado a morir en la horca. Pero el alcalde fundándose en que en el pueblo no había más que aquel herrero y, en cambio, dos sastres. mandó ahorcar a uno de éstos para que el delito no quedara impune.

Y si yo hubiese estado ahí y denuncio al burgomaestre, me habrían echado del pueblo a patadas y risotadas por no saber vivir. Usted no entiende. Von Kleist tampo-

co quiso comprender y tuvo que suicidarse, pero yo prefiero ir entendiendo un poco. No tengo cojones para esto. Es un error tenerlos. Mit den Wölfen muss man heulen y si a Roma fueres do what the romers do. Hay que rehuir los conflictos y alegrarse de haberlos soslayado y ser amoral y jugar con los demás y no estar ahí preguntándose ¿y a mí por qué no me dejan jugar? No me dejan jugar porque soy cristiano, tengo que desprenderme de mi cristianismo y comenzar a jugar, incluso empezar a ir a misa los domingos, si es parte del savoir faire, adelante, con rosario y todo. Y me van a convidar a jugar. ¿Saben ellos a qué están jugando?

Mi mamá me dijo que si tenía un cartón no me moriría de hambre. Songs my mother taught me. Ha llegado el momento de poner a prueba su sabiduría popular. ¿Serán las madres un remedio peor que la enfermedad? Profesor secundario. Es el "secundario" lo que mata.

Salí a la calle, desconsolado. A caminar, denn Sorge hat nachts schwarze Rosen, en castellano: me sentía como las pelotas. Entré a un café donde van los que han perdido la fe. Una pobrecita de ojos enormes me sirve.

—Necesito una mujer —le digo suavemente.

—Hable con el señor —fue la sorpresiva respuesta.

Quería dormir abrazado y nada más, no estaba para coitos, dormir abrazado después de unos buenos toques del Martel de cinco estrellas que guardaba aparentemente para esta ocasión.

El señor con el que tenía que hablar era un tipo de ojos verdes que llamaba la atención por su hermoso rostro a pesar de las ojeras y la expresión trasnochada. Se veía que estaba luchando para no caerse dormido ahí mismo. A su lado, un judío al que le colgaban por lo menos tres estuches de cuero con sendas máquinas fotográficas.

En el internado, Murer nos mostraba unas enormes ampliaciones de fotos de Jehudi Menuhin, Einstein, Bruno Walter y Arturo Rubinstein. Rubinstein era su favorito: pelo negroide, nariz hitita, ojos de gallina. Die furchtbaren Juden. Der ewige Jude.

Me acerqué a ellos, decidido.

—¿Qué hay? —me preguntó el fotógrafo judío, no sin amabilidad.

—Shalom —le dije.

El fotógrafo miró intrigado al buen mozo y le preguntó:

—¿Qué le pasa a este huevón?

Los ojos verdes, a punto de cerrarse me miraron.

—Necesito dormir con una mujer —le digo— aunque sea judía y Herr Murer me trate de chancho y reviente en su tumba.

Me tomó los hombros. Se le espantó el sueño. Sus ojos resultaron ser gigantescos.

—Heil —me grita.

—Heil —le digo.

—¿Qué hay que hacer con el enemigo? —me pregunta.

—Inmovilizarlo —le respondo.

—Par de huevones, sentencia el fotógrafo.

—¿Qué es esto? —me pregunta el buen mozo, y se abre la camisa exhibiendo una sentadora cicatriz de una quemadura de tercer grado del porte de una manzana.

—Yo diría que es el efecto de una bola luminosa de luz de bengala disparada con excelente puntería.

—Blut und Ehre —me dice.

—Heil Hitler —le respondo— una cicatriz vale más que treinta condecoraciones.

—Ahora sí que creo —dice el fotógrafo.

—¿Dónde están tus cicatrices? —me pregunta el ojiverde.

—No las tengo, pero aún conservo mi camisa manchada con sangre... señor.

Y nos abrazamos cagados de la risa. Nos besamos en las mejillas.

—Hijo de puta —me dice él.

—Conchaetumadre —le digo yo.

—Me cago en la gran puta —dice el fotógrafo.

Carlitos Carrión me llevó a un palacete en un barrio de millonarios. Fuimos atendidos por una apetecible matrona y tres jovencitas que se meneaban, sentaban, cruzaban de piernas en una competencia de quién mostraba más y mejor.

—Estas no son para ti —me explicó Carrión—. Te van a traer algo especial, una que se acuesta más por necesidad psico-fisiológicas que monetarias.

—¿Y tú?

—Yo me voy con la rubia esa de muslos transparentes. A propósito, ¿cuánta plata traes?

—Eine Million.

—Bastará—. Me dijo y se durmió hasta que llegó mi pareja.

Nunca fuera caballero de dama tan bien servido como lo fui esa noche entre los brazos y las piernas de esa morena tierna y briosa.

Cesante y sin dinero. Juanito con suerte sirvió durante siete años en un país remoto. Como pago recibe un trozo de oro del tamaño de su cabeza. Cargando el pesado metal inicia el regreso. En el camino se topa con los pillos más avezados, oportunistas en grado sumo. El primero le cambia el oro por su caballo sin hacerle caso a Juanito cuando dice "ya verás lo que pesa". El segundo le da una vaca por el caballo. El otro le cambia la vaca por un cerdo. Más adelante cambia el cerdo por un

ganso y, por último, trueca el ganso por dos piedras. Más adelante, lanza las piedras al agua. Y, con una alegría sin límites, llega a su casa con las manos vacías. ¿No es acaso un caballo vivo algo más hermoso que un inerte trozo de metal? ¿No es preferible una vaca mansa que un caballo chúcaro cuando no se sabe montar? ¿No sabe mejor un jugoso asado de chancho que la carne correosa de una vaca vieja? ¿No es preferible poseer un ganso cebado que un cerdo del que se dice ha sido robado? ¿Y no es más grata la posesión de los utensilios de un afilador de tijeras que la ocupación de llevar un ganso aleteando debajo del brazo? ¿Y el caminar libre no es acaso mil veces más delicioso que el tener que acarrear dos piedras? Juanito se nos revela como un sabio, un artista de la vida. Toda posesión es incómoda, aguafiestas, toda posesión es ingrata. La única forma de posesión humanamente digna es poseerse a sí mismo. El que se posee a sí mismo, es tan rico que puede renunciar con toda despreocupación a todo el oro, las vacas y caballos del mundo. La alegría de vivir, de poder respirar, de sentir latir el corazón, la dicha de ver y oír, las fascinación de estar vivo, es la única felicidad que vale la pena. Qué mejor regalo para una madre que este muchacho con el corazón que le revienta de felicidad. Este Juanito es invulnerable. Por muy pillos que sean los que le salgan al camino, nadie puede dañarlo, nadie podrá dañar su alma que es lo que cuenta. Juanito con suerte, el tonto, el fracasado, el de las manos vacías, ha triunfado en la vida. Y él, a un nivel preconsciente, lo sabe, por eso se alegra a tal punto que cree que el corazón le va a reventar de pura dicha.

Así me sentía en la mañana al beber el reconfortante café con tostadas, café au lait au lit, mientras la morena me mamaba el miembro.

A las once de la mañana debimos abandonar la casa,

casi lloré. Mi morena salió con nosotros, se instaló tras el volante de su pequeño Porsche rojo, bajó el vidrio, me lanzó un beso y partió almaqueselallevaeldiablo. Carrión y yo subimos a mi citroneta y nos demoramos veinte minutos en hacerla partir en medio de feroces explosiones. Fuimos a mi casa. Los dos queríamos leer, fumar, escuchar a Mendelssohn y no hablar; pero tampoco estar solos.

Carrión: Me vinieron a buscar a fin de año. A pesar de estar en diciembre, lloviznaba. Mis padres sentados adelante conversaban, yo no seguía la conversación, pero las inflexiones de sus voces tranquilas me envolvían protectoras, inundándome de quietud. Llovía sobre el largo camino pavimentado. No vimos otros autos. Una o dos carretas cargadas con productos de chacarería. El ruido del limpiaparabrisas. Una loica parada sobre el palo de una cerca. El cadencioso sonido del motor. El Internado iba quedando atrás, cada vez más atrás, sus patios, sus gritos, el bosque, la campana, el agua fría en las mañanas, formarse, numerarse, otra vez porotos con mote, dulce de alcayota, Lehmann apretándome el cuello, las hondas, Ricardo expulsado, las cachetadas de Herr Murer. Todo aquello se iba cubriendo de neblina, las voces de los profesores y alumnos se apagaban hasta quedar sólo el camino y el paisaje vistos desde el interior del auto. El limpiaparabrisas. La sedante conversación de mis padres. Las matas de espinos en flor. Un campesino parado en la berma. El camino solitario bajo la tenue lluvia.

Papá: No llevábamos más que quince minutos de viaje cuando escuché sollozar a Carlitos. No lo había visto ni oído llorar desde su infancia. Mi mujer me colocó una mano sobre la rodilla y musitó: déjalo. Eran verdaderas explosiones de sollozos. Por el retrovisor vi que se tapaba

el rostro con ambas manos y se sacudía con cada estallido de llanto.

Juan: El auto de los padres de Ricardo había llegado a mediodía. Estábamos secándonos frente a la piscina después de la clase de gimnasia. Nos vestimos rápidamente. Realmente no sé quién tuvo la idea, si Carrión o un profesor o el mismo Murer. Sin mirar el desolado espectáculo que ofrecía Ricardo y sus padres colocando los bultos en el portamaletas del auto, nos formamos a lo largo del parrón que cubría la única salida para autos hacia el exterior. Creo que fui el único que les echó un vistazo. Mi mirada quedó perdida por uno o dos segundos en el rostro de la mamá. Ella me miró como diciendo: "Mire lo que nos ha sucedido". Seguí a mis compañeros. Me acordé que en ese momento el cuerpo de Albertito estaba siendo velado.

Ni el director ni el último mozo estaban junto a la familia atareada al lado del viejo cacharro. Nosotros esperamos en silencio. Le costó hacer partir el motor. Puso primera y el vehículo comenzó a desplazarse cansadamente. Dobló hacia el parrón casi rozando al primero de la fila, a Lehmann, que lanzó a la ventana el primer salivazo, un escupo enorme que estalló en el vidrio lateral derecho. Uno por uno fuimos escupiendo el auto, el parabrisa, los vidrios, incluso la ventana trasera. El auto salió a a carretera, y, al dar la vuelta rumbo a Valparaíso, desapareció de nuestra vista para siempre.

9

Mario Engel: No lavaba el plato. Unos gusanos gordos como babosas disputaban mi comida. Los goces de la bruja. Te jode, la pata, la pata de vaca, la chata cataca, te caga la caca, revienta de una vez bruja hija de la gran

puta. Quería recibirla con un: "Hola, Joe", pero no podía, tenía fiebre, estaba jodío, tan jodío como ella quería. Al rato se iba, pero en el aire quedaban sus dientes enormes, dos hileras interminables. Entonces gritaba, llamaba mentalmente, llorando, a mis amigos del internado. A Juan, a Carlitos. Mis creaturas. Ahora Juan y Carlos estaban unidos. Salían juntos y se encontrarían en sus correrías con un tercer compañero del internado, pero no lo reconocerían.

Juan: El local estaba repleto, todo vibraba, mesas donde se comía, mesas donde se bebía, humo, música, mozos, bandejas, calefacción, olores. Pedimos ostras y vino blanco, dos botellas inmediatamente. Un ayudante de ceremonias anunció, entre una débil rechifla, a una cantante. Cuando ésta entró, espléndido traje largo, todo el mundo continuó conversando, comiendo, riéndose. Como no se hacía silencio ésta comenzó a decir algo que no se escuchó salvo el "gracias" al final. Ni pifias, ni aplausos, gritos llamando a algún mozo, carcajadas, ruidos de platos y cubiertos.

Sol de mi vilda, fui un fracasado

La pobre ponía el alma. Se le hincharon las venas del cuello. El micrófono tiritaba en sus manos. Nos trajeron las ostras y el vino. Poseída por el tema, cayó de rodillas y confesaba:

Hoy, después de un año atroz, te vi pasar.
Me mordí para no llamarte

Carrión comenzó a enmantequillar una tostada. Un grupo le rogaba al mozo por una mesa, que trajeran una de adentro, que en esa esquina cabían. El mozo le gritaba a Lucho si hay otra mesa disponible. Las lágrimas caen por el rostro desfigurado por la emoción:

Porque te quise tanto, tanto...

No se escucha bien el final. Parece que ya terminó

porque está de nuevo en pie y dice algo tal como antes de cantar, seguramente nos está sacando la madre a todos, termina con un "gracias" y se va. Creo, honestamente, que fui el único que la vio y escuchó algo.

—¿Te imaginas, Juan —me dijo Carrión—, si Santiago fuese sorprendido por una súbita erupción volcánica?

—Todos sorprendidos por gases venenosos y luego eternizados por la lava, como en Pompeya. ¡Qué museo seríamos!

—Nuestro distinguido alcalde semi sentado en la taza limpiándose el trasero. Todo el mundo cogido de sorpresa.

—Un cura con un palo de escoba en el culo.

—El niño descalzo pidiendo limosna.

—Camareros escupiendo en los platos que van a servir.

Y, de pronto, se hizo silencio absoluto. Todo se detuvo. Los mozos se paralizaron. Las cucharas quedaron en el aire, en el plato o en las bocas. La bella durmiente y todo el palacio quedaron estáticos. Sobre el pequeño escenario había aparecido un muchacho enjuto, poncho artesanal, bigotes a la Martí, guitarra en mano. Era el único que se movía en todo el local. Colocó lentamente un pie sobre una silla. Carrión y yo nos mirámos. El bigotudo empezó a cantar:

Cuando nací fui adoptado por gente bien, gente linda, linda

Calzoncillos de seda, institutriz, leche, huevo, bife y fruta

Yo no lo sabía y los llamaba: mami y papi, mami y papi

Calzoncillos de seda, institutriz, leche, huevo, bife y fruta

Mientras el tipo estaba cantando, noté que un gigantón en la mesa vecina se excitaba cada vez más con la canción. Apretaba los puños, se daba golpes en la mandíbula, hacía muecas, cerraba los ojos con fuerza.

Y yo no lo sabía, berreaba el cantautor.

El vecino comenzó a morderse las manos, enervado, el rostro granate.

Un día me caí del tejado y una pobre lavandera me levantó

Calzoncillos de seda, institutriz, leche, huevo, bife y fruta

Y pregunté a mami y papi ¿por qué esa pobre mujer cochina

tenía las manos tan suaves y la voz tan dulce?

Calzoncillos de seda, institutriz, leche, huevo, bife y fruta

El vecino se puso de pie. Todo el mundo concentrado en la canción. El tipo estaba crispado, temblaba, extrajo un cuchillo.

Yo no lo sabía, esa mujer era mi madre

Calzoncillos de seda, institutriz, leche, huevo, bife y fruta

¿Por qué tiene las manos tan suaves y la voz tan dulce?

Calzoncillos de seda...

—¡Cuidado! —Interrumpió uno de los mozos. Fue como gritar "fuego". Las mujeres cercanas gritaron al ver al tipo, y las más lejanas gritaron porque gritaban las más cercanas. Se prendieron luces, cayeron sillas, la gente se ponía de pie. "Calzoncillos de seda" se escabulló con su maldita guitarra. El vecino del cuchillo saltaba gritando algo que no se entendía. Al saltar de mesa en mesa, adoptaba poses de Nureyev, mientras cruzaba por el aire. Excéntrico, el compadre.

La gente se empujaba, peleaba por apartarse del de-

mente. Otros trataban de irse, los mozos los detenían. Los proyectiles surtidos volaban hacia el enajenado y uno que otro en direcciones harto caprichosas, pues un loco empapado en mayonesa le dió a Carrión en el ojo. Todos contra todos, tipo John Wayne. Faltaba que alguien se pusiera a tocar el piano. Nos abrimos paso a lo que es aletazo. En el guardarropía la cosa estaba igual. Yo cogí un gamulán enorme y Carrión un abrigo de coipo. Afuera hacía un frío pelado. Riendo junto con otros clientes, nos encaminamos a los autos. Mientras calentábamos el motor de la citroneta, alguien nos mostró el pulgar.

—Suba —le dijo Carrión.

Miré por el retrovisor. Estuche de guitarra y poncho. "Calzoncillos de seda" en persona. Le di un codazo a mi amigo. Respondió con un gruñido.

—Interesante el hablante lírico de su composición —le dije.

—¡Ah! ¡Uh! ¡Qué! —Fue como si el loco en el ojo lo hubiera recibido él.

—Quiero decir —le expliqué— que la función que gravita en su composición no es tanto la expresiva, también la representativa y apelativa.

—Sobre todo la apelativa —terció Carrión que maldito lo que entiende de esto.

"Calzoncillos" hizo ademán de bajarse, pero en ese momento partí.

—Conchasdesumadre, déjenme bajar, putos, culiados a máquina.

—Porque hay narración, diálogo y expresión de sentimientos —insistí.

—Maracas, me cago en la gran puta que los parió. Paaaren, mierdas.

—Me recordó las baladas de Goethe —se metió Carrión— Wer reitet so spät durch Nact und Wind?

—Es ist der Vater mit seinem Kind —respondí.

—Aaaaah, cagones, pijes putos, yankis, me recago en vos y en vos. Mierdas, paren les digo.

Detuve la citrola, "Calzoncillos de seda" se bajó y nos enseñó el índice:

—Los voy a cagar a los dos —amenazó. Pero en eso notó que Carrión llevaba abrigo de pieles. Su expresión cambió. Pasó de la rabia al desconcierto total.

—Estiércol —balbució como para sí mismo —estiércol, bogiña.

10

Mario Engel: A la coja, no bien me ve, se le prenden todas las luces, y su rostro estalla en una sonrisa de veinte mil dientes. Cree tenerme inmovilizado.

—Te equivocaste, Joe le dije—, la gran aventura no está en el exterior. La gran aventura es recorrer la selva oscura, acá,y me llevé el índice a la sien.

Sus dientes crecieron.

—Léete a Jung, Joe y comprenderás que no soy tan tu prisionero.

Me respondió con su risa asmática. No la miré más. Cerré los ojos y vi el atormentado rostro de Pérez-Rommel. A la luz del faro, cuando nos acercamos al cadáver de Albertito, el rostro de Pérez-Rommel se transformó en el de un hombre grande, de treinta y cinco años, algo arrugado, con entradas en las sienes, un adulto que ha sufrido mucho, Pérez-Rommel treintón, mal afeitado, dientes amarilleados por las caries, sudoroso...

Pérez-Rommel: Aquel largo y caliente domingo estaba por tirar la esponja y ofrecerle matrimonio a la primera

mujer que me aceptara. No daba más. Ganaste o mama natura, derrotaste a mamá. Marqué el número de la última prima en el mundo. Una flaca solitaria que no quería a nadie y era calurosamente correspondida.

—Aló —era su voz de himen córneo.

—Isabel, —dije— quieres salir conmigo, hoy.

Eran las diez de la mañana y la alternativa era: acostarse o suicidarse, pero hoy.

Alguien me metió en la cabeza que estaba prohibido pisar el césped, y esa era la divisa de mi vida. Prohibido pisar el césped, Verboten. Mi mamá, el internado, el viejo Murer.

—Te convido a almorzar a la punta del cerro.

—Para que me cuentes otra vez todo el daño que te ha hecho tu madre.

En verdad fue mi psicoanalista el que me convenció de eso. Creo que todos los analistas del mundo tienen ideas bastante atroces de todas las madres del mundo:

—No, Isabel, lo que deseo es almorzar contigo.

—¿Por qué no me sacas mejor en la noche?

Con sus cuarenta y cien años haciéndose de rogar. ¿Cómo decirle que tenía el pene erectado desde las cinco de la mañana? ¿Y cómo decirle que esto se venía repitiendo (lo del pene erectado) todos los días y que ya no aguantaba más? ¿Que le tengo pánico a las prostitutas con todos sus herpes, risotadas, sífilis, uñas y dientes sépticos, teatro barato, perfume idem, gonorreas y ladillas?

—Bueno, entonces esta noche. Iremos a comer a un lugar...

—No, más temprano, quiero ir al cine, primero.

Quiere ir al cine, primero. Los rituales me hinchan las pelotas. Tuve que cumplirlos uno por uno. Entrar a su casa y saludar a la tía y beberme una taza de té soportando preguntas, a qué te dedicas ahora, has sentado cabeza, en fin. A la que quería sentar en la cabeza de mi pene era a su hija, claro. Claro que llegamos tarde al cine. Una película de lesbianas, elegida por Isabel, claro. Con una Elizabeth Taylor que le decía a una enamorada "te voy a arañar la cara" que terminó de hincharme las pelotas. En el intermedio tuve que salir a comprar chocolatines. Pagué con un billete de cinco mil. Los chocolatines valían setenta pesos.

—Usted me cree millonaria —me espetó la vendedora.

—Te voy a arañar la cara —le dije automáticamente.

—Y por qué no me agarras a pañuelazos mejor, tonto maricón.

La gente comenzó a mirar.

—Aquí no está pasando nada —dije en voz alta. Sonó a "está temblando, pero guarden calma". Toda la gente que fumaba en el foyer se dió vuelta.

—Este maricón me quiere pegar porque no tengo vuelto —gritó la vendedora.

Dos acomodadores me flanquearon. "Tenga la bondad, señor" y me escoltaron hasta la salida. Y se acabó el problema. Hay que inmovilizar al enemigo. Pérez-Rommel fuera de combate. Ausser Gefecht. Y mi prima mamándose la segunda lesbianada.

Mientras me paseaba masculando mis cosas, uno de los acomodadores permaneció en la puerta, atento, hasta que pasó un carabinero y lo llamó. "Evita las situaciones que te consta que no puedes dominar" me repetía mi mamá y mi psicoanalista. Curioso como coinciden. Ya no podía tener más hinchadas las pelotas. Caminé. Di con una especie de restaurante o cabaret. Recordé haber leído algo en los diarios sobre este local. Un par de tragos y relájate, me dije.

Te vas a convertir en un dipsómano, en un monstruo alcohólico. Sí, mamá, me voy a convertir en eso, si tú lo dices, así será. Vas a terminal mal, peor que tu tío. Peor que mi tío, mamá.

El lugar estaba de bote a bote de gente, humo, ruido y olores, pero conseguí una mini-mesa detrás de una columna sucia. Relájate.

—Cerveza —pedí al garzón.

—No, señor, whisky.

—Te voy a arañar la cara —murmuré con los dientes apretados.

—¿Señor?

—Mire, tráigame lo que usted quiera.

—No, señor. Estamos para servirlo a usted a su gusto.

—Entonces, ¿qué le parece si me trae whisky?

—Muy bien, señor, lo que usted diga.

Relájate, huevón. Admira la columna que en otra no te vas a ver. Ya me estaban tiritando las manos. El tic del ojo izquierdo volvía de su letargo. De pronto el local entero enmudeció. Algo ocurría en el escenario que el grueso pilar del coño me tapaba. El silencio fue rasgado por una voz, por un canto que desde la primera sílaba me dio de lleno en las pelotas, que el papi y la mami, que los calzoncillos de seda y los bifes a la plancha. Ah no, compadre. No pude más. Llega un momento en que las pelotas revientan. ¡Paaaaf! La mami, la institutriz, la leche con plátano y el puto que lo parió. Creo que salté sobre las mesas. Que la mami y el papi y los huevos revueltos, la miel de palma, los sandwiches de pernil y la raya del culo. No aguanto más. ¡Paaaf! Estrellas, cometas, soles. Simplemente, no. Que la leche condensada y el dulce de membrillo. Exploté. El dique cedió. Tarzán contra el mundo. Me tiraron con todo. El mundo contra mí, yo contra el mundo. Se despejó la incognita. Yo era

Juanito, el mundo, el dragón. Metí un zapato en una sopera. Saltaba de mesa en mesa gritando que a mí no me caga nadie hasta que aterricé en una con la pata mala y me vine con todo guardabajo, mesa, platos, fuentes. No hubo cuenta de protección. Se me tiraron como pirañas encima. Entre varios, los cazadores con el león muerto, me llevaron a una chambre separé y me vaciaron vino blanco en la cabeza. Toallas, golpecitos en el hombro, sonrisas, el dragón se colocaba la máscara. Un bigotudo de poncho y guitarra se arrodilló y me besó la frente. Pedí perdón. Me robaron el gamulán. Estaba en mi día. Salí a la noche. Pasó una citroneta con unos gallos recitando en alemán. Frío. Se me heló la chasca mojada con vino. De mi billetera sólo quedaba el bolsillo donde había estado. Pero el frío hace bien. El largo y caliente domingo estaba por expirar. Pero vendrían otros, bastaba con mirar el calendario en caso de duda. Ahí estaban, marcados al rojo.

La caminata por las calles me relajó. La tempestad quedaba atrás. Náufrago tranquilo en esa puta fome que es Santiago, una ciudad de farsantes que se toman en serio sus grotescas. Me robaron la cartera. Pelotas que pretenden no darse cuenta de que los roles que jugamos con eso, juegos.

El sábado más caliente de mi vida me despertó un telefonazo.

—Aló —rugí.

—¿Vive ahí un huevón llamado Luis Pérez?

—Digamos que habita, lo de "vivir" lo podemos discutir más adelante.

—Nunca es tarde —dijo la voz—. No importa lo que han hecho contigo sino que tú haces con lo que han hecho contigo.

—Eres filósofo?

—No, soy cabrón.

—¡Cabrón! —grité—. Justo lo que necesito. Ayúdame. Estoy en una jaula y no logro salir.

—Calma, Luis Pérez, ¿en qué zoológico te tienen?

—En uno privado que me fabricó mi mamá.

—Tengo lo que necesitas.

—No creo. Tiene que ser una limpia, uñas y dientes inmaculados, nada de pie de atleta, y, sobre todo, que le guste lo que hace y esté orgullosa de ello. Nada de farsa.

—Tranquilo, Luis Pérez, son recién las diez de la mañana.

—Es que no aguanto más, ¿entiendes?

—Te entiendo, muchacho, te entiendo. ¿Tienes plata?

—Todo será al contado. Ayer vendí el piano.

—¿No te interesa saber como supe tu nombre y tu teléfono?

—Si siguies hinchándome las pelotas cometeré una locura.

—En una hora más llegará Macarena a tu departamento con su bolso de instrumentos y demás juguetes. Después iré yo a conversar sobre dinero. Chao y dúchate, cepíllate y perfúmate.

El tipo era serio. Habla para que te vea. Una hora. La larga espera. No fumo, pero tomo mate. Caramba que ayuda tomar mate, te pela la lengua, te quema las encías y te eriza el pelo. Macarena. Mamá, esta vez lo haré a mi manera. Soy un experto en esperas. A la cuarta chupada del mate me retumbó la frasesita del cabrón: "con su bolso de juguetes". Con la mente en blanco, un telón blanco con letras rojas: "con su bolso de instrumentos y demás juguetes", fui a rellenar el mate. Eché a andar la película: una mano que sacaba del bolso una

guillotina en miniatura, un látigo, una dentadura de piraña, cosas negras de cuero y goma. Detuve la proyectora y me senté al lado de la ventana. Poca gente. Sábado. Arboles. Querido diario: te contaré que pedí una mujer por teléfono. A un desconocido con voz ronca. Después te seguiré contando. Chao. El timbre. Coño. Ding dong. Mate en mano abro la puerta. Llenado el umbral una walkiria enorme. Inmaculada. Abrigo de cuero. Bolso de cuero (bastante grande). Se me cayó el mate y su contenido se desparramó sobre la alfombra.

Qué torpe eres, soy, todo lo botas, lo boto, nunca tendrás nada, sí, nunca tendré nada, todo lo destruyes, sí, mamá, todo lo destruyo, vas a terminar mal, muy mal, sí, voy a terminar mal, muy mal, eres torpe y tonto, nunca aprenderás, nunca aprenderé.

—Soy Macarena. ¿Tú quieres jugar conmigo?

Cerró lentamente la puerta.

—Traje mis juguetes.

Sin prestar atención al mate ni a la mancha húmeda de la infusión sobre la alfombra, se plantó en medio de la pieza y se desabotonó el abrigo. Estaba totalmente desnuda. Se lo sacó.

—¿Dónde está el dormitorio?

Nada de caricias ni besos. Esta sabía lo que quería y se sentaba en lo que quería yo. La seguí hasta mi dormitorio, ella con su bolso de cuero negro, yo con una formidable erección. Cintura de avispa, ancas de yegua. Me saqué los pantalones.

—Acuéstate —me dijo.

No estaba, a estas alturas, para discutir pequeñeces. Me tendí y observé cómo sacaba sus juguetes. Un frasco de yoguhrt, mantequilla y salame.

—¿Vas a comer? —pregunté intrigadísimo.

—Todavía no —canturreó.

Destapó el frasco de yoguhrt e insertó en él mi miembro. Primera vez que poseía un frasco de yoghurt. Luego lo extrajo dejándome bien cubierto. Se arrodilló y comenzó a comer el yoghurt.

Yo ya no tenía miembro sino un bate de base ball. No sé que intenciones tenía ella con la mantequilla y el salame, pero cuando desapareció el último rastro de yoguhrt en su boca, decidí que ya no estaba para más caprichos exóticos, iniciamos, mudos, una breve y violenta lucha greco-romana que terminó con ella como Dios manda, derrotada, boca arriba, etc., la posición de nuestros abuelos. La sorprendí con mi fuerza, y le hice perder tres veces seguidas el derecho a llamarse señorita. Cosa que me agradeció con estertores y ladridos. Después me pidió que le pasara la lengua al plato, pero como ella había devorado todo el yoguhrt, me negué taimado. Y se inició otra lucha greco-romana en la cual perdí humillantemente, y terminé con mi cabeza entre sus poderosos muslos, la walkiria venciendo al guerrero, el placer de la derrota fue solo comparable con el de su victoria. El salame y la mantequilla lo usamos en emparedados para acompañar el té que bebimos mirándonos a los ojos. Se puso su abrigo, la besé un par de veces más donde a ella le gustaba y se fue con las mejillas encendidas a la calle.

Dormía profundamente cuando el cabrón tocó el timbre. Tenía facha de artista romántico, flaco, ojos verdes, cara de sueño. Traía mi gamulán en cuyo bolsillo estaba aún mi cartera, documentos, dinero y tarjetas. Presenció la batahola que había armado en el cabaret. Simpático, Me recordaba a alguien. Me cobró un ojo de la cara por los servicios de la Macarena.

—Ultima vez que te atendemos a domicilio —me dijo al pasarme una tarjeta. Villa Pompadour—. Ahí está el

número. Di que llamas de parte de Carlitos, de lo contrario no te atenderán.

Me habría gustado conversar un poco más con él. Lindo oficio. Y del tal Carlitos uno se hacía amigo inmediatamente, una de esas personas de las que se tiene nada que temer de ella.

11

Mario Engel: Hansel y Gretel en casa de la bruja, Jonás en la ballena, Caperucita Roja en el vientre del lobo, la bella durmiente en un palacio rodeado de rosales, Blancanieves en el ataúd de cristal y yo en esta oscuridad, letargo o catalepsia. La vida se detiene para Caperucita, Mario Engel, Jonás, la bella durmiente. La oscura noche del alma. Las brujas, los lobos, las ballenas nos atrapan e inmovilizan. Pero yo, Mario Engel, encadenado, estoy viviendo intensamente. Los sueños son, mientras soñamos, como cualquier vivencia de nuestra vida de despiertos. Los sueños son presente, vivencia real.

Cuando estaba en el internado soñé una noche que me comía una paila de huevos fritos, creo, honestamente, que esos son los huevos fritos más sabrosos que he comido en mi vida. Más tarde comí en mi vida de despierto, huevos fritos muchas, muchas veces, pero ninguno le ha llegado a los tacos a esos que comí en mi sueño.

Así es que ¿de dónde hemos sacado que lo que soñamos no es realidad, y aquello que esperimentamos despiertos es realidad? "Anoche soñé con una mariposa y ahora no sé si soy un hombre que sueña que es una mariposa o una mariposa que está soñando que es un hombre".

Una vez decoré una oficina, y me llamó la atención

un joven de mi edad. Me trajo café mientras hacía mis dibujos. Era el mozo o algo así, y era el único rubio y alto entre todos esos oficinistas chatos, barrigones de caras anchas y bigotes mejicanos. Le decían "el breva", sus movimientos desgarbados lo hacían más distinguido aún. Tuve la impresión que ese junior era de la raza de Ricardo, de Carrión y de Juan. Se llamaba Zañartu.

Zañartu: Antes de que Ricardo llegara a trabajar en la oficina, la cosa era brava. Una vez, al llevar una pesada máquina de escribir a la oficina del mandamás, fui detenido por un grito:

—Brevas, ¿adónde crees que vas?

Jamás me decían "Zañartu". Era tan evidente el adónde iba con esa maldita Underwood de treinta kilos que en lugar de hablar indiqué con un movimiento de cabeza la puerta abierta de la oficina del patrón.

—Responde, hijo —insistió con dulzura Mechasqui poniéndose a mi lado. Todos voltearon la cabeza hacia nosotros, espectantes.

—Le llevo la máquina al director.

—Lo siento, hijo, pero no puedes entrar ahí.

—Pero ¿por qué no? —Ya tenía los brazos acalambrados.

—Porque ahí, como puedes ver, está el director copulando con una rubia, por eso, así de simple. Y no te olvides de tratarme de "señor".

Miré el interior de la oficina aunque no era necesario. No había nadie, por supuesto.

—Es que yo no veo a ninguna rubia y tampoco al director, señor.

—¿Estás diciendo que soy un mentiroso? —Su tono se volvió amenazante. La mano lista para la cachetada—. Responde, insolente, ¿Crees que te estoy mintiendo?

—No, señor.

—¿Está o no el director copulando con una rubia?

—Sí, señor.

—¿En qué posición?

—Están debajo de la mesa, señor.

—¿En qué posición, animal?

—Están en pelotas, señor.

—En qué forma la está penetrando, pedazo de huevón?

—Ella está sobre él, señor.

—Bien, ¿Y qué piensas hacer ahora?

—Llevarle la máquina más tarde.

—No. Eso no estaría bien. Sácate los zapatos, y entra a pata pelada para que no te sientan. Y en punta de pie.

Dejé la máquina en el suelo y me saqué los zapatos. Y así, descalzo y en punta de pie, dejé la Underwood sobre el escritorio. Al salir me recibió un coro de carcajadas,aparte de que no encontré los zapatos. No los volví a recuperar ni esa tarde ni nunca. Tuve que irme a pata pelada a la casa.

Pero desde el día en que Ricardo me hizo servirle mierda a Mechasqui las cosas cambiaron. Ricardo y yo nos hicimos amigos. Una vez fuimos a la feria a chacotear juntos. En ese sitio había un chino al que le tiraban pelotas a la cabeza, daban premios al que le daba. Creo que es mejor estar sin trabajo a tener uno así. Si tiene que ganarse la vida recibiendo pelotazos, es porque no tiene nada por lo cual vivir.

Ricardo se fue de la feria con una mujeraza que atraía todas las miradas. No sé cómo lo hizo, pero sí sé cómo lo hicieron conmigo. ¿Vieron ese chino al que le tiraban pelotas rellenas de arena? Bueno, así mismo lo han venido haciendo conmigo desde que nací. Pero el peor pelotazo fue cuando me casaron, fue la caída definitiva, al fondo del pozo.

Cuando nací murió mi madre. Desde entonces, todo fue golpes. Mi padre me pegaba todos los días, a toda hora, y a medida que crecía cambió las manos por un palo, me dejaba medio muerto, A veces me gritaba que le llevara el desayuno para tirármelo a la cara. Una vez obtuve un premio en el colegio, aún me veo con las narices chorreando sangre cuando se lo mostré. No podía soportar que yo hiciera algo bien, porque si yo hacía algo bien ya no podía ser el monstruo anormal que había matado a su madre al nacer. Estaba obligado a serlo. El tenía que tener siempre algo de qué acusarme.

Ya no se lo echo tanto en cara porque he visto montones de personas más o menos como él. Personas que buscan soluciones fáciles a problemas inmensos. Individuos que acusan a tipos como los judíos, los comunistas o los masones de todas las cosas malas que les han ocurrido. Gente que no se da cuenta de que en un mundo tan grande, por fuerza, muchas cosas tienen que marchar mal.

No aceptó mis buenas notas y me puso a trabajar de mozo en una de las tantas oficinas de don Julio, su amigo, al cual le confió que yo era un morón, que no se dejara engañar, que era de mala fe y pillo y que el jefe de la oficina tenía derecho y permiso para agarrarme a patadas.

Mi jefe se encargó, entonces, de explicarles a los empleados que yo era un huevón y que se podían divertir de vez en cuando a costa mía ¡Qué no me hicieron! La lista es larga.

Cuando murió mi padre, heredé su casa, un pequeño chalet muy bien tenido en Ñuñoa. Pasé a convertirme en un buen partido para el vecindario que conocía muy bien la versión de mi vida dada por mi padre. Fue una encerrona. Una puñalada trapera, como dice Ricardo.

Sucedió el año pasado. Una mujer comenzó a hacerse la encontradiza conmigo. Y un día sábado, estábamos en primavera, tocó el timbre. Ni que lo hubiera adivinado, porque estaba a punto de masturbarme contemplando un recorte de diario con la foto de Catherine Deneuve semi desnuda. Me sonrió y me dijo que tenía un problema eléctrico en su casa, si podía ayudar. Y ahí partí con ella. Me llevó directamente a su dormitorio donde me dijo: "¿Quieres ver algo bueno?" La miré sin decir palabra. "Si quieres, desabróchate el pantalón". Lo hice. "Bájatelos bien". Obedecí. Y ella, con una fuerza que no sé de donde, se rasgó el vestido en lugar de sacárselo. Tras por aquí y ras por allá y quedó en calzones que también, ras, desgarró en dos, dejando ver una mata de pelos cobrizos que me causó el efecto de la Catherine Deneuve multiplicado por mil. Jamás había tenido una erección así. Y ella comenzó a gritar como loca, tapándose los oídos con ambas manos. Gritaba tan fuerte que yo también me los tapé y no escuché cómo el vecindario más invitados subían la escalera en verdadero tropel. La rodearon para calmarla, pero ella, siguió chillando sin responder cuando le preguntaron qué había ocurrido. La agarraron conmigo. Una situación en la cual la verdad no la cree nadie y las mentiras no sirven de nada. Me dieron un golpe y caí enredado en mis pantalones que tenía alrededor de los tobillos. Apareció una pareja de carabineros. Intento de violación con testigos y todo. Cárcel, despido, multa, ruina. Pero una vieja con. voz de pito salió, mientras yo me subía los pantalones entre empujones y cachetadas, con que por qué no nos casábamos. "Se conocen hace tanto tiempo". No tenía idea de ella. "Los dos son tan solos". Hasta los pacos se enternecieron.

No vi a mi novia hasta el día del registro civil. Nos

casaron. Llegó a mi casa con un televisor (yo no tenía ni pensaba tener), una radio a pilas, dos camas y un hermano de unos veinte años que me saludó con una risotada babosa, un gigantón, cara de asiático, medio encorvado, que sólo balbuceaba repartiendo saliva por toda la casa.

La cama del hermano se instaló al lado de la de ella. Ante mi mirada atónita me gritó que si después de haberla intentado violar pretendía conseguirla por las buenas, que no me hiciera ilusiones y que me fuera a mi cama. El hermano, El Chano, me dio un empujón que me hizo ver quién era el forzudo en esa casa porque fui a aterrizar de cabeza sobre el suelo de mi pieza.

El ciclo que creí terminado con la muerte de mi padre volvió a repetirse añadiéndose ahora la exitación sexual frustrada que me producía verla semi desnuda por la casa riéndose a carcajadas al sorprender mis miradas. Jamás me dejó tocarla. En la mañana siguiente de mi noche de bodas, en la mesa del desayuno, pude constatar el apetito del Chano: cuatro huevos fritos, dos marraquetas con mantequilla y queso, seis bollos y medio litro de leche.

Por eso las vacaciones de febrero fueron un alivio a pesar del olor de la casucha del water que afortunadamente fue sellado después que el gran jefe tomara aquel baño negro.

12

Ricardo: Don Julio me enseñó a manejar la Canon sin preguntarme para qué demonios la quieres. Había harto que aprender del viejo. Mientras su señora se ponía unas botas negras que le llegaban veinte centímetros más arri-

ba de la rodilla, el viejo me llevó a su parque a sacar fotos.

Una semana después vi el resultado. Un as con la Canon. Tomando cerveza con el campeón, vimos los resultados. Para todos los gustos. El campeón me pidió una en que la señora de don Julio estaba cubierta de sudor.

Y fuimos a la casa del campeón. A su chalet ñuñoíno. Nos colamos al dormitorio. La dueña de casa y el baboso estaban en la cocina. Me escondí bajo la cama de mi amigo cuidando de no golpear el flash super mosca tset tset. Desde la planta baja llegaban olores a fritanga. El Chano se estaría atosigando de hígado y huevos fritos. Pronto subieron a acostarse. El campeón se tendió en la cama sin intentar comunicarse conmigo. ¡Cuánta soledad, Dios mío! Cuando estoy solo echado en las rocas frente al mar me siento acompañado por el universo entero, las rocas, el mar, el cielo, el ruido de las olas, el viento y yo somos un todo, la creación. Apagó la luz del velador. Salí de mi escondrijo y permanecí sentado a su lado algunos minutos.

—No vayas —me pidió.

—Campeón —le expliqué—, esto es responsabilidad de tu padre.

Descalzo, me aproximé a la puerta cerrada de la señora de Zañartu. Escuché lo que esperaba. Abrí la puerta y me eché la Canon a la cara. Casi me reventé la nariz. Tic, tic, tic, comencé a fotografiar como si en ello se me fuera la vida. Ellos se sacaron los zapatos para hacer su parte. Un siete. Estaban en tenida da recién nacidos el uno sobre el otro. El se incorporó babeando, tic, mientras ella volteaba la cabeza para verme, tic, rostro cubierto de sudor, tic, el eyacula sobre su rostro, tic, se pone de pie, caramba qué envidia, tic, ella lo abraza para detenerlo, tic, o buscando protección. Trata de recono-

cerme cegada por los fogonazos, ahora se cubre el sexo, está descontrolada y trata ahora, de cubrir el sexo de él, pero, en verdad, se lo toma, tic, tic, entonces como que ella despierta de la pesadilla y aúlla un "máaaaatalo". El baboso se lanza como un gigante ciego sobre mí y se estrella en el canto de la puerta. Yo doy media vuelta para arrancar y choco con el campeón que venía a la copucha y caemos rodando por la escalera mientras, por instinto, seguía fotografiando. Tic, tic, tic. Llegamos rodando al living y el campeón se me derrumba: "no me dejes solo, ahora".

Prendí la luz de la sala. Mi amigo vestía un pijama tipo cebra. Estaba con tercianas, picado por la araña del trigo. Arriba se oía llorar al baboso. Luego, los pies descalzos de ella bajando rápidamente la escalera. Si alguien necesitaba un trago, ese era el campeón.

—Vos tranquilo y dejala venir —. Una vez había llegado un boxeador argentino a Carrizal Bajo, o más bien lo que quedaba de él, pero esa es ya otra historia como dice Rudyard Kipling. Más adelante hablaré de Rudyard Kipling. Lo que importa ahora es que el campeón estaba peor que aquel boxeador argentino que llegó a Carrizal Bajo. Este boxeador era un despojo, un trapo sucio cuando pasaba tres horas sin empinar su botellón de pisco. Yo no tenía trago alguno para ofrecerle al campeón, lo único que podía hacer por él era tomarle una foto, pero no creo, francamente, que eso lo hubiera reconfortado mucho, además el rollo era de esos de veinte fotos y no de treinta y seis, no por economía, ¿me entienden?, sino que, bueno, dejemos este asunto del rollo y vayamos a lo nuestro. ¡Que mundo! Cuando voy a las rocas a fumar uno se integra, uno es. Y de eso se trataba, de ser. Pero cuando apareció por la escalera la mujer esta (regordeta, pero no mal, no, señor) el campeón no era.

Venía desnuda, desnudísima, la volví a fotografiar, tic, tic. Lo podía hacer muy rápido. Sus ojos sólo enfocaban al campeón que de campeón tenía muy poco en ese momento. No sé cómo no lo desintegró con la mirada.

—Qué hace aquí ese hijo de putas— chilló.

Sin duda, me aludía a mí porque, si bien miré a mi alrededor, no había nadie más allí.

—Sáaaaacalo, huevón tarado, sáaaaacalo —ordenó ella.

—Señora —le dije (era bien raro tratar de "señora" a una mujer a poto pelado)—, su hermano se debe de haber descentrado la verga con el chancacazo que se dió en la puerta.

—Pa' fuera, mierda.

Ahora me miraba a mí. Cogió un florero lleno de flores sintéticas que cayeron a sus pies mientras el florero explotaba a centímetros de mi cabeza. Ahí comprendí como se debe de haber sentido el clown de la feria. Entonces, el campeón se escabuyó hacia la cocina. La mujer viendo que su puntería no era de mucha ayuda, y no teniendo, además, proyectiles a mano, se lanzó sobre mí, uniendo sujeto y objeto, como en la lírica, es decir, ella disparaba y era, al mismo tiempo, el proyectil. Sus uñas iban directo a mis ojos, de lo contrario la habría dejado venir. La recibí con un uppercut y se acabó el problema. Cayó a mis pies totalmente inconsciente. En ese mismo instante, apareció el campeón con un machete de cinco kilos.

—Sacamos trago —le dije.

En la cocina encontramos uno de cuarenta y cinco grados. Ya repuestos, llevamos a la mujer a la cama. Su hermano o lo que fuera nos ayudó solícitos y repartiendo saliva a tres metros a la redonda. Le enchufamos media botella y lo acostamos al lado de su amante.

Nos dejamos caer en sendos sillones a fumar. El campeón no fumaba, pero lo convencí. Una mujer es simplemente una mujer, pero un buen cigarro, eso es fumar, dijo alguien y creo que fue Rudyard Kipling, precisamente.

—¿Y ahora? —el cigarrillo le tiritaba en los labios.

Al otro día, todos en la tenencia junto a la incestuosa que aunque gritaba que el baboso no era su hermano no se podía comprobar ni lo uno ni lo otro. El tipo era un indocumentado y había sido presentado al vecindario como un hermano tontitoelpobrecito. No bien los carabineros recibieron la rociada de saliva a los primeros balbuceos y risotadas del Chano, me miraron asombrados.

—¿Y usted —preguntaron a mi amigo— no hacía nada para evitar la explotación sexual de este pobre loco?

—El baboso —expliqué yo, porque el campeón había caído en el mutismo más absoluto— estaba bajo el poder de la mujer y le obedecía como un zombi y mantenía a raya, a lo que es patada, al dueño de casa que es de constitución enclenque.

Mandamos, después, las tomas a la comisaría en calidad de evidencia fotográfica irrefutable. Menos dos que el campeón quiso conservar para su colección y ritos particulares que hay que respetar.

13

Mario Engel: Joe me trajo la comida, un ratón ahogado que debe de haber conseguido quizás dónde. Y me presentó su sonrisa de triunfo.

—Joe —le dije—, te tengo un par de preguntas. ¿Quiénes estarán junto a tu lecho de muerte, y cuáles serán tus últimas palabras? ¿Qué harás poner en tu lápida?

Ahora llévate tu pericote y dale cristiana sepultura, no sea que el dios de los ratones te mande, como venganza, a media noche, un ratón para que se te meta por donde tú menos quieres.

No se lo llevó. Lo tuve de compañía durante toda la noche y el día siguiente.

Mientras tanto al pobre Juan lo tenía con tanta hambre como la que sentía yo.

Juan: Corrían malos años. Había afiches en las calles llamando a soportar las vacas flacas. En los diarios, junto a los avisos que invitaban a comprar televisores y electrodomésticos, se le pedía al pueblo aguantar el hambre. Cuando chico, era tiempo de guerra, pegaban por todas partes unos carteles donde aparecía, en primer plano, un niño soñando con aparatos electrónicos y, al fondo, soldados reventándose en un resplandor: Luchan para un futuro fenomenal o algo así, decía la leyenda. Murieron más de cincuenta millones en la tal lucha.

Fui a una reunión de escritores más por el vino caliente, por sentirme entre gentes, que por otra cosa. Éramos quince muñecos y un titiritero canoso que se sentó a la cabecera de la larga mesa y comenzó a leer una poesía (la lucha de Jacobo con Alguien). Terminó. Nos trajeron el vino caliente. Se nos exhortó a comentar el poema. Uno por uno, como en un juego de cabros chicos. El viejo se defendía amoscado. El grupo hablaba de otras cosas, soslayaba el poema, elogiaban la buena voz, el uso de ciertas palabras, que la singularidad, que la sonoridad. Hasta que me tocó a mí. Ahora, tú, Juan.

—Hay algo en el poema. Una gran cantidad de significados. Un lenguaje que habla directamente al inconsciente a la par que posee eso que hace que un poema sea un poema.

Cuatro oraciones, cuatro lugares comunes. Puntaje

máximo. El viejo vate me miró maravillado. Lo tenía. Cuando algo desaparece, algo viene en su lugar. Era catedrático de la Universidad, Director de Letras y Filosofía. Lo acompañé hasta su auto.

—Maestro —le dije—, su poesía es asombrosa.

—Asombrosa —repitió lentamente—, lindo adjetivo. Vamos. Te llevo.

Y me llevó. Me llevó a la Universidad. A la fábrica de profesores de donde yo mismo había salido hacía seis años. Ayudante ad honorem de su cátedra. Ni un cinco, el sinvergüenza hijo de putas. Para que le corrigiera las basofias de los futuros apóstoles. Ni siquiera conocía a sus alumnos. Tenía que ir a buscar las pruebas a su oficina donde, a veces, cuando él no estaba, me quedaba leyendo a Bartes, LeviStrauss y Vladimir Propp. Un tal Ricoeur, también. Todos, asombrosamente huevones. Y un día se enfermó:

—Aló.

—Aló, Juanito, estoy algo descompuesto. ¿Te atreves a tomar la clase, mañana, a las ocho?

—A sus órdenes, maestro.

—¿Te leíste "Los cachorros" de un tal Vargas?

—¿La del castrado?

—Exacto. Coméntala en la clase. No todos la han leído, así es que. . .

—Sí, sí, maestro. Déjemelo a mí. Y que se mejore.

Me levanté a las seis de la mañana. Me vestí de profesor. Lavanda, clavel en el ojal y, para darme un "toque", me colgué al cuello una cadena para remolcar autos ligeramente oxidada. Le pedí unos anteojos a mi vecina, y así, a tropezones, porque lo veía todo medio nublado, llegué cinco para las ocho a la facultad. No creo en avisos, pero tuve uno. Por los nervios fui al baño a orinar y me mojé los pantalones, generosamente, justo

allí donde menos debía. ¿tirar la esponja? Jamás. Me despeiné brutalmente para que mi cabeza llamara poderosamente la atención y las miradas no bajaran al pantalón chorreado. De todos modos sostuve el libro a esa altura.

Los alumnos esperaban frente a la sala. Me estrellé con uno. Pasaron del anonadamiento a las carcajadas francas y sin tapujos. No me conocían, los imbéciles.

—Buen día —dije con voz engalada—, adelante —indiqué la puerta—, vengo a reemplazar a don Raúl.

Entraron. Las carcajadas convertidas en risitas aunque dos o tres se seguían doblando de la risa.

Me senté lo antes posible para no exhibir manchas frescas de orina. La cadena produjo un gran estrépito al aterrizar sobre la mesa. Con descuidada elegancia, me la eché sobre el vientre. Me saqué los anteojos parchados con tela adhesiva, y el dolor de cabeza cedió inmediatamente. Sonreí mirando al techo.

—¿Cómo se llama usted, señor?

—Juan. Pero no me digan "señor".

—Diga, don Juan,qué tiene nuestro profesor.

—Creo que gripe. Pero no me digan "don".

—¿Le podemos decir "Juan", entonces.

—No, hombre, díganme "huevón".

Se esfumaron, incluso, las sonrisas. Silencio de redonda. Mejillas hundidas.

—Puesto que —comencé mi clase— no hay preguntas tontas, sino respuestas tontas, las preguntas las voy a formular yo, y las respuestas serán de ustedes. ¿Mmmm? Van a intentar una aproximación a esta obrita, hábilmente guiados por el que habla.

Después de esa primera clase, todos estaban en la puerta esperándome. Nos llevamos bien. Me preguntaban sobre toda clase de cosas, como si nunca hubieran

aprendido absolutamente nada. Los alenté a que me preguntaran cosas aún más delicadas. "Pregunten cualquier cosa" era mi lema.

Una vez más en el mundo del dinero y el trabajo. Fui contratado. Juanito llevando piedras, gansos, cerdos, vacas, agobiado, a costa de sí mismo.

Los profesores y profesoras eran deliciosamente ignorantes de cuánto pasaba, especialmente en el mundo del arte. Más ignorantes que los mismos estudiantes. Era como un manicomio privado, sin ningún indicador de salida. Un mundo de bluferos. Dónde conseguir el pan es más importante que comerlo, como diría el loquísimo de Henry, el sabor se les había apartado tanto del pan como de la vida misma.

—¿Qué opina de Henry Miller, colega?

—¿Ese comunista pornográfico? Ni me lo nombre.

—¿Lo ha leído?

—Por supuesto que no.

Comprendí que si quería sobrevivir, era necesario olvidarme de mí mismo. Dictar clases insulsas. Hacerme el idiota porque eso quieren de mí. Mientras más tarado el profesor mayor seguridad de conservar el puesto. Lo malo es que yo sabía demasiada literatura y de tanto en tanto esto se ponía en evidencia a pesar de todas las precauciones que tomaba. Hay que unirse al rebaño, así se está inmune. Para ser apreciado y aceptado es necesario anularse, hacerse indistuinguible del rebaño. Pero había alumnas de piernas pecosas.

14

Mario Engel: Hasta que un día me dije: "Mario, tú que has leído a Jung, ¿por qué no le sacas provecho a tus

lecturas y le das una buena sorpresa a Joe?". La cosa no era sencilla por razones obvias, estaba encadenado a una cama-letrina, pero comencé a releer, mentalmente, se entiende, mis viejos libros.

La coja no procedía en forma racional. Había algo que la impulsaba a tenerme allí inmovilizado, una tendencia arquetípica. Los arquetipos no tienen origen conocido y se producen en cualquier tiempo o en cualquier parte del mundo, proceden de la antigua base colectiva de la psique, y se hace patente en ciertas formas de conducta. La coja está repitiendo algún gesto ejemplar y paradigmático como cuando enterraron vivo a Radamés en la opera Aída mientras en la superficie se desgatiñaban cantando. En los Rathaus de Alemania tienen sótanos sin ventanas ni luz donde literalmente enterraban en vida a las víctimas para que los victimarios pudieran degustar mejor la cerveza en los pisos superiores. Edgar Allan Poe los emparedaba estremecido de placer, Antígona, El conde de Montecristo, la lista era larga. Las circunstancias exteriores pueden variar, pero la tendencia, el arquetipo, es el mismo.

"Mira, Mario, si quieres causarle un buen *rigor mortis* a Joe, no sacas nada con Jung", me dije con calma. "Lo que debes hacer, Mario, es aplicar análisis transaccional, un, para citar un ejemplo, un *más menos.* Yo soy más, tú eres menos. Yo estoy bien, tú estás mal, que eso es lo que ella está haciendo contigo, Mario, ella es el *más* y tú, el *menos;* ella está bien, tú estás como las pelotas, inviértetelo, Mario, inviértetelo todo", me dije y me puse a pensar.

Por algo me tenía allí. Me necesitaba. Entonces ella tenía una carencia. Era coja, feamente coja, a parte de que ella también era fea, pero era fea porque era coja, es decir, el gesto, la expresión de sus ojos, su boca, sus ce-

jas estaba afeada por el resentimiento, el odio, el deseo de matar a toda la humanidad. ¡Cuánto debe de haber sufrido, la pobre! La niña que se quedó mirando. Era una enferma. Comencé a pensar en su destino y lentamente mi indignación y mi temor cedieron terreno a la compasión; aunque comprenderlo todo no es perdonarlo todo, me dio lástima. Y esa tarde cuando entró a buscar mi plato enlozado la miré, y algo vio en mis ojos que amortizó su sonrisa. La piedad. Le hablé de corazón a corazón.:

—Caramba, Joe, perdón, María Cecilia, perdona que te trate de Joe, en serio, lo siento, María Cecilia, realmente tengo pena, esta tarde lloré cuando pensé en tu vida, en todo lo que debes haber soportado, palabra, María Cecilia, las burlas, me imaginé las fiestas y bailes de tus compañeras, el tennis, esquí, natación, el pillarse, la playa, María Cecilia, realmente lo siento lo de tu patita, veo a un grupo de niñitas jugando con una pelota y a ti, mirando. ¿Jugaste al arroz con leche alguna vez? ¿Al mandandirundá? ¿Qué es una infancia sin bicicleta? ¿Participaste en alguna excursión? Esos hermosos paseos a los cerros. ¿Has ido a una piscina? ¿Sabes lo que es salir a patinar en patota por las calles, riendo, empujando, flirteando un poquito? María Cecilia, mi pobre amiga, perdone que me compare y...

Dejé de hablar. La pobre era presa del *rigor mortis* que yo esperaba. Ni atisbo de sonrisa. Parálisis física y mental. No sé cuánto duró, varios minutos quizás, salió de su petrificación con un estremecimiento que la recorrió de pies a cabeza, y me dejó. Pobre María Cecilia. Su vida era un largo camino al infierno.

Isabel: Regularmente nos reuníamos a tomar té. Esta vez fue en casa de nuestra María Cecilia. Nos sentamos sobre la alfombra, alrededor de la chimenea de cobre,

dejando que las llamas iluminaran nuestros muslos salvo los de María Cecilia, la única con pantalones. Hablábamos del próximo fin de semana. Tres feriados seguidos. Luisa quería llevarnos a la playa. Tenía una gran casa sobre las rocas. María Cecilia asintió con su voz de contralto. Todas me miraban, pues era la única que de vez en cuando, me atrevía a discutir o proponer otra cosa. En el fondo era un juego, un ver quién gana y tan amigas como antes. Yo no ganaba nunca.

—Propongo viajar a Buenos Aires a comprar ropa —dije, langueteando mi té y exhibiendo mis enorme ojos negros. Peón tres rey.

Era la única que jugaba a no tener miedo a ser segregada del grupo, seguramente, porque lo temía más que a la muerte.

Una vez un hombre quedó atrapado en un ascensor, entre dos pisos. Pateó y gritó. Fue imposible reparar la máquina y allí quedó el hombre por treinta años, al cabo de los cuales se logró poner en marcha nuevamente el ascensor. Las puertas fueron abiertas y ahí estaba un viejito encorvado que ya no quiso salir. Se resistió a que lo sacaran. Hubo que dejarlo ahí.

—¿Deseas comprarte algo especial? —inquirió María Luisa con una dulzura que no guardaba relación con sus ojos.

—Pullovers —dije. Caballo tres alfil reina.

—¿Qué clase de pullovers? —quiso saber Maiga fastidiada.

—De pelo de cabra. Alfil... nunca pasaba más allá de un intento de mate pastor.

—Anda a mi pieza, Isabel —me dijo María Cecilia—, tengo más de cincuenta pullovers. Llévatelos todos, si quieres.

No me atrevía a desobedecer. Me puse de pie y me

sueño intensamente que veo como se abre, y aquí está Isabel en carne y hueso, tal cual. Me mira. Le hablo. Ahora baja la escalera y se le doblan un poco las rodillas, en plena crisis, espantada por mi aspecto, mi ademán y las pocas palabras que pronuncié. "Un hombre lobo", pensó ella.

Juan. Por esas cosas de Charles Dickens me tocó no sólo ser testigo sino parte activa, rol protagónico, en la cacería del hombre lobo.

Sacerdote Lehmann: Solamente premunido de mi fe inquebrantable me interné en los cerros.

Sargento: Mi gente estaba algo asustada. No se trataba de un delincuente más, común y silvestre, ni de otro estudiante envenenado con alguna convicción, sino un algo que no era humano del todo. Nos ordenaron disparar primero e indagar después. Por otro lado, ¿de qué sirven las metralletas ante la ultratumba? Además, lo que se necesitaba son balas de plata.

Juan: Manejaba mi citroneta, que mis alumnos habían llenado de calcomanías y miraba las residencias holliwudenses de la precordillera. A mi lado, una rubia de ojos azules y piernas pecosas que encontraba sórdidos lo los hoteles y prefería el campo. No pertenecía a ese grupo de niñas que piensa tanto en su hermoso trasero blanco que no quieren compartirlo con nadie para llevárselo al cielo cuando llegara el momento. No, señor...

—¿No tiene radio tu...auto?

—No. El que tiene radio soy yo.

Saqué de la guantera una de esas transistor que dan de llapa cuando uno compra un refrigerador.

"En estos momentos la policía busca afanosamente en el sector precordillerano a un hombre-lobo. Se solicita a los moradores del sector no abandonar sus casas y cerrar bien puertas y ventanas. Ahora escucharan a

dirigí al dormitorio que ¡ay! tan bien conocía. La pared de espejos reflejó mi imagen. ¿Vergüenza? Entré al vestidor y cogí el primer chaleco. En eso sentí un ruido. No sabía que penaban en las casas modernas. Fui hasta el fondo del pasillo y me detuve al pie de la escalera de caracol que conducía a la manzarda. Suspiros, ruidos de cadena. No estaba soñando. Algo estaba pasando en esa casa.

Una vez María Cecilia, desnuda, me había derrumbado sobre la cama, colocándose ella a horcajadas sobre mí, acercó su sexo a mi boca y me dijo "a ver si tienes los cojones bien puestos".

Creo que los tengo bien puestos. Comencé a subir. Algo o alguien había arriba. Vacilé. Frankenstein, Drácula, la momia, el monje loco. Abrí la puerta y encedí la luz. Aire pestilente. Encadenado a la cama había un hombre lobo. Encadenado. Una especie de vagabundo barbudo, crenchas larguísimas, escuálido, hediondo. Se trató de incorporar tiritando de pies a cabeza, con tercianas, ojos de loco, me quiere hipnotizar. Estiró el brazo hacia mí, extendiéndome la mano, la palma hacia arriba, como un hambriento solicitando un mendrugo de pan.

—A, ayúdame —susurró ansioso y asustado. Su mandícula temblaba.

Apagué la luz, cerré la puerta y volví a bajar. Se me doblaban las rodillas.

Mario Engel: Entonces, Isabel entró a mi celda y me vió. Casi me morí de la impresión. Yo la estaba pensando o, mejor dicho, soñando. Pero —me estremezco— había entrado literalmente. ¿O se trataba de una alucinación? Yo la creé, la inventé, es mi creatura, y la traje en mis ensueños, y, he aquí, que la escucho subir mientras pienso que está subiendo, veo que abre la puerta cuando

Samy Davis Junior".

—¿Por qué cambiaste la radio? Parece que hay un hombre lobo por aquí.

—Está loca m'hijita. ¡Hombre lobo! Y un vampiro también. Ya verás lo que es un hombre lobo cuando lleguemos. Y sácame la mano del marrueco que no puedo concentrarme, so alumna.

—Muy bien, señor profesor.

—Aquí podemos estacionar. Ven. Vamos a caminar un rato.

Isabel: "Ayúdame", me dijo, me pidió. No pude dormir en toda la noche. Bebí té y traté de meditar y no pude. Los besos de María Cecilia, la vergüenza sorpresiva ante el epejo, ese hombre encadenado, mi actitud de harpía ante los hombres, el terror de ser segregada del grupo, ser del grupo o no ser, así de simple, quiero ser, seguir perteneciendo a la vida, integrada. La gente se suicida cuando deja de pertenecer o es rechazada por los suyos. Los míos son María Cecilia, Luisa, Maiga, Lola, toda la clique. Pienso y siento como ellas, lo que ellas hacen e es lo apropiado, lo que nosotras hacemos, si encontramos mala una película, entonces, es mala; si ridículo un vestido, es ridículo. Tenemos nuestro vocabulario, nuestros gestos, nuestros chistes. El rostro afiebrado, la mano mostrándome la palma. Ayúdame. Jamás le había ayudado a nadie. ¿Quién me había ayudado a mí? Ayúdame, me dijo. Cristo en la cruz, sangrando, ayúdame, los soldados riéndose de él. No me abandones, ayúdame tú Isabel. Yo no puedo reirme. No puedo. María Cecilia. 383... No voy a ir, estoy enferma, sí, gripe o algo, gracias, sí, me cuidaré. Necesito un sacerdote. Hace frío, mejor ponerme el abrigo, la bufanda. Coqueta. Los autos, las casas, prender un cigarrillo, yo sí que fumo en la calle. El quiosco de diarios de la esquina. Dos guerrilleros muertos. Los guerrilleros no están de acuerdo con sus compatriotas. Hay que matarlos. No se mata al que no está de acuerdo, sí al que está en contra. No más torturas, no más campos de concentración, tatatata. Aquí no se tortura ni se encadena a nadie. Tatatatatata. Libres como el sol cuando amanece. María Cecilia, Maiga, Luisa tomando té con bollos, muertas de la risa. La iglesia, al fin, qué grande, es enorme. Nadie entrando ni saliendo. Está oscuro. Mejor salir. Librería de libros usados. Aún venden libros. Está calientito. Olor a parafina. Estantes con libros y revistas, mesas, más libros. Ben Hur, El árabe, La atlántida, Aventuras de Pickwick, el Visconde de Bragelogne, La jangada. El crimen del padre Amaro, ¿quién leerá esto? El guerrillero de chaqueta de cuero negra. ¿Fuman pipa los guerrilleros? Rico olor. Ganas de fumar. El me enciende el cigarrillo y me susurra "hola". Parece loco. "Hola", le digo y doy media vuelta. Adios, Mr. Chips, Narraciones, Peter Camenzind. "Qué dice usted después de decir hola". "No digo nada", le respondo, "y gracias por el fósforo". El librero está dormido o durmiendo, nunca he sabido la diferencia. Bebido y bebiendo, eso está claro, pero dormido y durmiendo, no. Pobre hombre. ¿Venderá algo? ¿Desde cuándo le tengo compasión a los hombres? Qué sensación más rara. Tengo ganas de llorar. La novela de un joven pobre, El grillo del hogar. Su vida, escrita por ella misma. Afuera hace frío. Cuántos escritores. ¿Por qué escribirán? La casa de los muertos, La bestia humana.

—¿Por qué no vamos a tomar un cafecito?

Dios mío, qué susto. Y qué voz. De hombre, claro. El último en convidarme fue mi primo Luis. Salió a comprarme chocolatines y no volvió. Así de simple. No volvió jamás. Ayúdame, me dijo. Espérame.

—Por favor, llévame a tomar un café —le respondo.

Así, tómame del brazo. No te afeitaste hoy. Qué tranquilo eres. ¿Un taxi? No tienes auto. Eres pobre. Bueno, guerrillero al fin. No dormí anoche. No debo verme muy bien. No habla, es de los callados.

—No hay nada que no solucione un buen café.

—Entonces llévales café a los presos de la cárcel —le digo.

Se rió. Vuelve a prender su pipa. Está divertido. Intrigado. Sabe que algo me pasa. Pero por aquí no se ve ninguna cafetería. Me lleva a su departamento. Qué fresco, el tipo. Pero esto es otra librería de viejos. Qué cómodo el sillón. La guarida del macho. Pipas, libros, tarros de tabaco, botellas de cognac, polvo, desorden. Traquetea en la cocina. Huelo a café. Tiene un molinillo eléctrico.

—¿Quieres que te ayude?

Por lo menos, la cocina está limpia. ¡Qué bruto!: me está haciendo un pan con mantequilla. Bonita la cafetera. Café de grano recién molido. Tazas grandes, trizadas.

—Oye, no, el mío con azúcar, por favor.

Nos sentamos en sus sillones. ¿Cómo no se le frunce la boca con ese café tan amargo?

—Come —me pide.

No creía tener hambre, Muerdo. Pan con mantequilla. Soy una niñita. Y ya estoy llorando mientras él se levanta a coger una pipa. No encuentro pañuelo por ninguna parte. No puedo aguantar los sollozos. Se vuelve a sentar, hecha humo, tiene un libro en las manos. ¡está leyendo! Lloro, poco a poco me voy aquietando. Me trae más café.

—¿Eres católico?

—Soy religioso. No soy un sacerdote, pero en este momento, como si lo fuera.

—Hay un hombre encadenado en una casa —casi se

lo grité de puro miedo a no poder decirlo—. Con cadenas. En el desván de una casa. En la casa de María Cecilia.

—Mmmm, eso, comparado con lo que yo he visto, no es nada.

—Es que hay que sacarlo de ahí. Nos necesita.

—¿Nos?

—Si yo fuera la única persona que lo supiera diría "me" necesita. Pero ahora lo sabes tú también. Y déjate de mirarme. Tráeme un pañuelo, mejor.

Me pasa un pañuelo limpio y mal planchado. Se sienta en el escritorio y dibuja.

—Sigue llorando —me dice. Utiliza regla y compás. ¿Dónde dices que lo tiene? Calle, número y teléfono.

Me muestra el resultado: una máquina complicada que me recuerda a las de Leonardo da Vinci y a los diseños del coyote para atrapar al correcaminos.

—¿Qué es ésto?

—Lo que tú quieres. Una máquina para rescatar a Prometeo.

Un croquis. Palancas, hélices, poleas engranajes, ruedas desdentadas, estanques, mangueras. Se sienta otra vez a dibujar.

—Esto hay que hacerlo bien.

En eso estamos de acuerdo. Entro a la cocina. Refrigerador, tarros, tomates, huevos. Su dormitorio: una cama; en la pared, clavados con chinches, más de veinte calzones de mujer, cuadros, bikinos de seda, de encaje. Los trofeos del desgraciado. Estoy en la casa de un puto.

—Ven.

Voy. Tres croquis más. Maquinarias con pedales, motores, tubos, hombres con bigotes, correa, tracatraca, puf, puf, puf, relojes, un globo con motor Ford T con tres gatos a modo de bombas.

—El maestro Leonardo se moriría de envidia. ¿Y si revienta?

—Le pondré un estintor.

—Gracias por el café. Y por el pan.

—Cuando gustes. ¿No te llevas los croquis?

—Métetelos por el culo, desgraciado, mugre, hombre.

Ascensor. La calle. El alivio de la confesión. Rabia contra el sacerdote aficionado. ¡Pelotas, un pelotas! Uno profesional me habría dado tres Ave María y un Padrenuestro. ¡Bravo! Eso sí que ayuda.

Ricardo. Había apuntado el teléfono. Marqué 383...

—Aló —voz ronca de mujer.

—Aló, ¿eres tú, María Cecilia?

—Sí. ¿con quién hablo?

—María Cecilia, esta es una llamada obscena.

—... espera, voy a buscar mis cigarrillos, no cuelgues.

Zañartu: En la oficina no se hablaba de otra cosa que del hombre-lobo. Los diarios con enormes titulares rojos. En uno de ellos esas dos palabras llenaban toda la primera página. Por la radio trataban de tranquilizar a la gallada. En la tele contaron de todos los hombres-lobos a través del tiempo y dieron la de Lon Chaney entera.

Ricardo: Entre tanto, subió el precio del pan, la leche, la carne...

Radio C.B. 14: Partidas de voluntarios, campesinos del lugar, armados de horquetas y picotas hacen cuerpo con los carabineros y detectives que peinan los cerros en busca de la bestia que siembra al pavor en las noches de luna llena. El Ministro del Interior ha pedido tranquilidad. Hay que confiar en las fuerzas del orden que velan por la tranquilidad de la nación. De no atraparse a la alimaña, habría toque de queda mañana.

Sacerdote Lehmann: Está oscureciendo. Estoy solo en el bosque. Me siento como en los minutos que precedieron

al ataque decisivo de la última gran batalla. No creo en lobos humanos. Creo en Satán. Al maligno hay que enfrentarlo con fe y con ira.

Juan: Dejamos mi citroneta y, tomados de la mano, nos internamos por una huella entre boldos y espinos, hasta encontrar un lugar apropiado donde nos echamos.

—Desnúdate— me pidió.

Yo desnudo y ella vestida. Así le gustaba. Me desvestí estorbado por sus besos y sus manos ansiosas. Ella se sacó los calzones.

—Hazlo, hazlo —farfullaba.

Cuando comencé a entrar en ella, me arañó, me hundió los dientes en los labios hasta rompérmelos. Era como un paquete de fuegos artificales estallando.

Al rato me incorporé despeinado, arañado, con sangre en los labios. Ella me retuvo.

—Hazme gozar por detrás —rogó.

—Espera, mi amor.

Lo que pasaba es que tenía un comienzo de calambre en la pantorrilla. Ardiente y sudoroso como estaba, no había notado el frío del atardecer. Los músculos de la pantorrilla derecha se me agarrotaron dolorosamente. Me levanté y saltando en una pata me aproximé a un árbol para apoyarme, entonces lo ví.

Sacerdote Lehmann: Ante mí apareció el hombre-lobo, mitad hombre, mitad bestia, babeando una espuma roja, mirada de loco. El malo. Eleve mi crucifijo. Vade retro. Dejó de reptar. Se quedó inmóvil con la boca abierta.

Juan: Apareció un pelotas de no sé adónde sosteniendo una cruz con la mano izquierda, y con la mano derecha extrajo un frasco y comenzó a chicotearme el contenido, a largarme chorros de agua con grandes movimientos de su brazo. Para cagarse de la risa si no me doliera tanto la pantorrilla y si no estuviera en pelotas. Era tal la ex-

presión de su rostro que me empezó a dar miedo.

Ricardo: —Aló, ¿estás ahí todavía? —su voz grave.

—¿Encontraste los cigarrillos?

—Ahora, dime, ¿cómo diste con mi nombre y mi teléfono?

—Hace meses que te sigo. Me gustas.

—¿No dijiste que era una llamada obscena?

—¿Quieres que te diga lo que deseo de tí? Quiero hacer una apuesta. Escucha, deseo que nos encontremos los dos desnudos, de rodillas sobre una cama y acariciarnos hasta que uno pierda, hasta que uno no pueda más y haga gozar al otro con la boca o la lengua.

—Tesoro.

—¿Entiendes? Si pierdo yo, me dejaré caer para enterrarte la lengua. Pero si tú...

—Tesoro.

—Si pierdes tú, tú caerás y me mamarás el miembro.

—Tesoro.

—Hasta que te retuerzas de gusto cuando te llene con mi semen.

—Tesoro.

—Después...

—Ven, hoy, a mi casa.

—Dame tu dirección.

Fui con Zañartu. Entiendo de lesbianas, pero un hombre solo, ningún hombre solo, decía Hemingway, haga lo que haga, puede conseguir nada. Vivía lejísimo. No había bus que llegara ahí. Arrendamos bicicletas y echamos lo bofes pedaleando. Dejé al campeón a unos metros bien aperado de cigarrillos.

—Sincronicemos los relojes. Son las cinco dos minutos. Si no he salido antes de las cinco treinta, irrumpes.

—Irrumpo. ¿Qué es éso?

—Entras como un toro salvaje, sin golpear. Y me

buscas.

—Si tú lo dices, jefe.

—No me falles, campeón.

—Como un toro salvaje, jefe.

Radio C.B.14: Un aspecto inédito del hombre-lobo nos ha traído el cantautor y premio municipal de poesía. Escuchen esta primicia como siempre en su radio del corazón, C.B.14:

Calzoncillos de seda: *Cuando chico la empleada me acariciaba*
y yo no entendía
homo homini lupus
cuando adolescente no me dejaron y ya entendía
homo homini lupus
y ahora que soy adulto me dejan, pero no
tengo plata
homo homini lupus

Pérez-Rommel: Me dio un ataque y agarré el receptor a hachazos.

Ricardo: Alerta, muchacho, que por este mismo jardincito lesbianesco pasó Prometeo. Acaricié mi cortaplumas suizo en mi bolsillo. La puerta estaba entreabierta. Palacete. Alfombra. Tiene dinero ésta. Perfume oleoso. Estoy en medio del salón. ¿Qué hago ahora? Ridículo gritar: "aló" o "buscan". Me imagino que me ha estudiado con largura desde la ventanilla de arriba. Debo de haber aprobado el examen, si no, no entiendo el portón y la puerta abiertos, sin más. Un pasillo. Una puerta. La empujo, me detengo en el umbral. Una vela ilumina un cuarto de ventanas y gruesas cortinas cerradas. De rodillas, sobre la cama, vistiendo una especie de baby doll, una mujer de grandes senos, la larga cabellera negra, suelta, rostro gauguinesco. ¿Y ahora, qué? De seguro que hay tres lesbianas bajo la cama y otras dos tras la

cortina y otra en el vestidor, todas uñas en ristre. Me sonríe y se le mueven un poco las caderas arrastrando en ese movimiento a sus pesados senos. Se levanta el baby doll y me ofrece su sexo. ¡Qué se joda el encadenado por el momento! Salteo es salteo. En cinco segundos estoy desnudo, de rodillas en la cama, frente a ella. Sus manos sabias me toman con contenida prisa,

—Ven, tesoro, estoy con la chucha parada.

Su voz es ronca. Me mete la lengua en la boca mientras sus manos me trabajan. Le aflojo el baby que se desliza dejando descubiertos sus senos. Levanta una rodilla y luego la otra para que le quite la prenda , su sexo me rasmilla la cara. Se lo voy a besar, pero me detiene.

—No. Tiéndete debajo de mí y pídemelo, ruégame, así, así, toma, toma, te gusta, ¿no es cierto?, toma, toma, chúpame, lámeme, así, así.

Zañartu: Ya van a ser tres cigarrillos y veinte minutos. Parece que voy a tener que irrumpir. Estaba sentado en la vereda sin captar que había intranquilizado a la familia que habitaba la casa a la cual presentaba mis espaldas. Lo percibí recién cuando una señora abrió la reja y se aproximó agresivamente. Ojos indignados porque yo continuaba sentado en su presencia.

—¿Qué está haciendo aquí, oiga? —me espetó con voz de señora rica. La miré y sin sacarme el cigarrillo de los labios, le pregunté:

—¿Y tú qué crees, pichón?

Le temblaron las mejillas pletóricas de make up. Entorné los ojos para que el humo no los irritase. En verdad, yo no soy así, así es Ricardo, pero gustaba a jugar al Ricardo, hablar y comportarme como él. La fascinación de la máscara. La señora rica también desempeñaba un papel, pero no se sabía bien el libreto porque no encontró nada que decir, lo único que hacía era hacer tiri-

tar sus mejillas, mirarme de arriba abajo como si yo fuera un monstruo marino gelatinoso y putrefacto. Emitió un gutural "oooh" y volvió por donde había salido. "Ahora me va a echar al marido", pensé. "Vos tranquilo y dejálo venir. Tal cual. Apareció un melón con flecos, un pelado con chal de vicuña que me gritó con voz engolada.

—Sal de aquí, so roto de mierda.

El pucho ya quemaba mis labios, pero ahí lo dejé al responderle con sumo cuidado para que no se cayera:

—¿Y a tí qué te pasa, pajarraco?

Pero ya era hora de echarle una mano a Richard, así es que me puse de pie, escupí la colilla, me sacudí los pantalones, mientras el melón con flecos apreciaba mi metro ochenta y mis feroces espaldas, me llegaba al ombligo.

—Voime — le dije—, cuídame las bicicletas, monín.

Ricardo: Me pidió que fuera a la cocina a buscar una botella de champagne. Cogí la cortaplumas suiza y subí al ático hecho un celaje. Abrí y un tufo a mierda me hizo estremecer. Draculesco. El tipo se trata de incorporar. Ruido de cadenas. Me clava los ojos. Abrí la cortaplumas suiza, el serruchito, y corté el cuero que unía las muñecas a la cadena, luego, el del pie.

—Vamos, compadre —lo insté.

Casi no puede moverse. La larga inmovilidad le ha distendido los músculos. Descendió la escalera como un insecto. Una vez en la planta baja, no lo pude contener y salió a la calle en cuatro patas, no se podía sostener en pie traicionado por sus músculos sin tonicidad. Se escuchó un feroz frenazo y, luego, gritos. Yo, a poto pelado, no quise salir.

—¿Qué pasa? —preguntó María Cecilia, nuevamente en baby doll.

—Parece que el segundo round lo vamos a postergar para otro día —le dije vistiéndome.

Zañartu: En lugar del jefe, salió un barbudo harapiento en cuatro patas. Como un perro. Casi lo atropelló un Cadillac, y un Mercedes casi choca al Cadillac, y un Pontiac, por poco al Mercedes. Se bajaron de los autos. Una señora mostraba los cerros.

—Un hombre lobo —gritaba—. Lo vi. Así las garras, peludo y...

—Nosotros también, señora. Calma. Hay que ponerse a resguardo.

Un vecino prometió alertar por teléfono a la policía.

Sr. Urrejola: Avisé a los carabineros y a investigaciones. Mi hijo llamó a la televisión, pues dan un premio por la mejor noticia. Este era un notición. Los ocupantes de los autos y otros vecinos deben de haber confirmado mi denuncia a la policía.

Mario Engel: Libre, libre. Mi Chrysler ya no estaba. Tenía miedo de que me echaran el guante de nuevo. Huir. Lo primero es huir, después pensar. Homo sapiens. Corrí por el cerro, a gatas, lejos. Soy un pajarito, pío, pío, un perrito, guau, guau. Hasta que escuché unos gritos. Me acerqué. Dos hombres, uno vestido y otro desnudo, luchaban. El con ropa berreaba como energúmeno llamando a la policía. Un poco más acá, una tenida completa, pantalones, sweater, etc. La tomé. Corrí un poco, luego me tendí un rato. Una vez recuperado el aliento me cambié de ropa. ¡Qué sucio estaba! Mis uñas parecían garras. Me costaba mover los brazos y las piernas. Todo era de mi talla. Un poco más allá, el camino y una citroneta vieja. Hoy era mi día. Como avanzaba gateando, no pude ver en su interior, pero cuando abrí la puerta, una rubia flaca me miró espantada.

—Nada temas —le dije, resollando de puro cansado.

—Salga —el espanto le hacía hablar en falsete.

Subí. Por primera vez, después de tanto tiempo, me vi en le espejo. Dios santo. Mi pelo convertido en una masa casi dura. La barba, enorme, salpicada con restos de comida. Lloré un poco.

—Mencerraron —logro explicarle a la rubia. Ella no logra decir nada. Súbitamente, se baja y echa a correr entre los árboles.

Desprendo el alambre y hago partir el motor. Primera. La vista nublada por las lágrimas. Qué cacharro. Sigamos en segunda, estoy fuera de forma. El corazón me martilla el pecho. Libre. La libertad es sinónimo de caos y desorden. Se termina el rayado de la pista y comienza la responsabilidad. El orden es sinónimo de inmovilidad, de muerte. El aire con olor a yerbas inundaba la cabina. Ya estaba bueno. ¿Cuánto tiempo habrá transcurrido? ¿por qué me pasan a mí estas cosas? ¡Qué agradable volver a manejar! Ladrón de autos. Mañana, ¡ah! Mañana. ¿De quién será esta citrola? Otra vez el escalofrío. ¿No será la citrola que inventé para Juan, mi personaje? Tiene las mismas características que imaginé. Había dejado de soñar con Juan cuando lo dejé bien instalado en la universidad pinchando con rubias de piernas pecosas. ¡La rubia! No le miré las piernas a la flaca. ¡Dios santo! ¿con qué libreto están actuando ustedes hora? ¿No desaparecieron? O sea que siguen por su cuenta o ateniéndose a otro guión. ¿Quién los está soñando ahora? ¿Quién me robó mis personajes, mi acontecer y mi espacio? ¿Estaré yo participando en una novela soñada por un tercero? Y si fuera así, qué cara pondría si yo me le apareciera?

Ricardo: Seguido por María Cecilia me encontré a boca de jarro con Zañartu en medio del salón. Se quedó petrificado ante la morenaza semidesnuda. Se le aflojó la

mandíbula inferior, si ésta le hubiera podido llegar al obligo, al ombligo le hubiera llegado.

Prometeo se las echó por el monte —articuló sin quitarle los ojos de encima a la coja que, congestionada, había tomado una estatuilla de fierro. Salimos cagando para afuera. No encontramos las bicicletas. Los ricos también roban.

Sra. de Engel: Fue el día más feliz. Mi hijo desaparecido volvió. Lo metí en una tina con sales perfumadas. Preparé su plato favorito. Le coloqué sus discos de Vivaldi. La pesadilla quedaba atrás.

—Un angel desnudo me salvó, mamá.

—¿Un maricón?

—No, mamá. Mamá, pásame una toalla, la más grande de la casa. ¿Sabes? El que me salvó es un personaje de una novela que inventé.

—¿Quién? ¿El maricón?

Ricardo: Iniciamos el regreso a pie. La pobre era coja, pero tenía fuerzas de Tarzán. Músculos de levantador de pesas. Pensándolo bien, me volvería a repetir el plato. Nos topamos con un auto en pana. Le ayudamos al viejo pelado a destapar el carburador y a regular la luz de los platinos. Después nos ofreció plata.

—La acepto en nombre de la revolución —le dije seriamente.

—Que ¿qué?

—Necesitamos comprar armas, señor.

—¡Devuélvame eso!

—¡Epa!

—Rufianes, fracasados, esclavos de Moscú.

Nos alejamos al tranco, fumando, cuando sentimos el ruido del motor embalado. El viejo pelado nos echó el auto encima. Saltamos a la izquierda y el auto se estrelló contra un poste que cayó con gran estrépito y el chisporroteo consiguiente. El capó se abrió. Humo. Gente salió de las casas.

—¡Qué pasó!

—Vio al hombre lobo —expliqué—, y se asustó, enloqueció de pavor, perdió el dominio de la situación y...

—Ahí, ahí lo traen —gritó alguien, mostrando la ladera del cerro.

Un grupo de ocho a diez carabineros más otros tantos civiles con metralleta y brazalete de color, traían a un hombre desnudo al que casi se le salían los ojos de las órbitas.

—No miren —gritó un padre a sus hijas diciocheras.

Zañartu: Lo que es a poto pelado. Y su potopeladez se destacaba más aún entre civiles y uniformados.

Gente: El hombre-lobo, el hombre-lobo.

Mujeres: Tápate, tápate, cochino, inmundo.

Ricardo: Por favor, no se avergüencen de aquello que Dios no se avergonzó de crear.

Universitaria: Pero si es el huevón.

Papá de la arriba mentada: ¡Grosera! ¿Qué dices?

Universitaria: Es el huevón, papá. Un profesor de la universidad. El pidió que le dijéramos así. Se llama Juan Cox Echenique.

Ricardo: El pobre gallo tiritaba de frío. Ninguna de las piedras le alcanzó, pero un enorme peñasco casi le reventó la cabeza a un carabinero.

El viejo pelado: Cagué el auto.

Zañartu: La verdad es que no le encontré aspecto de hombre-lobo aunque mucho no entiendo de esto. Pero más parecía a un pobre huevón a poto pelado que un hombre-lobo.

Ricardo: ¿Y qué mierda habrá pasado con Prometeo? ¿Y qué le está pasando a ese tipo? ¡Qué vozarrón tiene!

Sacerdote Lehmann: Hermanos, todos acá, hermanos

míos, hay que destruirlo, quemarlo. A la hoguera con él. Es el culpable de todo. A la hoguera.

Sargento: Atrás, mierdas. Cabo Aranda, lánceles gases lacrimógenos.

Radio C.B.14: *No soy lobo, soy un niño*
Romulo y Remo, Romulo y Remo
me crié entre lobos, pero sigo siendo un niño
Romulo y Remo, Romulo y Remo.

Despues de esta grabación de nuestro laureado cantautor, premio municipal de poesía, tan solicitado por ustedes, una noticia de último minuto. Ultimo minuto: La alimaña ha sido atrapada mientras devoraba a dentelladas a un sacerdote evangélico. Esta noche habrá cadena nacional de radio y televisión a través de la cual el Ministro del Interior les entregará la versión oficial y definitiva del licántropo.

Radio C.B.52.00: Flash, flash, último minuto. Confirmado, el lobo humano en citroneta rumbo a Santiago. Repetimos...

Carrión: Esa noche me llevé la sorpresa del año. ¡Coño! ¡Recoño! Enciendo el televisor, prendo un puro, preparo el whisky, me siento y miro. Juan en pelotas, entre carabineros. Escupí el whisky y apagué el puro. Te pasaste, huevón. "La bestia ha caído", dice el locutor. Muchedumbre enardecida por un carismático sacerdote pretendió quemarlo en una hoguera".

Juan: Con bombas lacrimógenas me salvaron del linchamiento. Una vez en la radiopatrullera, me salió, al fin, el habla:

—Por favor, denme un cigarrito que me recago de ganas de fumar.

El sargento dió un salto. Se quedó mirándome. Es tan sargento que debería serlo incluso para afeitarse, para comer y seguiría siéndolo para y hasta morirse. Me

abrigaron con un capote pasado a sudor.

Había euforia en la tenencia de Las Condes. Alborozo general. Se veían todos con medallas. Héroes nacionales, internacionales. Paris Match: Troupe du liutenant Sanhueza atrape licantropó. Stern: Leutenant Sankt Huesca hat einen menschlichen Wolf verhaftet. Paula: El sargento Molina en su casa. The Time: The incredible adventure of sargent Moulaina and Sanhuesou.

—Que lo encierren inmediatamente. Ya iré a verlo, pero primero, asegúrense de que no escape. Aquí no se aceptan errores. Me metieron en la jaula. No pedí café para que no se rieran meneando la cabeza. No podían aceptar que pudiese hablar.

Al rato, con la importancia de su rango reflejada en su rostro, se presentó el teniente junto con unos generales, periodistas, fotógrafos y camarógrafos de televisión.

—Ahí está, señores.

Entonces, me levanté, me aproximé a la reja, recordé una escena de una película policial norteamericana y repetí la última frase del investigador cuando atrapó al mafioso, lentamente:

—Lo siento, Joe, pero perdiste —dije mirando al orgulloso teniente.

Silencio matizado por el ruido monótono de las cámaras de televisión y los clic de los fotógrafos. Ojos intrigados.

—Te equivocaste, Joe —sentencié gravemente.

—¿Quién eres? —acertó a preguntar un asombrado periodista.

—Hablaré solamente con el que sea capaz de solucionar una ecuación de segundo grado o con el que me diga cuál es el motivo más recurrente en Jorge Luis Borges. De no ser así les ruego me dejen tranquilo.

15

Juan: Me fueron a dejar envuelto en un capote. Olímpicamente a poto pelado bajo él. Les mandaré el abrigo. Gracias por todo. Coños de su madre. ¡Qué día! Menos mal que estaba terminando. Había perdido la ropa, la mujer y el auto en cuestión de media hora. Me habían exorcizado, pegado, apedreado y por poco linchado. Mi imagen desnuda en todos los canales de televisión. Prendo el calefont. Abro la llave. Será de maricas meterse en tina, pero hoy lo necesito. Un disco de Debussy. La catedral sumergida. Corre agua caliente. ¿Qué habrá pasado?, todo tan rápido. Parece que me atacó un loco y los pacos creyeron que el loco era yo. ¿De dónde habrán sacado lo del hombre lobo? Les dio con que yo era el hombre-lobo. Y el otro huevón, con que yo era satanás. No es que quiera vivir tranquilo. Libertad es sinónimo de incertidumbre, la vida es sinónimo de incertidumbre. La pluie qui tombe. Y alguien se avivó con mi ropa, otro con mi citroneta. Ya se está llenando la tina. A uno le puede pasar cualquier cosa, pero lo de hoy dudo que sea muy frecuente. Un contratiempo más. Ya he tenido bastantes. Sería bueno que los repartieran mejor. "El único contratiempo que habrá conocido usted en su vida es, probablemente, que se olvidaran una mañana, de servirle el desayuno en la cama".

María Cecilia: Había sido de un hombre por primera vez en mi vida. Me estimuló con su lengua y, luego, con destreza de tigre me volteó sobre la cama y me penetró. Me estaba penetrando. Virgen Santa me están culeando. Me están culeando... aaah... qué delicia. Se fue tan pronto. Algo pasaba en la calle. Ni siquiera supe su nombre. Subí a la mansarda, estaba vacía. Hay que ventilar, barrer, limpiarlo todo. Se acabó la mugre.

Juan: Al otro día, llamé a Carlitos Carrión. Me contestó una voz enérgica y vulgar. Se lo habían llevado a la cárcel.

Diario: Detenido tratante de blancas. Carlos Carrión (alias "el Montgomery Clift" y "el Carlitos") un perverso cocainómano, explotador de menores, sifilítico hasta las orejas, ha caído en las redes de la brigada contra el vicio. El tal "Carlitos" con pinta de actor romántico declaró que ya está aburrido de su oficio. El celestino es un hombre extraño. En su departamento se encontró gran cantidad de libros y discos curiosos, desconocidos.

Carrión: Bach, Vivaldi, Telemann, los seguiré escuchando en el cielo, viejitos, lamento no poder llevarles un par de minas, pero con la musiquita que se gastan no las echarán de menos. Estoy algo cansado. Quiero oír música y leer. Perdóname, Dios mío, pero aunque mi libretista la tenía conmigo no quisiera abandonar el teatro. Ya he jugado bastante, pero no quiero irme a la casa todavía. No es tan tarde. Déjenme un rato más, quiero seguir. Es que es tan relindo todo. Quiero leer a Rilke, ver amanecer, oler pan fresco, conversar con Juan.

Enfermera: Doctor, el cafiche dice que quiere escuchar los cuartetos de Beethoven.

Juan: Fui a verlo al hospital. Tiene tuberculosis galopante y no lo que dicen los diarios. Tuberculosis y unas ganas locas de joder. Lo tenían con oxígeno. Mi compinche, mi compadre, huevón, no te vayas, viejo peludo, la obra continúa y tú eres de los buenos. A lo mejor hay otro rol esperándote. Algo diferente. Uno nunca sabe.

Fotógrafo: Y ahora, ¿Dónde voy a tomar fotos? ¿Y cuándo voy a terminar el Bruehgel? ¿Qué va a decir el señor Zañartu cuando deje de mandarle fotografías para su famoso álbum?

Ricardo: Después de tantos años ver tu nombre y esa foto así, de sorpresa, en el diario que uno compró de puro aburrido, una tarde cualquiera. Fantasma. Ya no eres el niño que hacía el despiadado. ¿Ir a verte? ¿A quién voy a visitar? ¿Al niño que se equivocó al jugar, al que inventó una variante más en el juego? ¿Al que jugaba al cínico y el bobo de Murer tomó en serio? ¿Existe todavía ese Carrión de sweater de esquiador que todos los chicos teníamos que temer?

Mario Engel: La mapuchita me trajo el diario junto con el desayuno, a las diez de la mañana. Buenos días, don Marito. ¡Qué desayuno! Carlitos Carrión detenido por putero organizador de partusas. ¿Por qué no verán al ser humano? Te enredaron, Carlos. Veinte años sin saber de ti. Qué flaco estás. Es de esperar que nadie se tome el asunto en serio, sobre todo tú. ¡Qué tontos! "Protagonista de las noches del vicio". Aquí no hay protagonistas ni antagonistas, todos somos agonistas. Mañana voy a ir a verte. No soy el ángel desnudo, pero algo haré por ti Carlitos, Carloto, recordaremos al Guatón Bolón. ¿Te acuerdas? Iré a verte y conversaremos. Qué lío he armado, compadre. Dejé de controlarlos, de pensar en ellos, y ellos siguieron existiendo. Siento haberte metido en el baile, pero todo este final ya no es cosa mía. Desde el momento en que cortaron mis ataduras a las cadenas dejé de soñar con todos ustedes. Ustedes siguieron por su cuenta, personajes locos, sueltos o siguiendo un libreto que ya no era el mío. Yo creí que iban a desaparecer como extraterrestres de ciencia-ficción no bien los olvidara. Pero parece que todos siguen, Juan y su citroneta, Ricardo y su chaqueta de cuero negra, Pérez-Rommel y su mamá.

Pérez-Rommel: —Mira lo que les pasa —me gritó mamá al lanzarme el diario abierto en una página determinada.

El cabrón de ojos verdes detenido. Moribundo. Qué coincidencia. En el internado había un Carlos Carrión. No, lo habría reconocido. No, Carlitos no era para esto. Qué lástima. Otra vez la policía aguando la fiesta. Es de esperar que Macarena no esté complicada.

Ricardo: Entré a la sala común. Busqué. El carabinero de la puerta miraba desconfiado mi chaqueta de cuero negra. Carlos Carrión. Aquí. Aletargado. Un rostro hermoso. Me miró a la Robert Mitchum.

—Carlitos, viejo —le digo despacito.

Sonríe. Le toco el hombro un rato.

—Soy Ricardo —le explico.

Vuelve a sonreírse.

—Ya —reacciona—, Ricardo, al que le gustan las colorinas.

—No. Soy Ricardo. El del internado.

—Ah, sí, el cura Ricardo, al que le gustaba que las putas lo agarraran a plumerazos.

Casi se queda dormido al hablar, pero su gesto es el de uno que se divierte con recuerdos.

—Déjame explicarte. Soy Ricardo, el cabro que cargó con la muerte de Albertito en el internado. ¿Me entiendes? Vengo a verte. A decirte que Ricardito, el niño, lo comprendió todo y que yo también. Que no te perdonamos porque no hay nada que perdonar. Que sabemos jugar. Carlos, Carlos. Ego te absolvo.

—Sí, anda a echar un polvo —habla ya dormido.